

EL ESTADO JUDÍO

TEODORO HERZL

EL ESTADO JUDÍO



DEPARTAMENTO DE HAGSHAMÁ Y
DEPARTAMENTO DE ACTIVIDADES SIONISTAS
DE LA ORGANIZACIÓN SIONISTA MUNDIAL

AUSPICIA FUNDACIÓN ALIANZA CULTURAL HEBREA

PRIMERA EDICIÓN

Conmemorando el centenario del natalicio del Dr. Herzl se imprime por primera vez en Jerusalem, en lengua castellana, *El Estado Judío*. Homenaje al visionario de la redención del pueblo en la tierra de sus antepasados.

Jerusalem, 1960

© Organización Sionista Mundial

SEGUNDA EDICIÓN

En el centenario del fallecimiento del Dr. Herzl (1904-2004), se realiza la reedición en la Ciudad de Buenos Aires, Argentina, *Erev Rash Hashaná 5765*.

Organización Sionista Argentina
Departamento de Hagshamá y
Departamento de Actividades Sionistas
de la Organización Sionista Mundial

Auspicia Fundación Alianza Cultural Hebrea

Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro, en forma idéntica o modificada y por cualquier medio o procedimiento, sea mecánico, informático, de grabación o fotocopia, sin autorización de los editores.

ISBN: 950-892-199-4

© Organización Sionista Argentina

Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723

Impreso en la Argentina – Printed in Argentina



Introducción

A cien años del fallecimiento de Teodoro Herzl, la Organización Sionista Argentina y el Departamento de Hagshamá de la Organización Sionista Mundial, se enorgullecen de entregar a la comunidad la reedición de esta obra que marcó y guió la historia contemporánea del Pueblo Judío.

“El Estado Judío” es la muestra perfecta del pensamiento anticipatorio y de la firme convicción de Teodoro Herzl para impulsar el nacimiento de lo que es hoy una realidad, orgullo y dignidad para todo judío y la humanidad: el Estado de Israel.

El ideario sionista continúa vigente y vital como hace 100 años. Sigue invocando a la reunión del Pueblo Judío y reconociendo a Eretz Israel como el sitio mas pleno y significativo para vivir como judíos, gestando una sociedad ejemplar que se sostiene en la permanente construcción de la democracia y de los valores humanos.

Esta reedición se debe al esfuerzo conjunto de dos instituciones enmarcadas en la Organización Sionista Mundial: la Organización Sionista Argentina cuyo objetivo es maximizar sus esfuerzos para mantener vigente la reflexión y la acción sionista; y el Departamento de Hagshamá, creado en 1997 por mandato del Congreso Sionista Mundial para difundir y desarrollar el mensaje sionista entre la generación joven.

Creemos que esta acción conjunta es otra muestra del compromiso y del vínculo indestructible entre Medinat Israel y la comunidad judía argentina.

Con el **“Estado Judío”**, Herzl logró revivificar el orgullo de ser judío e inició la revolución social, cultural y política más exitosa del siglo XX. La creación de un Estado Judío en nuestra tierra ancestral, después de dos mil años de dispersión y persecuciones es una realidad que solo un siglo atrás parecía un sueño y meramente una utopía.

Herzl señaló cual era el camino.
Hoy ratificamos nuestro compromiso.

“Él hizo lo suyo ahora nos toca a nosotros.”

Prof. Benny Schneid
Director Ejecutivo
O.S.A

Enrique M.Grinberg
Representante
para el Cono Sur
Departamento de
Hagshamá O.S.M.

Ing. Manuel Junowicz
Presidente
O.S.A.

Cuán encomiable y significativa la iniciativa de la publicación de una nueva edición en español del libro **‘El Estado de los Judíos’** (traducción literal del alemán **‘Der Judenstaat’**, idioma original en que fue escrito) del visionario y fundador del Movimiento Sionista Político, Dr. Theodor Herzl, en el centenario de su muerte.

El mensaje, su visión y su legado están vigentes, con toda la fuerza y la profundidad de sus contenidos, también en nuestros días, 100 años después de su muerte y 56 años después de la creación del Estado de Israel.

No es casualidad que el Dr. Herzl, en su idealizada visión del futuro Estado, lo imaginó con una bandera blanca (símbolo de una nueva vida, pura y límpida) con siete estrellas doradas (que representaban las siete horas de la jornada de trabajo, como un derecho básico y legítimo del hombre moderno), cuya sociedad debía ser regida por valores humanistas y de justicia social.

¡Cuán loables sus conceptos y pensamientos de una sociedad ideal, basada en el trabajo judío en la nueva-vieja patria, en el alejamiento del clero y los militares del gobierno y la política, y la vida de la futura nación basada en una constitución moderna y un aparato jurídico neutral y liberal...!

La publicación del libro y su minuciosa lectura, no constituyen sólo un acto de homenaje a Herzl en el centenario de su nacimiento, ni tampoco el deseo de caer en el recuerdo nostálgico de un gran pensador e ideólogo del Sionismo. Estos, forman parte de la necesidad de una lectura crítica para confrontar la

visión y el sueño con la realidad cotidiana que nos toca vivir como pueblo.

Es también el reto y el desafío para las nuevas generaciones, que deben tomar, retomar y recrear su legado: los conceptos básicos y el verdadero mensaje social, humano político y nacional, que nos dejó el Dr. Herzl en su pequeño- gran libro y traducirlo en una real **Hagshamá (Realización Sionista)**, en Israel y en la Diáspora.

Estos, sin duda, son los grandes retos y desafíos de nuestro tiempo.

***Si (realmente) lo queréis (y actuáis)
no será una leyenda!!!***

Jaim Jayet
Integrante del Ejecutivo Sionista
Titular del Departamento de Hagshamá
Organización Sionista Mundial

“Aquéllos de nosotros que hoy estamos preparados para arriesgar nuestras vidas por la causa Sionista lamentaríamos haber participado si sólo hubiéramos sido capaces de organizar un nuevo sistema social y no un sistema más justo”, declaró Teodoro Herzl hace más de un siglo. El visionario del estado judío, a quien con demasiada frecuencia erróneamente se lo considera haberse dedicado en forma exclusiva a conseguir una solución política y territorial para la “cuestión judía”, fue además un apasionado partidario de idear una sociedad utópica en la Tierra de Israel. Él estaba convencido de que esto produciría el fin del antisemitismo y que nacería una comunidad caracterizada por la justicia social, la igualdad de oportunidades y una justa distribución de los recursos.

Desgraciadamente, no podemos dejar de reconocer que Herzl estaba equivocado en ambos puntos. Los judíos de todo el mundo enfrentan una virulenta y muchas veces violenta ola de antisemitismo a una escala de la que no hemos sido testigos desde el Holocausto. Y la sociedad israelí está acosada por una serie de problemas demasiado graves para ser ignorados.

Pero haciendo gala de una audaz jugada que sin duda hubiera llevado a Herzl cierto solaz, la Organización Sionista Mundial concretamente retomó la visión de su padre fundador en un histórico encuentro del Consejo General Sionista en Jerusalem en la víspera del 100° aniversario de su muerte. Y lo hizo reformando su plataforma, el Programa de Jerusalem, y en dicho proceso fijó un programa para el movimiento Sionista que excede lo contemporáneo a la vez que reafirma lo tradicional.

Lo fundamental del Programa de Jerusalem revisado es un punto completamente nuevo que establece explícitamente que el Sionismo se ocupa de *idear* el estado judío y no solamente de *defenderlo*. Si durante los primeros 107 años de su existencia la OSM se ocupó de crear el estado de Israel y de garantizar su supervivencia, ahora ha tomado la decisión de que también debe ocuparse de determinar qué características tendrá la sociedad israelí. Con una extraordinaria expresión de solidaridad y expresando un único propósito, los más de 160 delegados de 28 países, que representaban el espectro político completo desde Yahad hasta Herut, las tres principales corrientes del judaísmo, así como diez organizaciones judías internacionales diferentes acordaron - en forma unánime - comprometerse a “fortalecer a Israel como un estado judío, sionista y democrático y a conformarlo como una sociedad ejemplar (*chevrant mofet*), con una naturaleza moral y espiritual única signada por el respeto mutuo por el multifacético pueblo judío, sustentado en la visión de los profetas, un estado que se esfuerce por lograr la paz y por contribuir al mejoramiento de la humanidad (*tikun olam*).”

La plataforma también resalta la responsabilidad mutua que tienen los judíos de Israel y aquéllos de la Diáspora de trabajar en conjunto para asegurar su continuidad y un futuro común, y especifica que el Sionismo también tiene que ver con “defender los derechos de los judíos como personas y como nación... y luchar contra todas las manifestaciones de antisemitismo.”

Este manifiesto revisado es, entonces, un testimonio no sólo de la permanente relevancia del Sionismo, sino también de la capacidad de la OSM de continuar siendo relevante para la causa. Ha transcurrido ya un siglo desde la muerte de Herzl, pero las cuestiones que lo ocuparan siguen siendo pertinentes al mundo Judío, tal como podrán comprobarlo de inmediato todos los que lean esta nueva edición de *El estado judío*.

Afortunadamente, la organización que él fundó sigue adaptándose para poder enfrentar las realidades emergentes, y

nos sentimos más resueltos que nunca a concretar estos desafíos. Esto, según Herzl, debería ser un presagio de buenos acontecimientos.

Dr. David Breakstone
Integrante del Ejecutivo Sionista
Titular del Departamento de Actividades Sionistas
Organización Sionista Mundial

Prólogo

DR. JAIM WEIZMANN

Entre los clásicos del sionismo, *“El Estado Judío”* de Teodoro Herzl, ocupa un lugar único. Su grandeza no reside en su originalidad. Aun en 1895 no ofrecía un análisis completamente novedoso del problema judío. *“Roma y Jerusalén”*, de Moisés Hess, está saturado de una pasión histórica que Herzl jamás poseyó; León Pinsker en su *“Autoemancipación”* ahondó más en las realidades psicológicas y sociales de la carencia de patria, que Herzl en su primera manifestación sionista. Sin embargo, ambos proféticos manifiestos de la redención nacional, no lograron provocar el eco que obtuvo la publicación de *“El Estado Judío”*.

¿Qué fue lo que salvó a *“El Estado Judío”* de la oscuridad que tocó en suerte a sus predecesores, *“Roma y Jerusalén”* y *“Autoemancipación”*? ¿Por qué causa reverberó su llamado en todas las comunidades judías de Oriente y Occidente? Su éxito puede atribuirse en parte a la época de su aparición, en los tensos días del *“Affaire Dreyfus”* que hizo aflorar repentinamente el problema judío en la mente de muchos correligionarios que habían olvidado ya su existencia. También se lo puede atribuir a la simplicidad de su formulación tras la cual, sin embargo, se presiente una fuerza elemental. Pero la causa más poderosa era la personalidad del autor, que desborda ya de las páginas de *“El Estado Judío”*. Desde el principio mismo de su carrera sionista, cuando se dedicaba aún al estudio de la cuestión en la soledad de su gabinete, completamente ignorante de los otros a quienes tenía perplejos el mismo problema, debió haberlo poseído un sentido de misión y vocación, abrumado ya por la carga que debía soportar hasta el último día de su vida. Herzl escribió más tarde: “No recuerdo jamás haber escrito algo en un estado de ánimo tan exaltado como este libro. Heine decía que escuchaba el batir de las alas de un águila sobre su cabeza, cuando escribía ciertos versos. Yo tenía una sensación parecida al escribir este libro. Trabajé en él día tras

día, hasta sentirme exhausto”. Algo de ese espíritu exaltado y sentido de predestinación debe haberse comunicado a los cientos de personas de todos los países, ambientes y opiniones, que en respuesta a su llamado, se reunieron en Basilea en el Primer Congreso Sionista, dos años después de la publicación de “El Estado Judío”.

Al hojear actualmente este librito, nuestros sentimientos vacilan entre la admiración y la sorpresa. Paralelamente a un penetrante análisis social y psicológico, presentado con brillo aforístico y chispeante, aparecen planes increíblemente ingenuos, absolutamente innecesarios para la organización de la emigración de la diáspora, y las Instituciones, leyes y hasta modalidades del futuro Estado. Estos detalles evidencian la magnitud de la fe de Herzl en una realización rápida, que –según él– dependía de una combinación de circunstancias externas, factibles de ser provocadas. No podía prever el largo y difícil camino que lleva a la redención. Cuando escribió “El Estado Judío”, Herzl tenía una idea muy confusa sobre las grandes comunidades judías del Este de Europa, su cultura, diversidad de opiniones y aspiraciones sociales y nacionales. Sus conocimientos del mecanismo de la política se basaban únicamente en las impresiones superficiales del periodista y artista, interesado en el juego de luz y sombra que rodea a la política, más que en la lucha de intereses que es su esencia. En realidad, nosotros, sus amigos y colaboradores, nos dábamos cuenta de estas vetas en su grandiosa figura de dirigente judío.

A menudo lo hemos criticado, poniendo en tela de juicio la eficacia de alguna de sus gestiones políticas. Sin embargo, nadie dudaba que él era el único capacitado para gobernarnos.

Sus más grandes virtudes eran la humildad y la fe. No era un hombre humilde en el sentido generalizado de la palabra. En sus encuentros con los jefes de los grandes Estados o los magnates de su propio pueblo, era su hábito guardar una actitud altiva, que a menudo rozaba con la altanería y que a muchos parecía incongruente, en vista de la impotencia política del movimiento al que representaba.

La verdadera grandeza de Herzl se ponía en evidencia en su humilde admiración por la integridad y la fe de las masas judías

de los ghettos del Oriente Europeo, a quienes descubrió gracias al movimiento sionista. Los pasajes más emotivos de su diario, se refieren a los delegados de la Europa Oriental al Primer Congreso Sionista. En los ghettos de Vilna y Varsovia trabajó conocimiento con el gran ejército de colaboradores y adeptos, y sabía que podía confiar en ellos “hasta la muerte. Este descubrimiento era completamente nuevo para él y desde entonces, fue su ambición suprema “ser digno de esa fe”.

Le obsesionaba el espectro del pogrom que, aun cuando impresionaba la imaginación del judaísmo occidental, constituía una débil manifestación del antisemitismo, si se lo compara con lo que ahora ocurre. No comprendió los recursos casi ilimitados de paciencia y fortaleza moral que rebosaba de los ghettos de Vilna y Varsovia, que soportaban todas las dificultades, en la esperanza de que sobrevivirían a sus detractores como siempre ocurrió. Estaba resuelto a crear un refugio temporario para este pueblo, particularmente cuando se dio cuenta que la solución palestinese podría tardar más de lo que él podía presumir. Era racional o, como se los llama hoy, un político realista, en contradicción a la actitud un tanto mística de las comunidades judías del Este, Herzl tuvo la sorpresa más grande de su vida al ver que su proyecto de Uganda tropezaba con la oposición de los judíos que más lo necesitaban. Los judíos de Occidente, seguros en sus posiciones, querían enviar a sus hermanos del Este a Uganda, y he aquí que éstos se resisten, prefiriendo esperar, en medio del peligro, sin ceder en su fe en la solución definitiva del problema judío, en Eretz Israel.

No obstante los innumerables desencantos y sinsabores que experimentó en su breve carrera de líder sionista, Herzl jamás perdió su fe en el inevitable establecimiento de un Estado Judío. Cuando escribió su “Estado Judío”, apenas si se daba cuenta de la magnitud de la obra puesta en marcha, con los primeros pasos hacia lo que él llamaba “una solución moderna del problema judío”. Tampoco tenía idea del papel que a él mismo le tocaría desempeñar. En la introducción de “El Estado Judío”, escribió: “Siento que con la publicación de este panfleto mi tarea ha terminado. No volveré a tomar la pluma como no sea para replicar

a adversarios dignos o si se hace necesario para refutar objeciones imprevistas o disipar errores”.

En realidad, su tarea recién había comenzado. En los restantes años de su vida, su persona debía estar completamente subordinada a las necesidades del movimiento que él fundara. En su discurso de apertura del Primer Congreso, había dicho: “Lo que alguno de nosotros ha dicho o escrito individualmente puede ser pasado por alto, no así lo que este Congreso ha de resolver”. Los años que dedicó a la dirección del movimiento sionista, fueron para él años de autoeducación y reajuste espiritual. Otro, en su lugar, se hubiera retirado en vista de tantos desencantos y fracasos.

Herzl jamás perdió su fe en aquello que expresó en las últimas líneas de “El Estado Judío”: “Creo que una maravillosa generación de judíos surgirá a la vida... Los judíos que los quieran, tendrán su Estado. Podrán vivir, finalmente, como hombres libres en su propio suelo, y morir en paz en sus hogares. El mundo se verá liberado con nuestra libertad, enriquecido con nuestras riquezas, magnificado con nuestra grandeza. Y todo lo que intentemos realizar por nuestro propio bienestar redundará poderosamente en el bien de la humanidad”.

Durante los últimos veinticinco años se nos dio la oportunidad de trabajar por el cumplimiento de esta visión. Hasta nuestros contrarios hablan a menudo con admiración de la “maravillosa generación de judíos” que, con su sudor y sacrificio, transformaron a Palestina en un hogar para cientos de miles de judíos.

Los aspectos más sombríos de la visión de Herzl se han visto también cumplidos, en la forma más horrible que osáramos imaginar en nuestras más negras pesadillas. El problema judío, la tragedia de la carencia de Patria, que ahora se desarrolla ante nuestros ojos en toda su urgencia, coloca en la agenda de la humanidad la gran solución de Herzl.

Una generación más joven de judíos, a quien tal vez corresponda el privilegio de acabar lo que nosotros hemos comenzado, ha de extraer inspiración y coraje de la clara visión e inalterable fe que emanan de las páginas de “El Estado Judío” de Teodoro Herzl.

Prefacio

DAVID BEN GURION

Ni bien apareció “El Estado Judío”, le aconsejó uno de sus amigos, que leyese el folleto de Pinsker: “Autoemancipación”. Una vez leído manifestó Herzl que, de haberlo hecho antes, no hubiese escrito “El Estado Judío”.

La historia judía quedará agradecida a este hecho que le permitió escribir su opúsculo, a pesar de la autoconfesión de no haber innovado nada. Herzl reveló, en su escrito, algo más que una nueva idea: *se descubrió a sí mismo*, al visionario, al guía, al arquitecto y al dirigente político sin par en nuestra historia después de la derrota de Bar-Kojbá.

La idea que restituyera a Herzl al seno de su pueblo no contenía, tal como él lo manifestara, nada nuevo: el establecimiento del Estado Judío”. Esto escribió en la introducción de su obra. En la consolidación del ideal sionista, no renovó Herzl prácticamente nada, ni en la interpretación del problema judío, problema de un pueblo en la diáspora, sin posibilidades ni perspectivas; ni tampoco al contemplar la necesidad de una concentración territorial. En “El Estado Judío” Herzl no consideró aún que el retorno a la Patria constituye la única posibilidad de una concentración territorial y de la erección de un Estado Judío. Casi en todos los postulados sionistas *teóricos*, a diferencia de la faz práctica de realización, precedieron a Herzl muchos e importantes pensadores. Rabí Iehudá Alcalay, el heredero moderno de Don Iosef Nassí, y Rabí Jaim Abulafia, ambos soñadores sionistas en el seno del judaísmo sefardí; Rabí Tzví Hirsch Kalischer y Rabí Jaim Luria (descendiente del “Ari”, Rabí Itzjak Luria), los rabinos del judaísmo ashkenazí. Como también dos judíos ingleses: Sir Moshé Montefiori y Biniamín Disraeli (Lord Beaconsfield). El primero de estos fundó, en 1856, el primer punto agrícola del país: *Pardés Montefiori*, y el segundo escribió la primera novela sionista, “Tancredo” (1842). También en América surgió, en los albores del siglo XIX, un redentor del ideal sionista: Mordejai Nóaj, que pretendió crear en

Norteamérica un Estado Judío, que llevaría el nombre de “Ararat”. Moshé Hess, el primer sionista socialista y camarada de Karl Marx, aspiraba a un Estado Judío en Eretz Israel según la doctrina mosaica, o sea, sobre bases socialistas. El joven Lasalle pretendía marchar a la cabeza del pueblo judío y conquistar Eretz Israel. Los escritores hebreos Peretz Smolenskin, David Gordon y muchos otros, predicaban calurosa y constantemente la idea del retorno a Sion. Desde el punto de vista de profundidad del pensamiento y fuerza de expresión, hay que colocar, sin duda alguna, a León Pinsker al frente de los precursores del pensamiento sionista. Su folleto “Autoemancipación” sigue siendo, hasta hoy, la principal obra clásica en la literatura sionista. Por su visión clara y cruel del problema judío, por su análisis profundo y acerbo de la vida del pueblo y de su posición en la diáspora, por su estilo enérgico, exhaustivo y exacto, no tiene igual en todo lo que se escribió antes y después de él.

En honor a la verdad, todos ellos tampoco renovaron nada en lo que respecta al ideal sionista. El anhelo del pueblo judío de alcanzar nuevamente su independencia y soberanía en la Patria de sus antepasados, no cesó en ningún momento desde que abandonó su solar milenario, e índice de ello lo constituye el hecho de que tres veces al día eleva el judío sus preces por el retorno a Sion.

Pero Herzl fue el primero, y es ésta su grandeza histórica, que supo infundir nuevos ánimos, *ansias y voluntad de realización*, aprovechando la fe y las nostalgias del pueblo judío por un renacimiento político, y los puso en práctica apoyado por su fuerza de expresión primaria y directa, propia de un visionario de clara mirada, y más aún gracias a sus facultades de arquitecto estatal, puestas de manifiesto en la organización del Congreso Sionista, en la erección de la Organización Sionista y sus instancias y en *la movilización del pueblo judío como factor político*, nacional e internacional.

Herzl conocía, como ningún otro de sus antecesores, el misterio de la realización histórica. Él descubrió, en sí mismo y en el pueblo judío, el secreto de la acción política. Herzl convirtió al pueblo judío, por vez primera desde que comenzó a peregrinar por el mundo entero, en una fuerza y factor político, en una fuerza creadora y guerrera, en una fuerza capaz de rehacer su destino histórico gracias a su voluntad y a sus esfuerzos.

Hasta el surgimiento de Herzl, era el pueblo judío sólo un objeto, un juguete, en manos de fuerzas políticas foráneas, que decidían en su favor o en su contra. Herzl transformó este polvo humano, que cualquier viento extraño, existente o imaginario, manejaba a su antojo entre las olas de la historia, en un pueblo capaz de poner en acción su voluntad nacional, capaz de convertirse en un factor importante en la liza internacional. Herzl fue el creador de la *fuerza política* judía renovada; él fijó con tres simples, claras y significativas palabras, el objetivo político del pueblo: “El Estado Judío”, y creó también los medios, los instrumentos y las fuerzas necesarias para la materialización de dicho objetivo. Herzl comprendió, que a pesar de su dispersión y mutua desvinculación, constituye el pueblo judío una fuerza, que se pondrá de manifiesto con sólo saber cómo cristalizar y emplear sus energías. Y él infundió en el pueblo esta voluntad, este conocimiento.

Hasta la aparición de Herzl existían, en el seno del pueblo judío, dos concepciones opuestas y erróneas por igual, sobre la posición de los judíos en el concierto de los pueblos: La primera era la concepción del gueto, según la cual existe entre los judíos y el resto de los pueblos un profundo abismo, sin ningún puente que permita cruzarlo, y que hasta la llegada del redentor no tienen los judíos más remedio que permanecer indefensos e impotentes, dependiendo de la misericordia de extraños. La concepción opuesta a ésta era la de la asimilación, en cuyo ambiente creció y se educó Herzl, que sostenía que los judíos no constituyen un pueblo, y que sólo un muro vano y pasajero, formado por restos de conceptos y creencias arcaicas, los separa de sus vecinos, los gentiles. Y si sólo supiesen los judíos asemejarse a sus vecinos en el idioma, en el vestir, en sus maneras, en su conversación e intereses, desaparecerían las diferencias y cesaría esa conducta judía específica y diferente convirtiéndose, en consecuencia, en parte orgánica e integral de los “goiem” en cuyo seno habitan.

Herzl se liberó de esta concepción, siendo joven, gracias a su aguda observación de la realidad judía, al presenciar las persecuciones de que los judíos eran objeto. Y así retornó al pueblo judío, sin aceptar la concepción del gueto, de la impotencia de los judíos hasta la llegada del Mesías.

Al considerar al pueblo judío como pueblo, reconoció Herzl, y en él fue posiblemente el primero en la historia de la dispersión de Israel, que son posibles las relaciones recíprocas entre el pueblo judío y los demás pueblos, siempre que éste *se organice como pueblo y obre como tal*. Herzl llegó a la conclusión revolucionaria, que hoy nos parece natural y hasta trivial, que el pueblo judío es como todos, aunque su situación sea más desventajosa que la de cualquier otro. Pensaba que “Un pueblo puede salvarse sólo gracias a sí mismo”, y que “el problema judío puede ser solucionado únicamente por medio de los judíos”. Y justamente por haber llegado Herzl a la conclusión de que el problema judío es un problema internacional, y que la creación del Estado Judío es una necesidad internacional, pudo captar la profunda y simple verdad, que solamente movilizando la voluntad, el peso y las posibilidades del pueblo judío, se puede conseguir la ayuda de otros pueblos en el proceso de resurrección del Estado Judío.

Sobre dos detalles basó Herzl su confianza en la materialización del sionismo: el sufrimiento de Israel, y la visión sionista. Como todos los grandes libertadores en la historia de la humanidad, conocía Herzl el secreto histórico, que la angustia y los vejámenes de multitudes no constituyen necesariamente la fuente de aflicciones, debilidad y atrofia, sino que son capaces de convertirse en fuente de vigor y fuerza, de heroísmo y elevación espiritual, siempre que se les añada un *ideal redentor y liberador*, que haga rebelarse a los que sufren contra su miserable destino, y que sus dolores y suplicios sean encauzados hacia moldes de lucha y creación.

Cuando Herzl escribió su folleto “El Estado Judío” y exigió el instrumento primario del sionismo político, el Congreso Sionista Mundial, no conocía el ambiente judío en los países de Europa Oriental, ambiente empapado de tradición, educación y contenido judío positivo. Tampoco conocía aún los lazos internos, profundos e indivisibles, reinantes entre la nación y su patria milenaria, y le eran extraños los tesoros creativos ocultos en el seno del pueblo de Israel. Pero lo que desconocía en el campo judío, lo suplía con la intuición genial, con su comprensión de la naturaleza humana, y sabía lo que son capaces de hacer judíos que sufren, cuando se les da un ideal nacional de libertad y redención.

Al presentarse, en 1902, en Londres ante la “Comisión Real para la Inmigración de Extranjeros” del gobierno británico, explicó Herzl las causas que motivaron el fracaso del ensayo colonizador del Barón Hirsch en Argentina, y así se expresó: “La causa del fracaso fue la siguiente: Cuando un individuo aspira a la colonización, es necesario que posea un estandarte y un ideal; es imposible realizar algo así con la sola ayuda del capital. Y como no existían allí ni un estandarte ni un ideal, no podía de ninguna manera tener éxito. No puede forjarse con dinero un movimiento que abarque grandes masas. Hay que arraigar en ellas la fe en su futuro, y entonces se obtendrá también dedicación y abnegación para el trabajo más rudo”.

Y así como Herzl supo apreciar la fuerza motriz de las aspiraciones e ideales que latían en el corazón de las multitudes, comprendió también el factor histórico del *sufrimiento de las masas*. Él sabía que el sufrimiento faculta a los seres humanos a sobreponerse a obstáculos que en condiciones normales se considerarían insalvables, y que justamente como consecuencia de opresión y vejaciones, los individuos son capaces de realizar actos tales, que no sería posible llevarlos a cabo de no existir dicho factor especial.

Inmediatamente después del Primer Congreso Sionista, en 1897, anotó Herzl en su diario estas palabras inmortales: “Si debiese reunir el Congreso de Basilea en una única frase que, por precaución, no la daré a conocer, ella sería la siguiente: En Basilea fundé el Estado Judío. Si dijese esto en alta voz, se echarían todos a reír. Pero dentro de cinco años, o en todo caso dentro de cincuenta, reconocerán todos dicha verdad”.

¿Por qué se hallaba Herzl convencido de que había fundado en Basilea el Estado Judío? En su diario proporciona la respuesta a dicho interrogante: “El Estado se basa en la *voluntad del pueblo por conseguirlo*”. Herzl fecundó y puso en marcha la voluntad y las ansias del pueblo por un Estado, y con ello abrió nuevos cauces en la historia judía.

“Poseemos la capacidad de crear un Estado modelo”, proclamó Herzl en el año 1896, aún antes del Primer Congreso Sionista. “De-seamos poner en práctica, en el Estado Judío, los últimos ensayos e innovaciones y aun perfeccionarlos. Y así como la jornada de labor de siete horas constituye un ensayo que redundará en beneficio de la

humanidad entera, nos esforcemos por ser los primeros en llevar a la práctica todo acto útil y beneficioso. Y nuestra nueva patria será un país experimental y un Estado modelo a los ojos del mundo entero". Con estos términos finaliza Herzl la descripción de la fundación del "Estado Judío".

La breve alusión a un "Estado modelo" que aparece al final del folleto "El Estado Judío", fue luego explicada y comentada en detalle por el mismo Herzl en su libro, que dedicó por completo a este fin, "Altneuland", "Vieja y Nueva Patria", y en la traducción hebrea de Sólolov: "Tel-Aviv". En dicho libro describe Herzl no sólo el régimen de independencia judía, sino también un nuevo régimen social, basado en la cooperación de trabajadores libres. Herzl no era socialista, pero tenía fe en que el oprimido es capaz de redimirse gracias a su fuerza de voluntad y a sus esfuerzos creadores. Herzl tenía fe en el poder de la organización nacional y de la planificación social. Herzl tenía fe en el poder de la ciencia y de la técnica. Herzl tenía fe en el poder del ideal redentor y liberador. Sobre estos cuatro principios basó su profecía y su seguridad, en que el Estado Judío surgirá, y será un Estado modelo.

Su fe no defraudó, ni defraudará.

El sueño del Estado Judío se ha materializado ya, y también se cumplirá la profecía del Estado modelo.

En 1895, cuando Herzl escribió "El Estado Judío", le parecía sentir un batir de alas sobre su cabeza. Y no se equivocaba: Era el aleteo del espíritu de Israel. Sobre su cabeza brillaba renovado el espíritu de la nación, y él logró convertirse en el foco del amor de su pueblo, de sus anhelos ocultos, de su esperanza de redención y resurrección. Herzl llegó a ello gracias a la magia de su personalidad, a su alma sensible, a su corazón amante, a su audacia sin límites, a su deseo de acción y realización, a su riqueza de espíritu y a su genio político.

Aun en vida, inmediatamente después de la aparición de "El Estado Judío", se convirtió Herzl para el pueblo judío en una figura legendaria, ornada de magnificencia y esplendor. Es por ello que continuó siendo una fuerza creativa y educadora aún después de su muerte, pues Herzl fue el prototipo del visionario y del realizador.

Jerusalem, 25.5.1953

Prólogo

El pensamiento que desarrollo en este escrito es antiquísimo, a saber: el restablecimiento del Estado Judío.

El mundo resuena con el clamor contra los judíos, y esto despierta ese adormecido pensamiento.

Ante todo es necesario que se tenga bien en cuenta, en cada punto de mi exposición, que yo no invento nada. No invento ni la situación de los judíos, que es el resultado del desenvolvimiento histórico, ni los medios para remediarla. Los elementos materiales para la obra que esbozo existen en la realidad, saltan a la vista; cualquiera puede convencerse de ello. Si se quiere designar con una palabra este intento de solución del problema judío, ésta no ha de ser “fantasía” sino, a lo sumo, “combinación”.

En primer lugar es menester que defienda mi esbozo contra el reproche de utopía. De esta manera evito a los críticos superficiales cometer una necedad. No sería una vergüenza el haber escrito una utopía filantrópica. Hubiera podido esperar un éxito literario más fácil, de haberle dado, a este plan, la forma irresponsable, por así decirlo, de una novela para solaz de los lectores. Pero no se trata de una amable quimera, al estilo de las que se han producido, con tanta abundancia, antes y después de Tomás Moro. Creo, sin embargo, que la situación de los judíos en diversos países es lo bastante crítica como para que resulten superfluas toda clase de consideraciones frívolas puestas a guisa de introducción.

Con el fin de hacer notar la diferencia entre mi construcción y una utopía, elijo un interesante libro de los últimos años: *Freiland* (País libre) del Dr. Teodoro Herzka. Es una fantasía pletórica de imaginación surgida de un espíritu completamente moderno y compenetrado con las teorías económico-políticas y, por otra parte, tan alejado de la realidad como la montaña ecuatorial en la que está situado ese Estado imaginario. *Freiland* es una complicada maquinaria con muchos engranajes y ruedas que hasta llegan a ajustarse entre sí, pero

nada me demuestra que pueda ser puesta en movimiento. Y aun si yo viera surgir confederaciones de *Freiland's*, lo tomaría a broma.

El presente esbozo se basa, por el contrario, en la aplicación de una fuerza impulsora existente en la realidad. Indico, tan solo, los engranajes y las ruedas de la máquina que ha de ser construida, y lo hago con toda modestia, señalando mi incapacidad y confiando en que habrá mejores mecánicos que yo que sepan realizar la idea con mayor precisión.

Se trata ahora de saber en qué consiste la susodicha fuerza impulsora; y bien, ésta resulta de la miseria en que viven los judíos.

¿Quién se atrevería a negar la existencia de esta fuerza? Nos ocuparemos de ello en el capítulo referente a los motivos del antisemitismo.

Se conocía también la fuerza del vapor, que se originaba en la pava, por la ebullición del agua que levantaba la tapa. Este fenómeno de la pava es idéntico a las tentativas sionistas y otras muchas formas de defensa contra el antisemitismo.

Digo, pues, que dicha fuerza, bien empleada, es lo bastante poderosa como para poner en movimiento una gran máquina y contribuir al adelanto de hombres y fortunas.

Estoy profundamente convencido de que tengo razón, aunque no sé si se me la dará en el transcurso de mi vida. Los primeros, los que inician este movimiento, difícilmente verán su glorioso fin. Pero el solo hecho de haberlo iniciado llena su ser de orgullo y de la dicha de la libertad interior.

Para preservar este esbozo contra la sospecha de utopía, seré parco en los detalles pintorescos de la descripción.

Supongo, además, que una burla insensata tratará de restar importancia a todo lo que esbozo, caricaturizándolo. Un judío, persona muy responsable por lo demás, cuando le expuse el asunto opinó que: “los detalles futuros expuestos como si fueran reales, eran indicios de utopía”. Lo cual es falso. Todo ministro de hacienda incluye, en los cálculos del presupuesto nacional, cifras futuras y no solamente las que ha deducido del término medio de los años anteriores o de las rentas fiscales de otros Estados, sino que hace figurar cifras de las que no existen precedentes, como por ejemplo, la introducción de un nuevo impuesto. Solamente no habiendo visto nunca un presupuesto se puede ignorarlo. ¿Será considerada

utopía un proyecto de leyes financieras por el mero hecho de que los cálculos no podrán ser aplicados con todo rigor?

Pero yo pretendo aun de los lectores algo más difícil. Exijo de las personas cultas, a las que me dirijo, que vuelvan a examinar y a estudiar muchas viejas opiniones. Pretendo que, precisamente, los mejores judíos, los que se han esforzado por arribar a la solución del problema judío, consideren sus tentativas hasta el presente como erróneas e ineficaces.

En la exposición de la idea, tengo que luchar contra un peligro. Parecerá que si hablo de las cosas futuras con reservas, es porque yo mismo no creo en su realización. Por el contrario, si anunciara sin reservas su realización, quizás entonces todo aparecería como una quimera.

Por eso digo clara y sinceramente: creo en la posibilidad de la realización, sin jactarme, sin embargo, de haberle dado al pensamiento su forma definitiva. *El Estado Judío es una necesidad universal, por consiguiente nacerá.*

Si la empresa fuera acometida por algunos individuos, sería ciertamente una locura, pero con el concurso simultáneo de muchos judíos, ella es perfectamente razonable y su ejecución no presenta obstáculos dignos de mención. La idea depende del número de adherentes. Quizás nuestros jóvenes ambiciosos, ante quienes ya están cerrados todos los caminos y ante quienes se abre, en el Estado Judío, la luminosa perspectiva del honor, de la libertad y de la dicha, se preocupen por la difusión de la idea.

Por lo que a mí me toca, considero mi misión cumplida con la publicación de este escrito. Solamente tomaré la palabra, cuando los ataques de rivales dignos me obliguen a ello, o cuando se trate de refutar objeciones imprevistas o disipar errores.

¿No es justo, hoy por hoy, lo que digo? ¿Me adelanto a mi tiempo? ¿No son bastante grandes los sufrimientos de los judíos? Lo veremos.

Depende, pues, de los mismos judíos el que este proyecto de Estado no sea, por ahora, nada más que una novela. Si la generación actual permanece todavía impávida, ya vendrá otra superior y mejor. Los judíos que quieran tendrán su Estado y lo merecerán.

I. Introducción

La manera en que alguna gente que está sumergida en la vida práctica encara problemas económicos, es de una trivialidad desconcertante. Sólo así se explica que algunos judíos repitan maquinalmente la mulletilla de los antisemitas: vivimos cual parásitos a costa de otros pueblos, de no haber sucedido así, nos hubiéramos muertos de hambre. Este es uno de los puntos en el que se muestra el debilitamiento de nuestra conciencia debido a acusaciones injustas. ¿Cuál es el verdadero sentido de las palabras “a costa de otros”? Si no contienen la vieja limitación fisiocrática, reposan sobre el error pueril de creer que en la vida de los bienes todo se repite.

Ahora bien, nosotros, como Rip van Winkle, no tenemos que despertarnos recién del sueño en que estamos sumergidos desde hace muchos años, para reconocer que el mundo se transforma por el incesante surgimiento de riquezas que, en nuestra época, asombrosa por los progresos de orden técnico, aun las percibe en torno suyo el más pobre de espíritu, con ojos cerrados. El espíritu emprendedor los ha creado.

El trabajo hecho sin espíritu emprendedor es el del estacionario, del viejo; el ejemplo típico lo da el agricultor, que está exactamente en el mismo punto que estaba, hace mil años, su remoto antepasado. Todo bienestar económico ha sido realizado por el espíritu emprendedor. Uno casi se avergüenza de escribir semejante trivialidad. Aun si fuéramos exclusivamente emprendedores, como se afirma exagerando, no tendríamos necesidad de un pueblo regido económicamente. No estamos destinados a perseguir riquezas, porque nosotros creamos nuevas riquezas.

Tenemos esclavos del trabajo de fuerza insólita, cuya aparición en el mundo civilizado significa una competencia mortal para el trabajo manual: son las máquinas. Se necesitan, ciertamente, trabajadores también para ponerlas en movimiento pero, para estas necesidades contamos con bastante hombres, tal vez, demasiados. Sólo quien no

conozca la situación de los judíos en muchos países de Europa oriental, se atreverá a afirmar que los judíos son incapaces de realizar cualquier trabajo manual o le son reacios.

Pero, en este escrito no quiero hacer la defensa de los judíos. Sería inútil. Todo lo razonable y sentimental ya ha sido dicho sobre este tema. Ahora bien, no basta encontrar las razones pertinentes para el entendimiento y el espíritu; los que oyen tienen que ser capaces de comprender, de otro modo sería predicar en el desierto. Pero si los oyentes se hallan ya tan lejos y tan alto, entonces la prédica resulta superflua. Creo en la ascensión de los hombres hacia grados cada vez más altos de espiritualidad, pero lo considero de una lentitud desesperante. Si quisiéramos esperar a que los sentimientos del hombre medio alcancen los que animaban a Lessing cuando escribía “Natán el sabio”, transcurriría en ello nuestra vida y la de nuestros hijos, nietos y biznietos. Aquí nos viene a ayudar, por otro lado, el espíritu universal.

Este siglo nos ha traído un magnífico renacimiento mediante las conquistas de orden técnico. Pero este fantástico progreso aún no ha sido adaptado a la humanidad. Las distancias han sido vencidas y sin embargo nos atormentamos con los sufrimientos de la estrechez. Rápidamente y sin peligro navegamos ahora en gigantescos buques por mares antes desconocidos. Conducimos ferrocarriles seguros a lo alto de las montañas, a las que, en otros tiempos, subíamos temerosos a pie. Lo que acontece en países que no habían sido aún descubiertos, cuando Europa recluía a los judíos en guetos, lo sabemos a las pocas horas. Por eso la miseria en que viven los judíos es un anacronismo, y no porque ya hubo, cien años ha, una época de despertar cultural, que en realidad existió solamente para los espíritus más distinguidos.

Ahora bien, creo que la luz eléctrica no ha sido inventada, de ninguna manera, para que algunos *snobs* iluminen sus lujosas habitaciones, sino para que a su luz resolvamos los problemas de la humanidad. Uno de éstos, y no el menos importante, es el problema judío. Resolviéndolo, no trabajamos tan sólo para nosotros mismos, sino a favor de muchos otros míseros y oprimidos.

El problema judío existe. Sería locura negarlo. Es un residuo de la Edad Media, del que los pueblos cultos, con la mejor voluntad, no

pueden deshacerse aún hoy. Mostraron, ciertamente, una actitud magnánima cuando nos emanciparon. El problema judío existe dondequiera que vivan los judíos en número apreciable. Donde no existe, es introducido por los judíos inmigrantes. Nos dirigimos, naturalmente, hacia donde no nos persiguen; nuestra aparición provoca las persecuciones. Esto es cierto, y lo seguirá siendo en todas partes hasta que el problema judío no sea resuelto políticamente. Surgirá hasta en países de desarrollo superior; una demostración: Francia. Los judíos pobres llevan el antisemitismo a Inglaterra, ya lo han llevado a América.

Creo entender el antisemitismo, que es un movimiento muy complejo. Contemplo este movimiento como judío, sin odio y sin miedo. Creo reconocer lo que en el antisemitismo hay de burda chanza, envidia ruin, prejuicio heredado, intolerancia religiosa, pero también lo que hay de pretendida defensa legítima. No considera la cuestión judía como una cuestión social ni religiosa, aunque ella se tiña con estos y otros colores. Es un problema nacional y para resolverlo tenemos que hacer de él un problema universal y político, que sería resuelto en el consejo de los pueblos cultos.

Somos un pueblo, sí, un pueblo.

En todas partes hemos tratado honradamente de desaparecer en el seno del pueblo que nos rodeaba, conservando sólo la fe de nuestros padres. No se nos permite. En vano somos fieles, y en muchos sitios, patriotas fervientes; en vano aportamos sacrificios en bienes y en sangre al igual que nuestros conciudadanos; en vano nos afanamos por aumentar las glorias de nuestras patrias en las artes y en las ciencias y su riqueza mediante el comercio. En nuestras patrias, en las que vivimos ya desde hace siglos, somos tachados de extranjeros, a menudo por aquéllos, cuyas familias aún no habitaban el país cuando nuestros padres ya sufrían allí. Quién es extranjero en un país, lo puede resolver la mayoría; es cuestión de poder, como lo es todo en las relaciones entre los pueblos. No disminuyo en un ápice el valor de nuestros derechos conquistados por usurpación. En el mundo de hoy, y durante muchísimo tiempo aun, la fuerza sigue primando sobre el derecho. Por eso, en vano fuimos, en todas partes, bravos patriotas como lo fueron los hugonotes, a los que se obligó a emigrar. Si se nos dejara en paz...

Pero creo que no se nos dejará en paz.

No hemos de ser aniquilados por la opresión y las persecuciones. Ningún pueblo de la historia ha soportado luchas y sufrimientos como el nuestro. Acosándonos, sólo han conseguido que perecieran los débiles de entre nosotros. Cuando se inician las persecuciones, los judíos retornan con arrogancia a su raza. Esto se pudo advertir claramente en la época inmediata a la emancipación de los judíos. Los judíos que gozaban espiritualmente y materialmente de una posición elevada, perdieron el sentimiento del vínculo que lo unió. Si el bienestar político dura algún tiempo, nos asimilamos en todas partes; creo que esto no puede tacharse de indigno. Por eso el estadista que desee la ruina racial de los judíos a favor de su pueblo, tendría que preocuparse por la duración de nuestro bienestar político. Y ni siquiera un Bismarck lo ha podido.

En el corazón del pueblo están arraigados profundamente viejos prejuicios contra nosotros. Quien quiera darse cuenta de ello no tiene más que prestar atención a aquello en lo que el pueblo se manifiesta sincera y simplemente: las leyendas y los refranes son antisemitas. El pueblo es, en todas partes, un niño grande al que, naturalmente, se puede educar, pero esta educación requeriría, en el mejor de los casos, un tiempo tan enorme que, como ya he dicho, muchos antes hubiéramos podido ayudarnos de otra manera.

La asimilación, bajo la cual comprendo no solamente los elementos exteriores que pudieran introducirse en el vestir, en las costumbres, en los hábitos y en la lengua, sino la igualación paulatina de los sentimientos y de la manera de ser; la asimilación de los judíos no podrá ser lograda, en todas partes, sino por el casamiento mixto. Más éste tendrá que ser sentido, por la mayoría, como una necesidad; no basta, de ninguna manera, declarar lícito el matrimonio mixto. Los liberales húngaros que lo han hecho ahora incurrieron en un grave error. Este casamiento, instituido doctrinariamente, fue bien ilustrado por uno de los primeros casos: un judío converso se casó con una judía. Pero la lucha a favor de la actual manera de contraer matrimonio ha agravado mucho las diferencias entre cristianos y judíos en Hungría y, por ende, ha perjudicado más que favorecido, la mezcla de las razas. El que desee la desaparición de los judíos por la mezcla, puede ver en ello solamente una

posibilidad: los judíos tendrían que alcanzar tal poder económico hasta que el viejo prejuicio social fuera vencido. El ejemplo lo proporciona la aristocracia en la que, proporcionalmente, abundan los casamientos mixtos. La vieja nobleza se deja dorar de nuevo con el dinero de los judíos y algunas familias judías son así absorbidas. Pero ¿qué forma adoptaría este fenómeno en las clases medias, donde el problema judío cunde, dado que los judíos constituyen un pueblo burgués? La obtención del poder económico, que es condición previa, equivaldría a la autocracia económica de los judíos, que ya ahora es afirmada falsamente. Y si ya el poder actual de los judíos provoca tales explosiones de alarma y de furor por parte de los antisemitas, ¿a qué estallidos no daría lugar el acrecentamiento ulterior de dicho poder! Tal intento de reabsorción no puede ser logrado, pues sería el sometimiento de la mayoría por una minoría que, hasta hace poco, era despreciada y que no cuenta con una fuerza bélica o administrativa. Por eso considero inverosímil que se realice la reabsorción de los judíos por el bienestar económico. Los países que hoy son antisemitas se adherirán a mi punto de vista. Los otros, en los que los judíos se hallan momentáneamente bien, tal vez mis hermanos de raza combatirán mis aserciones de la manera más violenta. Me creerán recién cuando sean acosados, de nuevo, por los antisemitas. Y cuanto más se haga esperar el antisemitismo, con tanto más furor estallará. La infiltración de los judíos inmigrantes, atraídos por una aparente seguridad, por una parte, así como el creciente ascenso de clases de los judíos autóctonos por la otra, obran al unísono para precipitar el desenlace fatal. Nada hay más sencillo que esta conclusión.

Más el haber arribado a ella, serenamente y ajustándome sólo a la verdad, hará recaer sobre mí, como es de prever, la oposición y el odio de los judíos de buena situación. Si sólo se tratara de intereses privados, cuyos dueños, por estupidez o cobardía, se sintieran amenazados, se pondría de lado el asunto con una sonrisa despectiva, puesto que son más importantes los intereses de los pobres y de los oprimidos. No quiero, sin embargo, dar lugar a interpretaciones erróneas, a saber: que si algún día este plan se realizara, los judíos poderosos resultarían perjudicados. Por eso quiero aclarar detalladamente lo referente a los derechos de propiedad. Si el pensamiento

entero no se sale de la literatura, entonces todo queda en la misma situación que antes.

Más grave sería la objeción de que apoyo a los antisemitas declarándonos un pueblo y que impido la asimilación de los judíos, donde ésta quiere realizarse y que, por añadidura, la comprometo donde ya se ha realizado, supuesto que yo, en mi condición de escritor modesto, pueda impedir o comprometer algo.

Esta objeción vendrá, en especial, de Francia. La espero también de otras partes, pero quiero contestar por anticipado, a los judíos franceses, porque ellos ofrecen el ejemplo más sólido.

Por más que venero la personalidad, la fuerte personalidad singular del hombre de Estado, del artista, del filósofo o del militar así como la personalidad de un grupo histórico de hombres, no lamento, sin embargo, su desaparición. El que pueda, quiera y deba perecer, ha de perecer. Pero la personalidad del pueblo judío no puede, no quiere, ni debe desaparecer. No puede, porque los enemigos exteriores la mantienen unida. Que no lo quiere, lo ha demostrado durante dos mil años de inmensos sufrimientos. Que no debe, trato de ponerlo de manifiesto en este escrito, después de muchos otros judíos que no renunciaron a la esperanza. Ramas enteras del judaísmo pueden morir, pero el árbol sigue viviendo.

Pues bien, si todos o algunos franceses judíos protestaran contra este esbozo, porque ya se han asimilado, mi respuesta es sencilla: todo el asunto no les incumbe. Ellos son franceses israelitas, ¡muy bien! Pero esto es una cuestión interna de los judíos.

Así, pues, el movimiento que yo propongo y que ha de arribar a la formación de un Estado, perjudicaría tan poco a los franceses israelitas como a los asimilados de otros países. Por el contrario, les resultaría provechoso, ya lo creo que les resultaría provechoso. Puesto que no serían molestados en su “función cromática”, como diría Darwin. Podrían asimilarse tranquilamente, ya que el actual movimiento antisemita sería detenido para siempre. Se les creería, incluso, que están asimilados hasta lo más recóndito del alma, si habiendo surgido el Estado Judío, con instituciones mejores, ellos, con todo, permanecerían donde viven actualmente.

Los judíos asimilados obtendrían más beneficios que los ciudadanos cristianos con el alejamiento de los judíos fieles a su raza. Pues

los asimilados se librarían de la competencia molesta, incalculable e inevitable del proletariado judío, que es arrojado de aquí para allí por la presión política y la necesidad económica. Este proletariado inestable se afirmaría. Actualmente, muchos ciudadanos cristianos, a quienes se califica de antisemitas, pueden oponerse a la inmigración de judíos extranjeros. Los ciudadanos judíos no pueden hacerlo aunque son los más afectados, pues sobre ellos pesa la emulación de individuos situados en el mismo nivel económico y que, además, importan el antisemitismo o agravan el ya existente. Es una pena secreta de los asimilados que se alivia por medio de empresas “generosas”. Ellos fundan sociedades de emigración para judíos inmigrantes. Este fenómeno implica un contrasentido, que podría resultar jocoso, si no se tratara de gentes desdichadas. Algunas de estas sociedades de protección no obran a favor sino en contra de los judíos perseguidos, a fin de que los más sean alejados lo antes y lo más lejos posible. Y así, observando atentamente, se descubre que muchos amigos aparentes de los judíos no son sino antisemitas de origen judío, disfrazados de benefactores.

Pero hasta los intentos de colonización hechos por hombres realmente bien intencionados no tuvieron resultado hasta ahora, aunque fueron intentos interesantes. No creo que para algunos hubiese constituido una especie de deporte el haber hecho emigrar a pobres judíos, como se hace correr caballos. El asunto es demasiado serio y demasiado triste. Estos intentos fueron interesantes en tanto que nos pintan, en pequeño, a los precursores prácticos de la idea de un Estado Judío. Y hasta fueron útiles por cuanto se cometieron en ellos errores que se pueden evitar cuando se trate de una realización en grande. Naturalmente, que con estos ensayos se causaron también daños. La transplantación del antisemitismo a nuevas comarcas, que es la consecuencia necesaria de una infiltración tan ingeniosa, la considero como un perjuicio menor. Lo peor es que sus consecuencias han despertado dudas en los judíos mismos, sobre la capacidad del hombre judío. Estas dudas pueden ser disipadas con la siguiente argumentación: lo que en pequeño es inconveniente e irrealizable, no tiene que serlo en grande. En iguales condiciones, una pequeña empresa puede producir pérdidas mientras una grande alcanza grandes utilidades. Un arroyo no es navegable

ni con canoas; el río, en el que aquél desemboca, soporta magníficos buques de hierro.

Nadie es lo bastante fuerte o lo bastante rico como para transportar un pueblo de una residencia a otra. Esto puede hacerlo solamente una idea. La idea de un Estado posee tal poder. Los judíos no han cesado de soñar, a través de toda la noche de su historia, este sueño real: “¡El año que viene en Jerusalem!” Es nuestra antigua frase. Se trata, pues, de mostrar que el sueño puede transformarse en un pensamiento rutilante.

Para eso hay que hacer, ante todo, tabla rasa de muchos conceptos viejos, repetidos, confusos y limitados. Así, muchos cerebros embotados creerán que la migración tiene que salirse de la civilización para internarse en el desierto. ¡No es cierto! La migración se realiza en medio de la cultura. No se baja a un grado inferior, sino que se asciende a uno superior. No se ocupan chozas de barro, sino casas más hermosas y más modernas, que se construyen de nuevo y se las puede poseer sin peligro. No se pierden los bienes adquiridos, sino que se los valoriza. Se renuncia a un derecho de buena ley a cambio de uno mejor. No se abandona las costumbres queridas, sino que se las vuelve a encontrar. No se deja la casa vieja antes que la nueva esté lista. Emigran solamente los que están seguros de mejorar su posición con ello. Primero, los desesperados; luego, los pobres; luego, los acomodados; luego, los ricos. Los precursores alcanzan la clase superior, hasta que esta última comienza a enviar a sus miembros. La emigración es, al mismo tiempo, un movimiento ascendente de clases. Después de la salida de los judíos, no surgen obstáculos económicos, ni crisis, ni persecuciones, sino que comienza un período de prosperidad para los países abandonados. Se inicia un movimiento interno de los ciudadanos cristianos hacia las posiciones abandonadas por los judíos. La migración es gradual, sin sacudidas y ya su comienzo marca el fin del antisemitismo. Los judíos se alejan como amigos respetados, y cuando algunos vuelvan más tarde, se les recibirá y tratará, en los países civilizados, con la benevolencia que dispensan a otros extranjeros. Esta emigración no es una huida, sino una marcha ordenada bajo la supervisión de la opinión pública. El movimiento no se ha de iniciar sólo con medios estrictamente legales, sino que ha

de ser realizada con la amistosa colaboración de los gobiernos interesados, que resultarán beneficiados.

Para la pureza de la idea y el empuje de su realización son necesarias garantías, que se pueden encontrar solamente en las llamadas personas “morales” o “jurídicas”. Quiero separar estas dos designaciones que, en el lenguaje jurídico son, a menudo, confundidas. Como persona moral, que goza de derechos fuera de la esfera de la autoridad privada, propongo la *Society of Jews*. A su lado estará la persona jurídica de la *Jewish Company*, que es un organismo financiero.

El individuo que sólo mostrara la intención de emprender semejante obra gigantesca, podría ser un embaucador o un demente. La pureza de la persona moral lo garantiza el carácter de sus miembros. El poder suficiente de la persona jurídica queda demostrada por su capital.

Con las advertencias precedentes he querido, tan solo, rechazar la primera multitud de objeciones que las palabras: *Estado Judío* han de provocar. De aquí en adelante, queremos explicarnos con más serenidad, combatir otras objeciones y exponer más detalladamente muchas cosas que sólo hemos insinuado aunque, en la medida de lo posible, se evitará la minuciosidad, en beneficio del mismo escrito que ha de difundirse. Para alcanzar tal fin, lo mejor son, ciertamente, breves capítulos aforísticos.

Si quiero levantar un edificio nuevo en lugar de uno viejo, tengo primero que demoler y luego construir. Me ajustaré, pues, a este orden razonable. Primeramente, en la parte general, han de ser aclarados los conceptos, puestas de lado viejas y vagas nociones, afianzadas las condiciones previas en los órdenes político y económico-nacional, y se desarrollará el plan.

En la parte especial, que se divide en tres capítulos principales, ha de ser expuesta la realización. Estos capítulos principales son: *Jewish Company*, grupos locales y *Society of Jews*. La *Society* debe surgir primero y la *Company* por último; pero en el esbozo conviene invertir el orden, porque contra la posibilidad de realización financiera surgirán mayores dudas las que, consiguientemente, tienen que ser disipadas, antes que nada.

Luego, en el epílogo, se librará el último combate contra las restantes objeciones posibles. Mis lectores judíos harán bien en seguirme, pa-

cientemente hasta el final. En muchos surgirán las objeciones en un orden diferente del que he elegido aquí, para las refutaciones. Pero aquellos, cuyas dudas sean disipadas razonablemente, deberán reconocerlo.

No obstante, apelar solamente a la razón, sé muy bien que no basta. Los viejos prisioneros no salen de buena gana de los calabozos. Veremos si la juventud que necesitamos está a la altura de la misión, la juventud que arrastre consigo a los viejos, los saque en andas y transforme en entusiasmo los argumentos lógicos.

II. Parte general

El problema judío

Nadie negará la miseria en que viven los judíos. En todos los países donde viven en número apreciable son perseguidos, en mayor o menor escala. Aunque la igualdad de derechos existe legalmente, de hecho está abolida en casi todas partes. Ya no pueden alcanzar, siquiera, los cargos de mediana importancia en el ejército, en profesiones públicas o privadas. Se trata de arrojarlos del mundo de los negocios: “¡No les compréis a los judíos!”.

Los ataques en parlamentos, reuniones, prensa, púlpitos, en la calle, en los viajes –exclusión de ciertos hoteles y hasta lugares de diversión– aumentan de día en día. La persecución tiene distinto carácter, según los países y los círculos sociales. En Rusia, las aldeas judías son saqueadas; en Rumania, matan a hombres aislados; en Alemania, se los apalea ocasionalmente; en Austria, los antisemitas aterrizan los sectores de la vida pública; en Argelia, surgen predicadores de la expulsión; en París, la llamada buena sociedad se encierra en sí misma y los círculos quedan cerrados a los judíos. Los matices son innumerables. No se pretende hacer aquí la dolorosa enumeración de todas las penas judías. No queremos detenernos en los detalles, por más aflictivos que sean.

No es mi propósito mover a compasión. Todo esto es vano, inútil e indigno. Me limito a preguntar a los judíos: ¿no es cierto que en los países donde habitamos en número apreciable la situación de los abogados, médicos, técnicos, maestros y empleados judíos de toda clase se hace cada vez más insoportable? ¿No es cierto que toda la clase media se halla terriblemente amenazada? ¿No es cierto que contra los ricos, de entre nosotros, son excitadas todas las pasiones del populacho? ¿No es cierto que nuestros pobres sufren mucho más que todos los demás proletarios?

Yo creo que la presión existe en todas partes. En las esferas judías adineradas, se siente el malestar. En las esferas medias, aparece como una grave y sombría angustia. En las inferiores, es la desesperación.

En todas partes el malestar puede reducirse a la clásica exclamación del berlinés: “¡Afuera los judíos!”.

Formularé, pues, el problema judío en la forma más concreta: ¿Tenemos que irnos ya? y ¿a dónde?

O, ¿podemos quedarnos aún? ¿Durante cuánto tiempo?

Resolvamos primero el problema de la permanencia; ¿Podemos esperar tiempos mejores, armarnos de paciencia y resignados a la voluntad de Dios, aguardar a que la voluntad de los gobernantes y pueblos de la tierra nos sea más propicia? Digo que no podemos esperar ningún cambio en la corriente. ¿Por qué? Los gobernantes, aun cuando estemos tan cerca de su corazón como los demás ciudadanos, no pueden protegernos. Echarían sobre sí la carga del odio contra judíos, si les mostraran “demasiada” benevolencia. Y con este “demasiado” hay que entender menos benevolencia que la que todos los ciudadanos ordinarios y todos los grupos puedan reclamar. Todos los pueblos entre quienes viven los judíos son, sin excepción, vergonzosa o desvergonzadamente antisemitas.

El vulgo carece de comprensión histórica y no puede tenerla. No sabe que los pecados de la Edad Media recaen actualmente sobre los pueblos europeos. Somos lo que de nosotros se hizo en los guetos. Hemos logrado, sin duda, una superioridad en los negocios, porque en la Edad Media se nos empujó a ello. Se nos vuelve a obligar a dedicarnos a los negocios, que ahora se llama Bolsa, al excluïrnos de todas las demás profesiones. Pero el hallarnos en la Bolsa abre, para nosotros, una nueva fuente de desprecio. A esto se añade que producimos, sin cesar, intelectuales medios, que no tienen salida y por eso constituyen un peligro idéntico al de la riqueza creciente. Los judíos cultos y sin bienes se adhieren todos al socialismo. La batalla social debe ser librada pero, en todos los casos, sobre nuestras espaldas, porque nosotros nos hallamos en los puntos más expuestos, tanto en el campo capitalista como en el socialista.

De cómo se ha tratado de resolver el problema hasta ahora

Los ingeniosos medios que se han empleado, hasta ahora, para hacer desaparecer la situación aflictiva de los judíos fueron o insignificantes, como en el caso de las diferentes colonizaciones, o concebidos erróneamente, como las tentativas de hacer, de los judíos, agricultores en su patria actual.

¿Qué se consigue con llevar unos miles de judíos a otra región?

Una de dos; o prosperan, y entonces el antisemitismo aumenta en proporción a sus riquezas, o se arruinan inmediatamente. Ya nos hemos ocupado más arriba de los países. La desviación es insuficiente y sin objeto, o está en contradicción al fin perseguido. Se dilata de esta manera la solución, se la posterga y quizá hasta se la dificulta.

Pero el que quiera hacer agricultores de los judíos está en craso error. El agricultor es una categoría histórica, y esto se aprecia mejor en su manera de vestir, la que, en la mayoría de los países, data de hace siglos, así como en sus herramientas, que son exactamente las mismas que usaron en tiempos de sus remotos antepasados. El arado es el mismo; siembra sacando el grano del delantal; siega con la histórica guadaña y trilla con el trillo. Sin embargo sabemos que hay máquinas para todo eso. También el problema agrario es solamente una cuestión de máquinas. América tiene que vencer a Europa, así como los grandes latifundios aniquilan los cortijos. El campesino es una figura que está destinada a perecer. Si se ha conservado al agricultor artificialmente, ello se debe a los políticos a que sirve. Querer hacer nuevos agricultores, según receta antigua, es imposible e insensato. Nadie es lo bastante rico, ni lo bastante poderoso como para detener, a la fuerza, el avance de la cultura. Ya la conservación de formas anticuadas de cultura es una tarea tremenda, para la que apenas alcanzan los medios de un Estado regido autocráticamente.

¿Se quiere, por ventura, exigir del intelectual judío que se vuelva agricultor de viejo cuño? Sería exactamente lo mismo que si se le dijera al judío; “¡He aquí una ballesta, ponte en campaña!”. ¿Cómo?

¿Con una ballesta, cuando los demás disponen de armas de pequeño calibre y cañones de Krup? Los judíos, a los que se quiere transformar en agricultores tienen perfecta razón si, bajo tales circunstancias, no se mueven del lugar. La ballesta es un arma hermosa y me provoca un estado de ánimo elegíaco cuando tengo tiempo. Pero pertenece al museo.

Naturalmente, hay regiones donde los judíos desesperados van o quieren ir al campo. Y aquí se demuestra que estas regiones, como el fundo de Hessen en Alemania, y algunas provincias de Rusia, son precisamente semilleros de antisemitismo.

Es que los reformadores del mundo que envían a los judíos a arar la tierra, se olvidan de alguien muy importante y que tiene mucho que decir en el asunto; el agricultor. También el agricultor tiene razón. Las contribuciones, los peligros que amenazan a la cosecha, la presión de los propietarios, el trabajo más barato y, especialmente, la competencia americana les amargan bastante la vida. Por añadidura, los impuestos sobre la importación de cereales no pueden crecer infinitamente. No se puede, sin embargo, dejar morir de hambre al trabajador de la fábrica; hasta se debe prestarle cada vez más atención, porque su influencia política se halla en alza.

Todas estas dificultades son bien conocidas, por eso las menciono solamente de paso. Quería hacer notar, tan sólo, cuán sin valor ha sido lo que se ha hecho, hasta ahora, para resolver el problema a conciencia y en la mayoría de los casos con propósitos muy loables.

Ni la desviación, ni la degradación artificial del nivel espiritual de nuestro proletariado pueden remediarlo. Ya hemos examinado el mágico remedio de la asimilación.

Así no se puede suprimir el antisemitismo. No se lo puede suprimir mientras sus causas no lo hayan sido. Pero, ¿se las pueden suprimir?

Causas del antisemitismo

No hablamos ahora de causas sentimentales, viejos prejuicios y limitaciones, sino de las causas políticas y económicas. No hay que

confundir el actual antisemitismo con el odio religioso dispensado a los judíos en otros tiempos, aunque éste tenga, aún hoy, en ciertos países, un tinto de confesionario. El rasgo saliente del movimiento en contra los judíos es hoy muy distinto. En los países donde prima el antisemitismo, éste es consecuencia de la emancipación de los judíos. Cuando los pueblos cultos notaron la inhumanidad de las leyes de excepción y nos dejaron en libertad, la liberación vino demasiado tarde. No era posible emanciparnos legalmente en los lugares en que morábamos. En el gueto nos habíamos vuelto, de manera notable, un pueblo de burgueses y aparecíamos en competencia terrible con la burguesía.

Quedamos súbitamente, después de la emancipación, en el círculo de la burguesía y allí teníamos que soportar una doble presión, por dentro y por fuera. La burguesía cristiana, ciertamente, no tendría reparos en inmolarnos en aras del socialismo; claro que esto no remediará la situación.

Sin embargo ya no se puede anular la igualdad de los judíos ante la ley, donde ésta existe. No solamente porque ello sería contrario a la conciencia moderna, sino también porque empujaría a todos los judíos, pobres y ricos, hacia los partidos subversivos. No se puede, en verdad, hacer nada positivo contra nosotros. Antes, se les quitaba a los judíos sus joyas. ¿Quieren apoderarse, hoy, de los bienes muebles? Estos consisten en papeles impresos encerrados en alguna parte del mundo, quizás en las cajas fuertes de cristianos. Se puede, ciertamente, gravar con impuestos las acciones y obligaciones de ferrocarriles, bancos, empresas industriales de toda clase, con impuestos progresivos sobre la renta o es posible apoderarse del conjunto de los bienes muebles. Pero todas estas tentativas no pueden ser dirigidas exclusivamente contra los judíos ya que al intentarlo, surgen, enseguida, graves crisis económicas, cuyas consecuencias no se limitan a los judíos, aunque siempre son los primeros perjudicados. Debido a esta imposibilidad de vencer a los judíos, se fortifica y se profundiza el odio. En las poblaciones aumenta el antisemitismo de día en día, de hora en hora y tiene que seguir aumentando porque las causas siguen existiendo y no puede ser suprimidas. La causa remota es la pérdida, sufrida en la Edad Media, de nuestra capacidad de asimilación; la causa próxima es la superproducción de intelectuales

medios que no tienen ninguna salida hacia abajo y tampoco puede elevarse sobre su nivel, no referimos al descenso y ascenso normales. Los componentes de nuestras clases inferiores se vuelven proletarios perturbadores del orden, llegan a ser los subalternos de todos los partidos revolucionarios, mientras aumenta el temible poder del dinero en nuestras clases superiores.

Efectos del antisemitismo

La presión ejercida sobre nosotros no nos hace mejores. No diferimos de los demás hombres. Es cierto que no amamos a nuestros enemigos. Pero el derecho de echárnoslo en cara le asiste sólo al que pueda dominarse a sí mismo. La presión excita, naturalmente, en nosotros el rencor contra nuestros opresores y nuestro rencor aumenta, a su vez, la presión. Es imposible salir de este círculo vicioso.

-“¡Y sin embargo es posible!” –dirán algunos tiernos visionarios-inculcando a los hombres sentimientos de bondad.

¿He de demostrar ahora la extravagancia sentimental que implica esta afirmación? El que quiere fundamentar un mejoramiento de la situación basado en la bondad de todos los hombres, que escriba, en todo caso, una utopía.

Ya he hablado de nuestra asimilación. No afirmo, en ningún momento, que la deseo. La personalidad de nuestro pueblo es demasiado gloriosa en la historia y, pese a todas las humillaciones, demasiado elevada, para desear su muerte. Si se nos dejara en paz durante sólo dos generaciones podríamos, quizás, desaparecer sin dejar huellas, en el seno de los pueblos que nos rodean. Pero no se nos dejará en paz. Después de breves períodos de tolerancia, surge siempre de nuevo el rencor contra nosotros. Nuestro bienestar parece contener algo de irritante, porque el mundo está acostumbrado, desde hace siglos, a ver en nosotros a los más despreciados de entre los pobres. No se advierte, por otra parte, por ignorancia o por estrechez de miras, que nuestro bienestar nos debilita como judíos y anula nuestros rasgos peculiares. Sólo la presión nos hace adherirnos al viejo tronco, sólo el odio de los que nos rodean nos vuelve extranjeros.

Por ello somos y seguimos siendo, querámoslo o no, un grupo histórico de coherencia visible.

Somos un pueblo; el enemigo hace que lo seamos, a pesar nuestro, como ha sucedido siempre en la historia. Oprimidos, nos unimos y entonces descubrimos, repentinamente, nuestra fuerza. Sí, tenemos la fuerza para crear un Estado, e indudablemente, un Estado modelo. Tenemos todos los medios humanos y materiales necesarios para ello.

Sería éste, ciertamente, el lugar para hablar del “material humano” según reza la expresión, un tanto grosera. Pero antes tienen que ser conocidos los rasgos fundamentales del plan al que se ha de referir todo.

El plan

El plan es, en su forma primera, extremadamente sencillo y debe serlo si se quiere que todos lo comprendan.

Que se nos dé la soberanía sobre un pedazo de la superficie terrestre que satisfaga nuestras justas necesidades como pueblo; a todo lo demás ya proveeremos nosotros mismos.

El nacimiento de una nueva soberanía no es ridículo ni imposible. Lo hemos podido apreciar, en nuestros días, en pueblos que no son, como nosotros, pueblos burgueses, sino más pobres, incultos y, por ende, más débiles. Es del interés de los gobiernos de países en cuyo seno anida el antisemitismo, concedernos la soberanía.

Para esta tarea, sencilla en principio, pero complicada en la realización, se han de crear dos grandes órganos: la *Society of Jews* y la *Jewish Company*.

Lo que la *Society of Jews* ha preparado científica y políticamente, lo realiza la *Jewish Company*.

La *Jewish Company* atiende a la liquidación de todos los intereses de los judíos emigrantes y organiza, en el nuevo país, las relaciones económicas.

Como ya se ha dicho, no hay que imaginar la emigración de los judíos en forma repentina. Será gradual y durará varios decenios. En primer lugar, irán los pobres y harán cultivable la tierra; construirán

carreteras, puentes, ferrocarriles, erigirán telégrafos, regularán el curso de los ríos y se construirán, ellos mismos, sus viviendas de acuerdo con un plan preestablecido. Su trabajo hará surgir el comercio; el comercio los mercados; los mercados atraerán a nuevos colonos, puesto que todos vendrán espontáneamente, por propia cuenta y riesgo. El trabajo que invertimos en la tierra hará subir su valor. Los judíos advertirán, rápidamente, que se ha abierto ante ellos un nuevo y duradero campo, donde podrán desplegar su espíritu emprendedor que, hasta entonces, había sido odiado y despreciado.

Si hoy se quiere construir una nación, no hay que hacerlo de la manera que fuera posible hace mil años. Es una insensatez volver a viejos grados de cultura, como quisieran muchos sionistas. Por ejemplo, si nos resolviéramos a aniquilar las fieras de un país, no lo haríamos a la manera de los europeos del siglo V. No nos pondríamos en campaña en forma aislada contra los osos, armados de jabalinas y lanzas, sino que organizaríamos una grande y alegre cacería, acoriaríamos a las bestias hasta tenerlas reunidas y recién entonces arrojaríamos una bomba de melinita.

Si queremos edificar, no plantaremos desoladas habitaciones lacustres, sino que lo haremos en lugares donde se estila hacerlo hoy. Edificaremos con mayor audacia y magnificencia de lo que se ha hecho hasta ahora. Puesto que disponemos de medios que no han existido antaño.

A nuestras capas sociales del más bajo nivel económico seguirán gradualmente, las inmediatas superiores. Los que actualmente se hallan sumidos en la desesperación marchan a la cabeza. Los conducirán nuestros intelectuales medios, perseguidos en todas partes y que producimos con exceso.

El problema de la migración de los judíos será sometido, por medio de este escrito, a una discusión general. Pero esto no quiere decir que será por votación. De hacerlo así, el asunto estará perdido de antemano. El que no quiera plegarse al movimiento, puede quedarse. La oposición de individuos aislados nos es indiferente.

El que quiera acompañarnos, que se ponga tras nuestra bandera y luche por ella con la palabra, la pluma y la acción.

Los judíos que aceptan nuestra idea de un Estado se agrupan en torno a la *Society of Jews*. Esta obtiene, así, la autoridad de hablar

y deliberar con los gobiernos en nombre de los judíos. El poder de la *Society*, según una analogía tomada del derecho internacional, es el de la autoridad capaz de constituir un Estado. Y al declararlo, el Estado ya estaría constituido. Entonces, si los poderes están dispuestos a conferir al pueblo judío la soberanía de un territorio neutral, la *Society* deliberará sobre el país a ser ocupado. Dos países pueden ser tomados en cuenta; Palestina y Argentina. En ambos países se han llevado a cabo notables ensayos de colonización según el falso criterio de la infiltración paulatina de los judíos. La infiltración tiene que acabar mal, pues llega siempre el instante en que el gobierno presionado por la población que se siente amenazada, prohíbe la inmigración de judíos. Por consiguiente, la emigración sólo tiene sentido cuando se asienta sobre nuestra afianzada soberanía.

La *Society of Jews* tratará con las actuales autoridades superiores del país y bajo el protectorado de las potencias europeas, si el asunto les resulta claro. Podemos proporcionar enormes beneficios a las actuales soberanías, responsabilizarnos por una parte de las deudas del Estado, construir vías de comunicación que nosotros mismos necesitamos y muchas cosas más. Pero, el mero surgimiento del Estado Judío trae provecho a los países vecinos porque, en grande como en pequeño, la cultura de un país eleva el valor de los países que lo rodean.

¿Palestina o Argentina?

¿Cuál elegir: Palestina o Argentina? La *Society* tomará lo que se le dé y hacia lo que se incline la opinión general del pueblo judío. La *Society* reglamentará ambas cosas. La Argentina es, por naturaleza, uno de los países más ricos de la tierra, de superficie inmensa, población escasa y clima moderado. La República Argentina tendría el mayor interés en cedernos una parte de su territorio. La actual infiltración de los judíos los ha disgustado, naturalmente; habría que explicar a la Argentina la diferencia radical de la nueva emigración judía.

Palestina es nuestra inolvidable patria histórica. Su solo nombre sería, para nuestro pueblo, un llamado poderosamente conmovedor.

Si S.M. el Sultán nos diera Palestina, podríamos comprometernos a regularizar las finanzas de Turquía. Para Europa formaríamos allí un *baluarte* contra el Asia; estaríamos al servicio de los puestos de avanzada de la cultura contra la barbarie. En tanto que Estado neutral, mantendríamos relación con toda Europa, que tendría que garantizar nuestra existencia. Respecto a los *Santos Lugares* de la cristiandad, se podría encontrar una forma de autonomía, aislarlos del territorio, de acuerdo al derecho internacional. Formaríamos la guardia de honor alrededor de los *Santos Lugares*, asegurando con nuestra existencia el cumplimiento de este deber. Esta guardia de honor sería el gran símbolo para la solución del problema judío, después de dieciocho siglos, llenos de sufrimiento para nosotros.

Necesidad, órgano y relaciones

En el penúltimo capítulo afirmé que la *Jewish Company* organiza, en el nuevo país, las relaciones económicas. Creo conveniente intercalar algunas aclaraciones al respecto. Un esbozo de esta naturaleza está amenazado, en sus fundamentos, ni bien las gentes “prácticas” se pronuncian contra él. Ahora bien, las gentes prácticas son, generalmente, sólo rutinarios incapaces de salir de un viejo y estrecho círculos de nociones. Pero su oposición es de importancia y puede dañar mucho a lo nuevo, al menos mientras lo nuevo no sea lo bastante fuerte como para abatir las frágiles opiniones de los espíritus prácticos.

Cuando en Europa aparecieron los ferrocarriles, hubo espíritus prácticos que declararon locura la construcción de ciertas líneas “porque ni siquiera la diligencia tenía allí bastante pasajeros”. No se conocía, en ese entonces, la verdad que hoy nos resulta de una sencillez infantil: que no son los viajeros los que hacen surgir el ferrocarril sino, por el contrario, es el ferrocarril el que hace surgir a los viajeros, si se presupone la necesidad latente.

De la misma especie de escrúpulos de orden práctico respecto al ferrocarril, serán los de muchos que no pueden imaginarse cómo se ha de crear la vida económica de los recién llegados en el país nuevo, que aún se está por obtener y por cultivar. Un espíritu práctico

dirá lo siguiente: “admitamos que la situación actual de los judíos, en muchos lugares, es insostenible y que será cada vez peor; admitamos que surja el deseo de emigrar; lleguemos hasta admitir que los judíos emigran al nuevo país, ¿cómo y qué ganarán allí? ¿De qué vivirán? Las relaciones entre muchas personas no se pueden establecer sin dilación y artificialmente.

A esto respondo: No se trata de establecer relaciones en forma artificial y mucho menos, hacerlo de inmediato. Pero si no se pueden establecer relaciones se puede, sin embargo, iniciarlas. ¿Cómo? Por medio de una necesidad. La necesidad será reconocida, el medio será creado, y las relaciones surgirán por sí mismas.

La necesidad de los judíos por alcanzar una situación mejor es verdaderamente profunda y la *Jewish Company* será el órgano a crear suficientemente poderoso para satisfacer esta necesidad. En estos casos habrá, forzosamente, en el nuevo país, una vida económica activa y relaciones de toda clase. En el futuro pasará lo mismo que con el desarrollo del ferrocarril, éste debía operarse para los hombres del año 1830. Los ferrocarriles fueron, con todo, construidos. Afortunadamente se hizo caso omiso de las objeciones de los espíritus prácticos que defendían las diligencias.

III. “*Jewish Company*”

Características

La *Jewish Company* está concebida, en parte, según el modelo de las grandes compañías colonizadoras; una *Chartered Company* judía, si se quiere. Pero no le incumbe sólo el ejercicio de los derechos de soberanía y no persigue sólo fines colonizadores.

La *Jewish Company* se funda, como toda compañía, según acciones, de acuerdo con la legislación inglesa y bajo la protección de Inglaterra. Tendrá su sede en Londres. No puedo precisar ahora el monto del capital en acciones. Nuestros numerosos financieros los fijarán. Pero, en cifras exactas, consideraré un capital de mil millones de marcos. La fracción que se ha de invertir al comienzo de la actividad dependerá de la manera de procurarse el dinero, que ha de ser examinada más adelante.

La *Jewish Company* es una institución transitoria. Es una empresa netamente comercial que siempre se ha de distinguir cuidadosamente de la *Society of Jewish*.

La *Jewish Company* tiene por objeto, primeramente, liquidar los bienes inmuebles de los judíos emigrantes. La manera de hacerlo impide la crisis, asegura a cada uno lo suyo y hace posible aquella migración interna de los ciudadanos cristianos, a la que ya se aludió.

Liquidación de los bienes inmuebles

Los bienes inmuebles que se han de considerar son: las casas, las propiedades en tierras y la clientela local de los negocios. Al principio, la *Jewish Company* se declarará dispuesta sólo a servir de mediadora en las ventas de estos bienes raíces. En los primeros tiempos, las ventas de los inmuebles judíos se realizarán libremente sin grandes fluctuaciones en los precios. Las sucursales de la *Company*

en cada ciudad se convertirán en centrales para la venta de las propiedades judías. Cada sucursal percibirá la comisión que demande su existencia.

Ahora bien, el desarrollo del movimiento puede acarrear la baja de los precios de los bienes inmuebles y, finalmente, la imposibilidad de venderlos. En esta etapa, la función de la *Company*, en su calidad de intermediaria en la venta de los bienes, se dividirá en nuevas ramas. La *Company* se constituye en administradora de los bienes inmuebles abandonados y espera el momento propicio para su enajenación. Percibe los alquileres, da en arrendamiento las heredades y crea administraciones para que las atiendan debidamente y, de ser posible, las crea también para la percepción de los arrendamientos. La *Company* llevará las vacantes de sus establecimientos europeos con empleados cristianos y con suplentes libres (abogados, etc.) y éstos no han de volverse, de ninguna manera, servidores de los judíos. Proveerán de esta manera, a la población cristiana, de autoridades de control, para que todo marche como es debido, para que se trate honestamente y de buena fe y para que no se intente turbar, en ninguna parte, el bienestar del pueblo.

Al mismo tiempo, la *Company* asumirá las funciones de vendedora de propiedades, más exactamente, la de trocadora de propiedades. Ella dará a cambio de una casa, una casa, de una propiedad, una propiedad, pero “del otro lado”. De ser posible, hay que transplantarlo todo como era “de este lado”. Y aquí surge para la *Company* una fuente de grandes y lícitas ganancias. Ella dará *del otro lado*, casas más hermosas, más modernas, dotadas de todas las comodidades; dará mejores heredades que le cuesten menos, pues ha adquirido tierras baratas.

La compra de tierras

El territorio asignado a la *Society of Jews* de acuerdo con el derecho internacional ha de ser adquirido, naturalmente, según las normas del derecho privado.

Las medidas que toman los individuos para su establecimiento no entran en el marco de estas compras. Pero la *Company* necesita

grandes extensiones de tierra para sus necesidades y las nuestras. Ella se asegurará la tierra necesaria por medio de la compra centralizada. Se tratará, principalmente, de la adquisición de los dominios pertenecientes a las actuales autoridades supremas del país. El fin es llegar a la posesión del territorio del otro lado sin pujar los precios hasta las alturas, de la misma manera que de este lado las ventas se efectuarán sin recargar los precios. No hay que temer aquí una puja desordenada en los precios, puesto que es la *Company* la que da valor a la tierra, porque ella dirige la colonización de común acuerdo, con la *Society of Jews* que tiene a su cargo la supervisión. Esta última cuidará también que la empresa no resulte como la del canal de Panamá, sino como la del canal de Suez.

La *Company* proporcionará a sus empleados terrenos para construcción, bajo condiciones equitativas, les proporcionará créditos amortizables para la edificación, en los hermosos lugares de la patria y se los descontará de sus sueldos o los considerará, con el correr de los días, como aumentos de los mismos. Esto será, junto con los honores que les esperan, una forma de recompensar sus servicios.

Toda esta ganancia enorme, proveniente de la especulación con las tierras, ha de ser para la *Company*, que tiene que percibir honorarios ilimitados por el riesgo que corre, como cualquier empresario particular. Cuando hay riesgo en una empresa, las ganancias han de ser retribuidas magnánimamente al que lo corre. Pero sólo ha de admitirse en tales casos; la moralidad financiera entraña correlación entre riesgo y recompensa.

Construcciones

La *Company* trocará, pues, casas y propiedades; ella debe ganar y ganará en los terrenos. Esto resulta claro para todo aquel que haya observado, en alguna parte y en algún tiempo, el alza de los precios de los terrenos debida a la urbanización de los mismos. Donde mejor se puede observar es en las hijuelas de la ciudad y del campo. Extensiones abandonadas suben de valor gracias a su vecindad con una zona culta. Una especulación con terrenos,

genial en su sencillez, fue la del ensanche de la ciudad de París, quienes no construyeron los nuevos edificios junto a las últimas casas de la ciudad, sino que compraron los terrenos situados en el límite de la misma y empezaron a edificar en el borde exterior. Debido a esta manera de edificar, contraria al orden natural, subió el valor de los terrenos con rapidez pasmosa y, cuando la zona marginal estuvo lista, en vez de construir de nuevo las últimas casas, edificaron solamente en medio de la ciudad, por consiguiente, en terrenos de más valor.

¿Edificará la *Company* misma o comisionará la labor a arquitectos particulares? Puede hacer ambas cosas y las hará. Como se echará de ver pronto, la *Company* dispone de una enorme provisión de trabajadores, que no han de ser explotados, como si se tratara de un capital, y quienes, a pesar de que gozarán de condiciones de vida dichosas y serenas, no resultarán caras. Nuestros geólogos ya hallaron los materiales de construcción cuando buscaban los lugares para construir las ciudades.

¿Qué principio regirá en la construcción?

Viviendas para obreros

Las casas para obreros, en las que están comprendidas las de todos los jornaleros, han de ser construidas por cuenta propia. No me refiero, bajo ningún concepto, a cuarteles obreros de las ciudades europeas, ni a las miserables chozas que se agrupan, en serie, alrededor de las fábricas. Nuestras viviendas para obreros tendrán, ciertamente, un aspecto uniforme, ya que la *Company* sólo puede construir barato, cuando suministra los elementos de construcción en grandes cantidades, pero estas casas particulares con sus jardinillos han de ser agrupadas en hermosos conjuntos en cada lugar. La configuración natural de la región inspirará el alegre genio de nuestros jóvenes arquitectos, libres de rutina y, aunque el pueblo no comprenda la gran idea que mueve al conjunto, se sentirá cómodo en esta sutil agrupación. El templo se alzará sobre un lugar que lo haga visible desde lejos, porque solamente la vieja fe es la que nos ha mantenido unidos. Y las escuelas para niños serán

agradables, claras e higiénicas, con todos los útiles modernos de enseñanza. Además, escuelas para jornaleros a fin de ampliar sus conocimientos las que, en afán ascendente hacia fines superiores, han de capacitar a sus alumnos para adquirir conocimientos técnicos y entrar en íntima relación con la mecánica. Además, casas de diversión para el pueblo, las que la *Company* vigilará para que se ajuste a las normas de la moralidad.

Ahora hablamos sólo de los edificios y no de lo que se hará en ellos.

Digo, pues, que la *Company* construirá, en forma barata, viviendas para obreros. No sólo porque contará con material de construcción en cantidad, pues el terreno pertenecerá a la *Company*, sino porque no tendrá que pagar a los obreros.

Los granjeros en América cuentan con el sistema de ayuda mutua en cuanto a construcción de sus casas. Este sistema, de una generosidad pueril, tosco como los fortines levantados sobre estacas, puede perfeccionarse.

Obreros sin profesión ("Unskilled labourers")

Nuestros obreros sin profesión, que vendrán primeramente de los grandes centros rusos y rumanos, tienen que construirse también sus casas mutuamente. Como al principio no contaremos con hierro propio, tendremos que construir casas de madera. Esto cambiará con el tiempo y las míseras construcciones sin puertas, serán sustituidas por otras mejores.

Nuestros obreros sin profesión sabrán, de antemano, que habrán de construirse sus viviendas mutuamente. Por medio del trabajo adquirirán la posesión de las casas, pero no en forma inmediata, sino después de observar buena conducta durante tres años. De esta manera conseguimos hombres virtuosos y hábiles y el que haya trabajado honestamente durante tres años, estará educado para la vida.

Dije más arriba que la *Company* no tiene que pagar a esos *unskilled*. ¿De qué vivirán pues?

En general, soy contrario al *trucksystem* (pago en especie). Sin embargo tendrá que ser aplicado, en el caso de estos primeros pobladores.

La *Company*, que se preocupa tanto por ellos, podría pagarles con víveres. De todos modos el *trucksystem* ha de regir solamente en los primeros años y traerá sus beneficios a los trabajadores, ya que impide la explotación de los comerciantes minoristas, propietarios, etc. La *Company* evita, así, que nuestros pobres se dediquen, en el nuevo país, al acostumbrado oficio de buhoneros, al que ciertamente se vieron obligados a ejercer en sus países de origen sólo a consecuencia de la gravitación histórica. La *Company* vigilará también a bebedores y libertinos. ¿No habrá, pues, ninguna clase de salarios en los primeros tiempos de la toma de posesión de la tierra?

Todo lo contrario, ¡los habrá en exceso!

La jornada de siete horas

¡La jornada normal de trabajo es la de siete horas!

Esto no quiere decir que diariamente, sólo durante siete horas, se haya de abatir árboles, cavar la tierra, acarrear piedras, en una palabra realizar los cien trabajos diferentes. No. Se trabajará catorce horas. Pero las cuadrillas de trabajadores se relevarán cada tres horas y media. La organización será completamente militar, con cargos, ascensos y pensiones. Se explicará más delante de dónde se han de sacar las pensiones.

Un hombre sano puede realizar muchísimo trabajo concentrado durante tres horas y media. Después de una pausa de tres horas y media, que dedica al descanso, a su familia, a la iniciada ampliación de su cultura, está de nuevo completamente fresco. Tales trabajadores pueden realizar milagros.

¡La jornada de siete horas! Es la que posibilita catorce horas comunes de trabajo; más no cabe en el día.

Estoy convencido que la jornada de siete horas es perfectamente realizable. Son conocidos los ensayos hechos en Bélgica e Inglaterra. Algunos políticos avanzados llegan hasta afirmar que la jornada de cinco horas alcanzaría perfectamente. La *Society of Jews* y la *Jewish Company* reunirán, en ese sentido, ricas y nuevas experiencias que resultarán útiles también a los demás pueblos de la tierra, y si se

demuestra que la jornada de siete horas es prácticamente posible, entonces será instituida legalmente en nuestro futuro Estado, como jornada normal.

Solamente la *Company* acordará a sus hombres la jornada de siete horas. Y lo podrá hacer siempre.

Tal jornada de siete horas nos servirá para atraer a nuestros hombres del mundo entero, los que sin duda acudirán libremente. Nuestro país deberá ser, en verdad la Tierra Prometida...

Ahora bien, el que trabaja más de siete horas obtiene una sobrepaga en dinero, por las horas extraordinarias. Siendo que todas sus necesidades son satisfechas, los miembros de su familia incapacitados para el trabajo, atendidos por las instituciones centralizadas de beneficencia, que han sido transplantadas al nuevo país, el obrero podrá ahorrar algo. Queremos fomentar la tendencia al ahorro ya existente en nuestras gentes, porque facilita la ascensión del individuo a puestos superiores y porque, con esto, nos preparamos una enorme reserva de capitales para próximos futuros.

A la jornada de siete horas podrán agregarse otras tres y sólo será permitido hacerlo después de un examen médico. Porque nuestras gentes se consagrarán al trabajo en el nuevo país y el mundo verá, recién entonces, qué pueblo trabajador somos.

Para evitar confusiones, no explico ahora cómo se ha de instituir el *trucksystem* entre los colonos (bonos, etc.), así como otros innumerables detalles. A las mujeres no se les permitirá, en ningún caso, realizar trabajos pesados y no trabajarán horas extraordinarias. Las mujeres embarazadas serán liberadas de todo trabajo y mejor alimentadas por el *truck*. Porque necesitamos generaciones robustas en el futuro.

A los niños los educaremos, desde un principio, tales como deseamos que sean. Sobre esto no me extenderé ahora.

Lo que acabo de decir sobre los *unskilled* y su manera de vivir, empezando por las viviendas para los obreros, no es una utopía, como tampoco lo es lo demás. Todo esto ya existe en la realidad, pero es tan pequeño, que resulta inapreciado, e incomprendido. Para la solución del problema judío me fue de sumo valor la *Assistance par le travail* que llegué a conocer y a comprender en París.

La asistencia por medio del trabajo

La asistencia por medio del trabajo, tal como existe actualmente en París y diversas ciudades de Francia, en Inglaterra, en Suiza, y en América, es casi insignificante, pero de ello puede derivarse algo grande.

¿Cuál es el principio de la *Assistance par le travail*?

El principio consiste en dar *labour* a todos los *unskilled* necesitados, un trabajo fácil y que no requiere aprendizaje como, por ejemplo, hacer astillas, producción de *margotins*, con los que se enciende el fuego del hogar en las casas parisienses. Es un trabajo que realizan presos que no han cometido un delito, vale decir, honesto. Nadie ha de recurrir ya más al delito impulsado por la necesidad, si es que quiere trabajar. No tiene que haber más suicidios por hambre. Estos son, además, las peores lacras de una cultura en la que, de la mesa de los ricos, se arrojan golosinas a los perros.

La asistencia por medio del trabajo proporciona, pues, ocupación a todos. ¿Venderá también los productos? No. O sólo en cantidades mínimas. Aquí está el defecto de la organización existente. Esta forma de asistencia trabaja siempre con pérdida. Está concebida, sin duda, para perder. Es, en verdad, una institución de beneficencia. El beneficio está aquí en la diferencia entre el costo de la producción y el precio alcanzado en la venta. En vez de darle dos sueldos al mendigo, le proporciona trabajo en el que ella pierde dos sueldos. Pero el mendigo andrajoso, que se ha convertido en obrero honesto, gana un franco y cincuenta céntimos. ¡Por diez céntimos, ciento cincuenta! Esto significa hacer quince veces mayor el beneficio, que ya no humilla. Esto significa hacer de un billón quince billones.

La asistencia pierde, claro está, los diez céntimos. La *Jewish Company* no perderá los billones sino que alcanzará beneficios enormes.

A esto cabe añadir la parte moral. Ya se obtiene por medio de la pequeña asistencia, tal como existe ahora, por medio del trabajo, hasta que el hombre desocupado encuentra, sea en su oficio anterior, sea en uno nuevo, una ocupación adecuada a sus aptitudes.

Dispone diariamente de una hora para la búsqueda; la “Asistencia”, también, proporciona empleos.

El defecto de la pequeña organización actual reside en que no debe competir con los leñeros, etc. Los leñeros son electores; protestarían y tendrían razón. Tampoco se debe hacer competencia al trabajo de las cárceles del Estado; el Estado debe ocupar y sostener a los delincuentes.

En general será difícil instituir la *Assistance par le travail* en una sociedad vieja.

¡Pero sí en la nuestra nueva!

Ante todo, necesitamos inmensas multitudes de *unskilled labourers* para nuestros primeros trabajos de ocupación del país, trazado de calles, talado de bosques, terraplenado, construcción de ferrocarriles y telégrafos. Todo esto se hará de acuerdo con un gran plan preestablecido.

Movimiento de mercados

Al trasladar el trabajo al nuevo país provocamos, de inmediato, el movimiento de mercados.

Naturalmente, al principio sólo será un mercado de artículos de primera necesidad: ganado, cereales, ropa de trabajo, herramientas, armas, para no citar más que algunas cosas. Al principio, compraremos estos objetos en los países vecinos o en Europa, pero los produciremos nosotros mismos a la brevedad posible. Los empresarios judíos comprenderán rápidamente las perspectivas que se abren ante ellos.

Gradualmente, a medida que el ejército de empleados de la *Company* se traslade, irán surgiendo necesidades más refinadas. Entre los empleados incluyo a los oficiales de la tropa de protección, la que ha de constituir cerca del décimo de los inmigrantes del sexo masculino. Este número bastaría para contrarrestar las rebeliones de la gente díscola; la mayoría, sin duda, será pacífica.

Las necesidades más refinadas de los empleados que gozan de una posición holgada hacen surgir, a su vez, un mercado más refinado, que aumenta en forma progresiva. Los casados harán venir, más tarde, a sus familias; los solteros, a sus padres y hermanos, no bien

tengan un hogar en el nuevo país. Vemos este movimiento entre los judíos que emigran actualmente a los Estados Unidos. No bien alguien tiene pan, hace venir a su gente. Los lazos de familia son, sin duda, muy fuertes en el judaísmo. La *Society of Jews* y la *Jewish Company* obrarán juntas para fortificar más la familia y cuidar de ella. No me refiero aquí a la parte moral, esto va de suyo, sino a la parte material. Los empleados gozarán de aumento de sueldo al casarse y al tener hijos. Necesitamos de todas las gentes, de las que viven hoy y las que nacerán más adelante.

Otros tipos de viviendas

He abandonado el hilo principal de estas explicaciones al hablar de la construcción de casas para obreros, por cuenta propia. Ahora vuelvo a otras clases de viviendas. La *Company* hará edificar, por medio de sus arquitectos, casas para la clase media, sea como objetos de trueque o por dinero. Los arquitectos de la *Company* construirán unos cien tipos de casas. Estos lindos modelos serán, al mismo tiempo, parte de la propaganda. Cada casa tiene su precio fijo, la calidad de la construcción está garantizada por la *Company*, que no tiene interés en ganar en la construcción de las casas. ¿Dónde estarán situadas estas casas?

Eso se tratará en el capítulo referente a los grupos locales.

Dado que la *Company* no quiere ganar en los trabajos de construcción, sino en los terrenos, resultará provechoso el que muchos arquitectos construyan por encargo de particulares. De esta manera el valor de la tierra aumenta y con ello se introduce el lujo en el país; y el lujo lo necesitamos para diversos fines. Sobre todo para el arte, la industria y, en un futuro lejano, para la subdivisión de las grandes fortunas.

Es un hecho; los judíos ricos que ahora ocultan temerosos sus tesoros, y que dan sus desagradables fiestas a cortinas bajas, podrán gozar libremente en el nuevo país. Si esta emigración se realiza con su ayuda, el capital será rehabilitado entre nosotros en el nuevo país, a edificar sus palacios, pronto estará de moda establecerse en él, en casas suntuosas.

Algunas formas de liquidación

La *Jewish Company* está considerada como fiduciaria o administradora de los bienes inmuebles.

Tratándose de casas y propiedades, estas tareas resultan fáciles. ¿Y cuando se trata de negocios?

En este caso, las formas serán múltiples, y no puede ser reducidas, de antemano, a un esquema. Sin embargo, no hay en ello ninguna dificultad. Puesto que en cada caso particular, el dueño del negocio se resuelve a emigrar por autodecisión y convendrá, con la sucursal de la *Company* de su jurisdicción, la forma de liquidación que le resulte más favorable. En cuanto a los comerciantes minoristas, en cuyo comercio lo principal es la actividad personal y lo secundario el exiguo inventario, la transplatación de bienes se puede efectuar de la manera más fácil. La *Company* proporcionará un campo de acción seguro a la actividad del emigrante, y sus pocos bienes podrán serle pagados en el nuevo país, con una propiedad y un crédito para adquisición de máquinas. Nuestras gentes ingeniosas no tardarán en aprender la nueva ocupación. Es sabido que los judíos se adaptan con rapidez a cualquier trabajo. Por eso, muchos comerciantes pueden transformarse en pequeños industriales al servicio de la agricultura. La *Company*, hasta puede consentir en sufrir pérdidas aparentes, tomando sobre sí los bienes inmuebles de los más pobres; puesto que obtiene así el libre cultivo de terrenos, con lo cual aumenta el valor de sus lotes restantes.

Para los comercios medianos, en los que las existencias son tan o más importantes que la actividad personal del propietario y cuyo crédito se agrega como factor imponderable y decisivo, puede concebirse diversas formas de liquidación. Este es también uno de los puntos principales que hace factible la migración interna de los cristianos. El judío emigrante no pierde su crédito personal, sino que lo lleva consigo, y se valdrá de él para establecerse en el nuevo país. La *Company* le abre una cuenta corriente. También puede vender libremente el negocio que ha tenido hasta ahora o traspasarlo a apoderados, bajo la vigilancia de los órganos de la *Company*. El apoderado puede tomar el negocio en arriendo o puede iniciarse la venta del mismo, por cuotas. La *Company* vela, por medio de sus inspectores y

abogados, por la buena administración del negocio abandonado y por la justa percepción de los pagos. La *Company* es, en este caso, procuradora de los ausentes. Pero si un judío no puede vender su negocio y no lo confía tampoco a algún apoderado y, con todo, no quiere abandonarlo, se queda sin más en el país donde vive actualmente. Ni siquiera los que se quedan empeorarán su situación; se sentirán aliviados de la competencia de los inmigrantes y habrá cesado el antisemitismo con su lema: “No compréis en negocios judíos”.

Si el dueño del negocio quiere tener el mismo negocio en el nuevo país, puede prepararse de antemano. Ejemplifiquemos esto. Cierta firma importante cuenta con un gran negocio de artículos de moda. El dueño quiere emigrar. En primer lugar, establece una sucursal en su futuro lugar de residencia, a la que envía sus artículos de poca salida. Los primeros inmigrantes pobres formarán su clientela en el nuevo país. Poco a poco emigran personas de gustos más exigentes. Entonces manda artículos mejores y finalmente las últimas novedades. La sucursal se hace automáticamente lucrativa, mientras subsiste la casa central. Finalmente tiene dos negocios. Vende el negocio viejo o confía su dirección a un representante cristiano, él mismo se va a asumir la dirección del nuevo.

Un ejemplo más amplio: “Y. e Hijo” tienen un gran negocio de carbón con minas y fábricas. ¿Cómo se ha de liquidar un complejo de bienes tan enorme? La mina de carbón, con todas sus dependencias, puede ser comprada por el Estado del país. O puede adquirirla la *Jewish Company* y pagarla, parte con tierras en el nuevo país y parte en efectivo. Una tercera posibilidad sería una sociedad por acciones: “Y. E Hijo”. Una cuarta, continuar la explotación como hasta el presente, sólo que los propietarios emigrantes serían considerados extranjeros, cuando volvieran ocasionalmente para inspeccionar sus bienes, gozando de la protección de las leyes de los países civilizados. Insinúo tan solo una quinta posibilidad, especialmente fructífera y grandiosa, porque hay pocos ejemplos de ella en la vida, por más próxima que esté de nuestra conciencia moderna. “Y. E Hijo” podrían transferir su empresa, contra reembolso, a todos sus empleados actuales. Los empleados forman una sociedad con responsabilidad limitada y pueden, quizás, pagar a “Y. e Hijo” la suma amortizándola con ayuda de la Caja Nacional, que no cobra

intereses usuarios. Los empleados amortizan luego el préstamos que les ha sido concedido por la Caja, la *Jewish Company* o los mismos “Y. e Hijo”.

La *Jewish Company* liquida tanto los negocios más pequeños, como los más grandes. Y mientras los judíos emigran tranquilamente y fundan la nueva patria, la *Company* se alza como la gran persona jurídica, que dirige la emigración, cuida de los bienes abandonados, garante, con su fortuna visible y apreciable, el buen orden con que se llevan a cabo los negocios y responde permanentemente por los que han emigrado.

Garantías de la “Company”

¿En qué forma garante la *Company* el que no se produzca un empobrecimiento ni se originen crisis económicas en los países abandonados?

Ya se dijo que antisemitas honestos serán empleados en la obra como autoridades populares de inspección, respetando su criterio independiente, de importancia para nosotros.

Pero también el Estado tiene intereses fiscales que pueden ser perjudicados. Pierde una clase de contribuyentes, menospreciada desde el punto de vista político, pero altamente considerada desde el punto de vista financiero. Hay que ofrecerle una indemnización por ello. Se la ofrecemos indirectamente dejando en el país los negocios organizados con nuestra sagacidad y nuestro celo judío, permitiendo que ocupen nuestros puestos abandonados los conciudadanos cristianos y haciendo posible así, una ascensión sin precedentes de las masas hacia el bienestar. La revolución francesa mostró, en pequeña escala, algo parecido; pero para ello, sangre a torrentes corrió bajo la guillotina, en todas las provincias del país y en los campos de batalla de Europa. Para eso fueron invalidados derechos heredados y adquiridos. Y con ello se enriquecieron solamente los astutos compradores de los bienes nacionales.

La *Jewish Company* beneficiará directamente, en su círculo de acción, a los diversos Estados. En todas partes, puede asegurarse a los gobiernos la venta de bienes judíos, abandonados en condiciones

favorables. Los gobiernos, a su vez, podrán utilizar, para ciertas mejoras sociales y de común acuerdo, esta exportación en gran escala.

La *Jewish Company* prestará ayuda a los gobiernos y parlamentos que quieran dirigir la migración interna de los ciudadanos cristianos. La *Jewish Company* pagará también grandes impuestos. La casa central tendrá su sede en Londres, porque la *Company* debe estar, desde el punto de vista del derecho privado, bajo la protección de una gran potencia que no sea actualmente antisemita. Pero la *Company*, cuando se la proteja oficial y oficiosamente constituirá, en todas partes, un rico filón de impuestos. La *Company* fundará, en todas partes, sucursales a las que se podrán gravar con impuestos. Además ofrecerá la ventaja de transferir, dos veces, los bienes inmuebles; por consiguiente serán dos las escrituras y los impuestos dobles. La *Company* asumirá, transitoriamente, la apariencia de compradora, en los casos en que no intervenga sino como agente de bienes inmuebles. Figurará, momentáneamente, en el catastro como propietaria, aunque no quiera nada.

Estas son, pues, cosas de puro cálculo. Habrá que observar y establecer, en cada lugar, hasta dónde pueda ir la *Company* sin que peligre su existencia. Por eso tratará francamente con los ministros de hacienda. Estos verán con toda claridad la buena fe y darán, en todas partes, las facilidades que demuestren ser necesarias para llevar a cabo, con éxito, la gran empresa.

La *Company* puede hacer procurar beneficios con el transporte de cargas y de viajeros. Donde los ferrocarriles pertenecen al Estado, la cosa resulta clara. Donde los ferrocarriles pertenecen a empresas privadas, la *Company* tiene que conseguir facilidades y precios reducidos, puestos que cada uno hace el viaje por propia cuenta. Para la clase media registrará el sistema de Cook y para las clases pobres, el del transporte de personas. La *Company* podría ganar mucho con la reducción de las tarifas en el transporte de personas y carga. Pero su principio tiene que ser también aquí, cobrar solamente el dinero para su propia conservación.

En muchos lugares, la expedición está en manos de los judíos. Las empresas de transportes serán las primeras que la *Company* utilizará y las primeras que liquidará. Los actuales propietarios de estas empresas entran al servicio de la *Company* o se establecen libremente

en el nuevo país. El lugar de llegada necesita comisionistas, recibidores, y como éste es un negocio brillante y en el nuevo país se debe y se ha de ganar en seguida, no faltarán quienes acometan dicha empresa. Es innecesario extenderse sobre los detalles comerciales de esta expedición en masa. Estos han de ser dilucidados de acuerdo con el fin que se persiga y muchas cabezas sólidas han de pensar y pensarán en la mejor manera de llevarla a cabo.

Algunas actividades de la “Company”

Muchas actividades influirán las unas sobre las otras. Solamente un ejemplo: la *Company*, poco a poco, comenzará a producir objetos industriales en las colonias, en un principio, primitivas. Primeramente para nuestros propios inmigrantes pobres; vestidos, ropa, calzado, etc., en serie, siguiendo las normas que rigen en las fábricas. Pues nuestras gentes pobres serán equipadas en los puntos de partida. Con ello no se les hace un regalo, ya que no se ha de humillarlos. Se les cambia simplemente sus cosas viejas por otras nuevas. Si la *Company* pierde algo en esto, lo asentará en los libros como pérdida. Los desposeídos se hacen acreedores de la *Company* y pagan, en el nuevo país, con horas extraordinarias de trabajo, de las que se les exige, si observan buena conducta.

Las sociedades de emigrantes existentes tienen ocasión de colaborar en estos asuntos, prestándoles ayuda. Todo cuanto solían hacer, hasta ahora, los judíos emigrantes, que lo hagan en el futuro los colonos de la *Jewish Company*. Las formas de colaboración se encontrarán fácilmente.

El acto mismo de vestir de nuevo a los inmigrantes ha de contener algo simbólico: ¡Ustedes comienzan ahora una vida nueva! La *Society of Jews* procurará que, mucho antes de la partida y también durante el viaje, se cree una atmósfera grave y solemne por medio de plegarias, conferencias populares, informaciones sobre el objeto de la empresa, prescripciones higiénicas referentes a los nuevos lugares de residencia, instrucciones para el futuro trabajo. Pues la Tierra Prometida es el país del trabajo. Y a su llegada, los inmigrantes serán recibidos en forma solemne por nuestras autoridades

supremas. Sin júbilo insensato, puesto que la Tierra Prometida tiene que ser recién conquistada. Pero estas pobres gentes ya han de sentir que están en casa.

La industria del vestido de la *Company* para los inmigrantes pobres no producirá sin un plan. Por medio de la *Society of Jews*, que habrá recibido las informaciones de los grupos locales, la *Jewish Company* debe conocer, a tiempo, el número, el día de llegada y las necesidades de los inmigrantes. De esta manera le será posible proveerlos debidamente.

Fomento a la industria

Las tareas de la *Jewish Company* y de la *Society of Jews* no pueden ser expuestas rigurosamente separadas en este esbozo. De hecho, ambos órganos tendrán que trabajar siempre en colaboración. La *Company* tendrá que contar con la autoridad y protección morales de la *Society*, de la misma manera que ésta no podrá prescindir de la ayuda material de aquélla. Por ejemplo, en la dirección de la bien planeada industria del vestido, se revela el intento en germen de evitar la crisis en la producción. En todos los dominios en que *Company* aparezca como industrial, tendrá que proceder de igual manera.

Pero, en modo alguno ha de oprimir a las empresas libres a causa de su predominio. Somos colectivistas sólo allí donde lo exigen las enormes dificultades que presenta la tarea. En lo restante, queremos cuidar del individuo y de sus derechos. La propiedad privada, como fundamento económico de la independencia, ha de desarrollarse entre nosotros, libre y respetada. Dejaremos que nuestros primeros *unskilled* lleguen a gozar, cuanto antes, de la propiedad privada. El espíritu emprendedor ha de ser estimulado y fomentado en toda forma. El establecimiento de industrias será impulsado por medio de una sabia política aduanera, procurándoles materia prima barata y de una oficina de divulgación de la estadística industrial.

El espíritu emprendedor ha de ser fomentado de manera sana. Así se evita la desorientación que suele ocasionar a especulación. El establecimiento de nuevas industrias se hará conocer, oportunamente,

de manera que quienes piensen dedicarse medio año más tarde a una industria no lo hagan en la crisis y en la miseria. Como el objeto de cada nuevo establecimiento ha de ser comunicado a la *Society*, todos podrán conocer siempre el estado de las empresas.

Además, los empresarios dispondrán de la mano de obra centralizada. El fabricante se dirige a la bolsa de trabajo, la que le cobra por ello sólo una contribución destinada a su propio mantenimiento. El empresario telegrafía: necesito mañana, por tres días, tres semanas o tres meses, quinientos *unskilleds*. Al día siguiente entran en funciones, en su empresa agrícola o industrial, los quinientos hombres pedidos que la oficina central reúne acá y allá, precisamente donde estuvieren disponibles. El método de los sajones pierde aquí su tosquedad para transformarse en una institución depurada, según los principios del ejército. Naturalmente, que no se proporcionan esclavos del trabajo, sino obreros, que trabajan sus siete horas diarias, que conservan su organización, a los que también corresponden puestos, ascensos y pensiones por el tiempo que hayan trabajado, aun habiendo cambiado de lugar. El empresario libre, si quiere, puede conseguir obreros de otra manera. Pero difícilmente podrá hacerlo. La *Society* sabrá suprimir la entrada de esclavos del trabajo que no sean judíos, por medio del *boycot* a los industriales recalcitrantes, creando dificultades en el tráfico y otras cosas por el estilo. Se estará obligado, de esta manera, a aceptar a los obreros que trabajan siete horas diarias. Así nos acercamos, casi sin brusquedad, al día normal de siete horas.

De los obreros calificados

Es evidente que todo lo que va dicho de los *unskilled* es de mejor aplicación tratándose de trabajadores calificados. Los obreros de las fábricas pueden ser sometidos a las mismas reglas. La oficina central que proporciona obreros cuida de ellos.

Por lo que respecta a los artesanos que trabajan por su cuenta, a los pequeños maestros, a quienes queremos alentar en consideración de los futuros progresos de la técnica, a quienes queremos proporcionar conocimientos técnicos, aun cuando ya no sean jóvenes y a

los que han de transmitirse los caballos-vapor y la luz por medio de hilos eléctricos, también estos trabajadores independientes se han de buscar y encontrar por intermedio de la *Society*. En estos casos el grupo local se dirige a la central: necesitamos tantos y tantos carpinteros, cerrajeros, vidrieros, etc. La central lo anuncia. Los hombres se presentan para ocupar los puestos. Se dirigen con sus familias a los lugares donde se los necesita y se quedan a vivir allí, no siendo oprimidos por una competencia desatinada. La patria duradera, buena, ha surgido para ellos.

Medios de reunir fondos

Se tomó en cuenta como capital en acciones de la *Jewish Company* una cantidad que resulta fantástica. El monto del capital en acciones, realmente necesario, tendrá que ser fijado por hombres de negocios. De todos modos será una suma gigantesca. ¿Cómo se la ha de reunir? Para ello hay tres maneras, que la *Company* examinará. La *Society*, la gran empresa moral, el gestor de los judíos, está integrado por nuestros mejores hombres, los más probos, que no pueden ni deben obtener ganancia alguna con el asunto. Aunque al principio la *Society* no puede poseer más que una autoridad moral, éste será, sin embargo, suficiente para acreditar la *Jewish Company* ante el pueblo judío. La *Jewish Company* tendrá perspectivas de éxito comercial cuando lleve, por así decirlo, el sello de la *Society*. Consecuentemente, no podrá reunirse un grupo cualquiera de hombres de negocios para constituir la *Jewish Company*. La *Society* examinará, probará, antes de determinar, de aprobar la fundación y se procurará, además, todas las garantías necesarias para la realización concienzuda del plan. No se harán experimentos con fuerzas insuficientes, pues esta empresa tiene que cuajar desde el primer intento. El fracaso comprometería la idea por varios decenios y quizás la haría imposible para siempre.

Las tres maneras de reunir el capital en acciones son: 1° por medio de la alta banca, 2° por medio de la banca mediana y 3° por suscripción popular. La fundación por medio de la alta banca será la más fácil, la más rápida y la más segura. En este caso puede ser

reunido el dinero necesario por simple deliberación en el seno de los grupos financieros existentes. Tendría la gran ventaja de que los billones, para quedarnos con el monto que hemos admitido, no tendrían que ser pagado de inmediato. Tendría, además, la ventaja de que también el crédito de estos grupos financieros redundaría en beneficio de la empresa. La potencia financiera de los judíos almacena muchísimas fuerzas políticas no aprovechadas. Esta potencia financiera es, al decir de los enemigos del judaísmo, muy eficaz, pero la realidad es otra. Los judíos pobres sienten sólo el odio que provoca esta potencia financiera, mas no les alcanza para mitigar sus sufrimientos, cosa que podría ser conseguida. La política de créditos de los grandes financieros judíos tendría que ponerse al servicio de la idea popular. Pero, si estos señores, tan contentos de su situación, no sienten la necesidad de hacer algo por sus hermanos de raza, a los que injustamente se hace responsables de las grandes fortunas de algunos de entre ellos, la realización de este plan dará ocasión de llevar a cabo una rigurosa separación entre ellos y los demás sectores del judaísmo.

Por otra parte, no se le exige a la alta banca que facilite una suma tan enorme como un acto de caridad. Esto sería una pretensión insensata. Los fundadores y accionistas de la *Jewish Company* realizan, más bien, un buen negocio y podrán darse cuenta, de antemano, de las probabilidades favorables o desfavorables que ofrece. Vale decir que la *Society of Jews* facilitará todos los documentos y expedientes, por los que conocerán las probabilidades favorables o desfavorables de la *Jewish Company*. La *Society of Jews* habrá investigado, en especial, el alcance del nuevo movimiento judío y podrá dar a los fundadores de la *Company* datos exactos del número de interesados con que se podrá contar. Instituyendo la moderna estadística judía, que ha de abarcar todos los aspectos de la vida judía, la *Society* hará las veces de una “Société d’études” de la *Company*, tal como se acostumbra organizarlas en Francia, antes de pasar a la financiación de una grandísima empresa.

Sin embargo el asunto no obtendrá, tal vez, la preciosa aprobación de los magnates judíos del dinero. Quizás traten de encender la guerra contra nuestro movimiento judío por medio de sus servidores y agentes secretos. Una lucha semejante, como cualquier otra

que se nos imponga, la sostendremos sin miramientos de ningún orden.

Los magnates del dinero, quizás, se contentarán con desentenderse del asunto con una sonrisa que implique su rechazo.

¿Estará perdida la causa?

¡No!

Se entra, luego, en la segunda etapa para procurarse el dinero, recurriendo a los judíos medianamente ricos. La banca media tendría que coaligarse en nombre de la idea nacional contra la alta banca y llegar a ser una segunda formidable potencia financiera. Esto tendría el inconveniente de que, al principio, resultaría de ello tan solo un negocio, puesto que los billones tendrían que ser pagados totalmente –de otra manera no se debe empezar-, y como este dinero sería empleado poco a poco, ello daría lugar a que, en los primeros años, se llevarán a cabo toda clase de negocios de banca y de préstamos. No se excluye que, de esta manera, el fin perseguido en un principio caiga poco a poco en el olvido; los medianamente ricos se encontrarían un nuevo gran negocio y la emigración de los judíos se estancaría.

Es sabido que esta manera de procurarse el dinero no es nada fantástica. En diversas ocasiones se trató de reunir el dinero católico para enfrentar a la alta banca. No se ha caído en la cuenta de que también se podría combatirles con el dinero judío. ¡Pero qué crisis no motivaría todo esto! ¡Qué perjudicados resultarían los países donde se librarán tales batallas financieras y cómo tendría que acrecentarse el antisemitismo con ello!

Por ende, no simpatizo con esta solución; la menciono sólo porque está involucrada en el desarrollo lógico del pensamiento.

Tampoco sé si los bancos de capital mediano lo aceptarían.

En todo caso la causa tampoco está perdida con el rechazo de los de riqueza mediana. Antes bien, recién entonces comienza, puesto que la *Society of Jewish*, que no se compone de hombres de negocios, puede ensayar pues, la fundación de la *Company* como institución popular.

El capital en acciones de la *Company* puede ser reunidos sin mediación de un sindicato de la alta banca o de la mediana, por medio de una suscripción directa. No sólo los judíos pobres sino también

los cristianos, que quieran deshacerse de los judíos, podrán suscribirse con sumas a elección, aun las más ínfimas. Sería una manera original y nueva de plebiscito, en que todo el que quisiera pronunciarse a favor de este modo de solucionar el problema judío, podría manifestarse por medio de una suscripción. El condicionar es la mejor garantía.

El pago total se efectuaría solamente cuando el capital entero estuviera suscrito, en caso contrario serían devueltas las cuotas.

Pero, si se cubre la suma total necesaria por medio de la contribución popular en todo el mundo, entonces cada suma pequeña estará garantizada por la infinidad de las demás sumas pequeñas.

Naturalmente, para ello será necesaria la ayuda expresa y decidida de los gobiernos interesados.

IV. Los grupos locales

La transplatación

Hasta aquí se ha mostrado tan sólo cómo ha de organizarse la emigración, sin que suscite trastornos económicos. Pero una emigración de esta índole entraña también muchas fuertes y hondas conmociones anímicas. Existen viejas costumbres, recuerdos que nos ligan íntimamente con los lugares. Tenemos cunas; tenemos tumbas y es sabido lo que son las tumbas para el corazón judío. Las cunas, las llevaremos con nosotros; en ellas dormita, rosado y sonriente, nuestro futuro. Nuestras queridas tumbas tendremos que abandonarlas, de ellas nos resultará difícilísimo separarnos, según creo, a nosotros, que somos un pueblo ávido de bienes. Pero tendremos que hacerlo.

Ya nos alejan de nuestros lugares de residencia y de nuestras tumbas la necesidad económica, la presión política y el odio de la sociedad. Ya hoy se trasladan judíos a cada momento, de un país a otro; una fuerte corriente hasta atraviesa el mar para dirigirse a los Estados Unidos, donde tampoco se nos quiere. ¿Dónde se nos querrá hasta que no tengamos una patria propia?

Pero queremos darles a los judíos una patria. No arrancándolos violentamente del terruño, sino alzándolos cuidadosamente con toda su raigambre y transportándolos a otro suelo mejor. Tal como queremos crear una nueva posición en los campos económicos y políticos, así pensamos santificar todo lo viejo en el campo de los sentimientos. Referente a ello contentémonos con algunas indicaciones. En este punto está el peligro más grande de que el plan sea tomado por una fantasía. Sin embargo también esto es posible y realizable, sólo que en la realidad se presenta como algo confuso e ineficaz. Por medio de la organización puede resultar razonable.

La emigración colectiva

Nuestras gentes han de emigrar juntas, en grupos. En grupo de familias y de amigos. A nadie se le obliga a agregarse al grupo del lugar en que ha vivido hasta ahora. Cada cual, después de haber liquidado sus asuntos, puede viajar como quiera. Cada cual lo hace, ciertamente, por cuenta propia, en la clase de ferrocarril y de buque que más le place. La diferencia de fortunas perturba, en tan largos viajes, a los más pobres. Y aunque no llevamos a nuestras gentes a una diversión, no queremos, sin embargo, turbarles su buen humor en el viaje.

Nadie efectuará el viaje en la miseria. Se hará todo lo posible para rodearlos de bienestar. Mucho antes de la partida, se convendrá la emigración común (en el mejor de los casos transcurrirán aún años hasta que pueda llevarse a cabo el movimiento en ciertas clases); las gentes de posición holgada se reunirán en grupos de viaje. Cada uno llevará a sus relaciones personales. Sabemos ciertamente que, excepción hecha de los más ricos, los judíos casi no tienen trato con los cristianos. En muchos países sucede que el judío que no mantiene unos cuantos gorristas, gente que viven de su crédito y adulones, no conoce a cristiano alguno. El gueto persiste interiormente.

Por consiguiente, la burguesía se preparará larga y cuidadosamente para la partida. Cada lugar constituye su grupo. En las grandes ciudades se forman muchos, según los distritos, que se relacionan entre sí por medio de representantes escogidos. Esta división en distritos no es obligatoria. A decir verdad está concebida para aliviar a gentes de medios más reducidos y para que no surja, durante el viaje, el descontento o la nostalgia. Cada cual es libre de viajar solo o de unirse a algún grupo local. Las condiciones son, según las clases, iguales para todos. Si un grupo de viajeros se organiza en grupo numeroso, la *Company* le facilitará un tren entero y luego, todo un buque.

Del debido alojamiento de los más pobres cuidará la correspondiente oficina de la *Company*. Más tarde, cuando emigren las gentes acomodadas, la necesidad consiguiente, que es muy fácil de prever, ya habrá movido a empresarios privados a construir hoteles. Los emigrantes de posición holgada, ya se habrán hecho construir antes sus residencias, de manera que sólo tendrán que trasladarse de la vieja casa abandonada a la nueva que ya está lista.

No tenemos que indicarle su tarea a nuestros intelectuales. Todo el que se adhiera a la idea nacional sabrá cómo ha de obrar, en su círculo, para propagar e incitar a la colaboración activa. Sobre todo apelaremos a la colaboración de nuestros médicos espirituales.

Nuestros rabinos

Cada grupo tiene su rabino que acompañará a su comunidad. Todos se agrupan libremente. El grupo local se reúne en torno del rabino. Hay tantos grupos locales como rabinos. Los rabinos serán también los primeros en comprendernos, los primeros en entusiasmarse con la causa y, desde el púlpito, animarán a los demás. No se necesita convocar asambleas ni reuniones. La prédica se intercala en el servicio divino. Y así ha de ser. Reconocemos nuestra conexión histórica sólo por la fe de nuestros padres porque, desde hace mucho, nos hemos adueñado de los idiomas de diversas naciones.

Ahora bien, los rabinos recibirán regularmente las informaciones de la *Company* y las darán a conocer y explicarán a su comunidad. Israel rogará por nosotros y por sí.

Hombres de confianza de los grupos locales

Los grupos locales elegirán pequeñas comisiones de hombres de confianza bajo la presidencia de los rabinos. Estas deliberarán y decidirán, sobre todo, la parte práctica, según las necesidades locales.

Las instituciones de beneficencia son transplantadas libremente por los grupos locales. Ellas seguirán actuando también en el nuevo país, en su antiguo grupo local; los edificios, a mi parecer, no tendrían que ser vendidos, sino destinados a los menesterosos cristianos de las ciudades abandonadas. En la repartición de tierras en el nuevo país, se considerará esto a favor de los grupos locales, quienes recibirán por ello, terrenos gratis para la construcción y toda clase de facilidades para edificar.

En la transplantación de instituciones de beneficencia, como en muchos otros puntos de este plan, se ofrece nuevamente la ocasión

de hacer un intento en favor de la humanidad entera. Nuestra desordenada beneficencia privada hace poco bien en relación a los grandes gastos. Las instituciones de beneficencia pueden y deben adaptarse a un sistema según el cual se complementen mutuamente. En una sociedad nueva puede crearse esta organización tomando como base la conciencia moderna y todas las experiencias político-sociales. El asunto es muy importante para nosotros porque tenemos muchos mendigos. Los débiles de carácter entre nuestras gentes, se abandonan fácilmente a la mendicidad debido a la presión exterior que los desanima y a la caridad indulgente de los ricos que los echa a perder.

La *Society*, ayudada por los grupos locales, prestará la mayor atención a la educación del pueblo en lo tocante a esto. Para muchas fuerzas que se marchitan inútilmente se creará, sin duda, un terreno fértil. El que tenga solamente buena voluntad ha de ser empleado convenientemente. No se tolerará a los mendigos. El que no quiera trabajar por su cuenta, lo hará en la casa de corrección.

Pero nos oponemos a mandar a los viejos a los asilos.

El asilo es uno de los beneficios más crueles que nuestra bondad ha inventado. En el asilo, el viejo se avergüenza y se siente humillado hasta morir. A decir verdad ya está enterrado. Mas nosotros queremos dejarles hasta el final la ilusión de su utilidad, aun a aquéllos que están en los más bajos peldaños de la inteligencia. Los que son incapaces de realizar trabajos físicos, han de recibir otros más fáciles. Debemos contar con los pobres atrofiados de una generación que ya ahora se está ajando. Pero las generaciones venideras han de ser educadas de otra manera, en la libertad y para la libertad.

Buscaremos, para todas las edades, para todos los órdenes de vida, la felicidad moral que proporciona el trabajo. De esta manera nuestro pueblo recuperará su vigor en el país donde la jornada será de siete horas.

Planos de ciudades

Los grupos locales confiarán la elección del lugar a sus representantes. Al repartir la tierra, se prestará debida atención al transplante sin ocasionar perjuicios y conservar todo lo justo. En los grupos

locales se exhibirán los planos de las ciudades. Nuestras gentes sabrán de antemano adónde van, en qué ciudades y en qué casas habitarán. Ya se habló de los planos de construcción y de las copias de comprensión accesible y que han de ser repartidas entre los miembros de los grupos locales.

Así como el principio que rige en la administración es el de una rígida centralización, el que rige en los grupos locales será el de la más completa autonomía. Sólo así podrá realizarse la transplatación sin pena.

No me lo imagino más fácil de lo que es; pero tampoco se debe imaginarlo más difícil de lo que es.

La emigración de la clase media

La clase media será arrastrada, sin quererlo, por el movimiento. Unos ya tienen a sus hijos en el nuevo país, en calidad de empleados de la *Society* o de la *Company*. Abogados, médicos, técnicos de todas las especialidades, comerciantes jóvenes, todos los judíos que quieren hacerse de una posición y que ahora, debido a la presión que pesa sobre ellos en sus respectivos países, se dirigen a otras partes del mundo para ganarse la vida por medio de su trabajo, todos ellos se reunirán en la tierra henchida de esperanzas. Otros, han casado a sus hijos con gentes de altas miras. Luego, algunos de nuestros jóvenes harán venir a sus esposas, otros a sus padres y hermanos. En la cultura nueva, la gente se casa joven. Esto no puede resultar sino beneficioso para la moralidad general y obtendremos descendientes fuertes, no enclenques, frutos de matrimonios tardíos, cuyos contrayentes han gastado previamente sus fuerzas en la lucha por la vida.

En la burguesía, cada inmigrante trae a otros tras de sí. Va de suyo que a los más animosos, pertenece lo mejor del nuevo mundo.

Ahora bien, parece, con todo, que en esto estribará la máxima dificultad del plan.

Aun en el caso de que logremos plantear seriamente el problema judío para que sea discutido por el mundo; aun cuando de esta discusión resulte cierto que el Estado Judío es una necesidad universal; aun cuando alcancemos la soberanía de un territorio con la ayuda de

los gobiernos surge, sin embargo, la cuestión de ¿cómo llevaremos a las masas judías, sin violencia, de sus actuales lugares de residencia a este nuevo país?

El fenómeno de la masa

No creo que hayamos de esforzarnos, en demasía, para impulsar al movimiento. Los antisemitas ya lo hacen por nosotros. No tienen más que obrar, como hasta el presente, y el deseo de emigrar nacerá en los judíos que todavía no lo quieren y se intensificará en los que ya existe. Si los judíos permanecen actualmente en los países antisemitas, ello se debe principalmente a que, hasta los que carecen de cultura histórica, saben que nunca, a través de los siglos, nos ayudaron efectivamente los innumerables cambios de lugar. Si hubiera actualmente un país donde los judíos fueran bien recibidos y se les brindara menos ventajas que las que les garantizará el Estado Judío, una vez creado, no tardaría en surgir un fuerte movimiento emigratorio hacia aquél país. Los más pobres, que nada tienen que perder, se arrastrarían hasta allí. Mas afirmo, y cada uno sabrá seguramente por sí mismo si es verdad, que el deseo de emigrar debido a la presión que sobre nosotros pesa, existe hasta en nuestras clases acomodadas. Ahora bien: para la fundación del Estado bastarían los más pobres; sí, son ellos, sin duda, el material humano más apropiado para la ocupación del país, porque para las grandes empresas hay que estar un poco desesperado.

Pero nuestros “desesperados”, al hacer subir el valor de la tierra por su mera aparición, por su trabajo, hacen que, poco a poco, los que están en posición más acomodada se sientan alentados a emigrar tras ellos.

Las clases superiores tendrían interés en emigrar. La *Society* y la *Company* dirigirán la emigración de los primeros, de los más pobres, y obtendrán para ellos la ayuda de las sociedades de emigrantes y sionistas ya existentes.

¿Cómo se puede dirigir una multitud sin presionarla?

Hay algunos grandes benefactores judíos que quieren mitigar los sufrimientos de los judíos por medio de ensayos sionistas. Tales bene-

factores ya debieron enfrentarse con el problema y creyeron solucionarlo, dándoles a los emigrantes dinero o medios de trabajo. Por consiguiente el benefactor decía: “Pago a las gentes para que emigren”. Esto es fundamentalmente falso y no puede conseguirse con todo el dinero del mundo. La *Company* dirá por el contrario: “No les pagamos, les hacemos pagar. Pero les damos algo”.

Quiero ilustrarlo con un ejemplo cómico. Supongamos que uno de estos benefactores, al que llamaremos barón, y yo quisiéramos hacer que una multitud se encaminara a la llanura de Longchamp, junto a París, en una tarde calurosa de domingo. El barón, si promete diez francos a cada uno, hará salir, por doscientos mil francos, a veinte mil infelices quienes, bañados en sudor lo maldecirán por el tormento infligido.

Yo, por el contrario, destinaré esta suma a un premio al caballo más veloz y luego impediré la entrada de la gente al Longchamp, por medio de vallas. El que quiera entrar tendrá que jugar: un franco, cinco, veinte.

El resultado: haré salir a un millón de hombres, el presidente irá adelante *á la Daumont*, la multitud se regocijará y se divertirá. Para la mayoría, a pesar del calor abrasador y del polvo, será una marcha feliz al aire libre, y yo habré colocado por los 200.000 francos invertidos, un millón en concepto de derecho de entradas e impuestos al juego. Cuando quiera, lograré que la misma gente vaya allá; el barón no lo conseguirá a ningún precio.

Quiero mostrar, además de una manera mucho más seria, cómo se manifiesta el fenómeno de la multitud, cuando ésta quiere ganarse el sustento. Que se haga la prueba de proclamar por las calles de una ciudad lo siguiente: “El que permanezca parado todo el día en un cobertizo de hierro, aislado por todas partes, soportando en invierno un frío espantoso, en verano un calor atroz y ofrezca, a los transeúntes, artículos de baratillo, pescados o frutos percibirá 2 florines, 4 francos o lo que fuere”.

¿Cuántos hombres se conseguirá que vayan? Si los impulsa el hambre, ¿cuántos días han de resistir? Si resisten, ¿qué fervor pondrán en convencer a los transeúntes para que compren frutas, pescados o artículos de baratillo?

Nosotros procedemos de otro modo. En los puntos donde existe un tráfico intenso, y podemos hallarlos más fácilmente, puesto

que nosotros mismo dirigimos el tráfico hacia donde queremos, en estos puntos erigiremos grandes cobertizos que llamaremos mercados. Nuestros cobertizos podrán ser peores y más insalubres que los antes mencionados y, no obstante, la gente afluiría a ellos. Pero los construiremos más hermosos y mejores, con toda buena voluntad. Y esta gente, a la que nada hemos prometido, porque nada podemos prometerle si no queremos engañarla, esta gente animosa y ávida de trabajo hará surgir, entre bromas, un intenso tráfico de mercados. Arengarán infatigablemente a los compradores, permanecerán de pie, y casi no sentirán la fatiga. No sólo acudirán presurosos todos los días para ser los primeros, sino que hasta contraerán alianza, firmarán contratos y harán todo lo posible para llevar adelante, sin molestias, esta vida comercial. Y si al cabo de la jornada, resultará que han ganado solamente un florín y cincuenta coronas, tres marcos o lo que fuere, sin embargo, aguardarán confiados el día próximo que tal vez sea mejor.

Les hemos obsequiado la esperanza.

¿Se quiere saber de dónde sacamos los artículos necesarios para los mercados? ¿Realmente hay necesidad de decirlo?

He mostrado, más arriba, que por la *Assistance par le travail* se obtiene una ganancia quince veces mayor a la suma invertida. Por un millón se obtiene quince millones, por un billón, quince billones.

Está bien; pero ¿resultará esto tan exacto, en gran escala, como lo resulta en pequeña? Cuando se invierten sumas grandes ¿no aumenta la renta del capital en progresión decreciente? Sí, la renta del capital adormecido y pusilánimamente oculto, pero no la del capital activo. El capital activo produce una renta que crece en forma pasmosa, aun cuando las operaciones sean en gran escala. Aquí está la cuestión social.

¿Será exacto lo que digo? Apelo a los judíos más ricos a que me sirven de testigos. ¿Por qué se dedican ellos a tantas industrias diferentes? ¿Por qué mandan gente a las minas a fin de que, por una paga insignificante y expuestos a terribles peligros, extraigan carbón? Me parece que esto no ha de gustarles ni a los mismos propietarios. No creo, verdaderamente, en la insensibilidad de los capitalistas y no

hago como si lo creyera. No quiero, verdaderamente, excitar pasiones sino apaciguarlas.

¿Tengo que explicar aún el fenómeno de la multitud y el modo de llevarla a puntos que parezcan apropiados, en lo que atañe a las peregrinaciones?

No quisiera herir los sentimientos sagrados de nadie por medio de palabras que podrían ser interpretadas falsamente.

Sólo indico, someramente, lo que la peregrinación a la Meca significa para los mahometanos, Lourdes para el mundo católico y otros innumerables puntos de donde la gente vuelve consolada por su fe, entre otros, las romerías para ver la túnica sagrada en Tréveris. Así también nosotros estableceremos metas para la profunda necesidad religiosa de nuestros hombres. Nuestros rabinos serán, ciertamente, los primeros en comprendernos e irán con nosotros.

Queremos hacer feliz, a cada cual a su manera, en el nuevo país. También, y ante todo, a nuestros queridos librepensadores, nuestro ejército inmortal, que conquista siempre nuevos horizontes para la humanidad.

A nadie se le ha de imponer sujeción alguna, fuera de la necesaria para el mantenimiento del Estado y del orden. Y lo que sea necesario para este fin, no será fijado de una manera variable y al arbitrio de una o varias personas, sino que se apoyará sobre leyes de bronce. Si ahora se quisiera deducir precisamente de los ejemplos traídos a colación, que la multitud sólo puede ser llevada transitoriamente a tales puntos, metas de la fe, del trabajo, o del placer, resulta sencillos refutar esta objeción. Una sola meta no puede atraer a las masas. Todos estos puntos de atracción juntos son apropiados para retenerlos y satisfacerlos permanentemente. Puesto que estos puntos de atracción reunidos forman una gran unidad, buscada durante largo tiempo y hacia la cual nuestro pueblo no ha dejado de aspirar, por la que se ha conservado, por la que fue conservado en la opresión: la patria libre. Si el movimiento se origina, atraeremos a unos, seguirán otros, arrastraremos a los demás y los últimos serán empujados tras de nosotros.

Los que se retrasen se encontrarán en peor situación, tanto en su país como en el nuevo.

Pero los primeros, que emigran con fervor, entusiasmo, y valentía, éstos ocuparán los mejores lugares.

Nuestro material humano

Ningún pueblo ha merecido tantas apreciaciones erróneas como los judíos. Nos sentimos tan oprimidos y desanimados por nuestros sufrimientos históricos que hasta los repetimos maquinalmente y les prestamos fe. Una de las falsas afirmaciones es la afición desmedida de los judíos al comercio. Ahora bien: sabido es que, donde podemos participar en el creciente movimiento de clases, nos alejamos prestamente del comercio. La mayoría de los comerciantes judíos hace estudiar a sus hijos. De ello proviene, sin duda, la pretendida judaización de los oficios cultos. Pero tampoco en las clases de nivel económico inferior, nuestra afición al comercio es tan grande como se supone. En los países del este de Europa hay grandes masas de judíos que no se dedican al comercio y no se arredran ante los trabajos pesados. La *Society of Jews* se hallará en situación de preparar una estadística científicamente exacta de nuestras fuerzas humanas. Las nuevas tareas que les esperan y las nuevas perspectivas que se abren ante ellos, en el nuevo país, satisfarán a los actuales trabajadores manuales y harán que muchos de los pequeños comerciantes, se transformen en buenos trabajadores manuales. Un buhonero que atraviesa la campaña, con el pesado fardo a cuestas, no se siente tan dichoso como suponen sus perseguidores. Estableciendo la jornada de siete horas, todos esos hombres podrán convertirse en obreros. Por lo demás, la *Society of Jews* se ocupará, desde un principio, de educarlos para que sean obreros. El judío es económico, fértil en recursos y posee un fuerte sentimiento de la familia. Hombres semejantes se adaptan a cualquier actividad, y bastará hacer improductivo el comercio en pequeña escala, para apartar de él aun a los buhoneros. Para ellos servirán, por ejemplo, la protección a las grandes casas de comercio en las que se consigue de todo. Estas tiendas, en las que se encuentra de todo, ahogan ya hoy, en las grandes ciudades, el comercio en pequeña escala. En una nueva

cultura, impedirán decididamente el surgimiento de tal comercio. El establecimiento de estas grandes casas haría habitable el país, en forma inmediata aun a las personas de gusto refinado.

Pequeños hábitos

¿La seriedad de este escrito es compatible con el trato aun a la ligera, de los pequeños hábitos y comodidades del hombre común?

Creo que sí. Hasta es muy importante. Pues estos pequeños hábitos son como mil hilos de los que, cada uno por separado es fino y poco resistente, pero juntos forman una cuerda irrompible. Quien ha visto mundo sabe que, actualmente, las cosas menudas, cotidianas, son transplantadas fácilmente a todas partes. No hay duda que las conquistas de orden técnico de nuestra época, que este plan podría emplear en bien de la humanidad han sido aplicados hasta ahora para satisfacer, principalmente, las pequeñas necesidades. Hay hoteles ingleses en Egipto y en las cumbres de las montañas suizas; cafés vieneses en el sur de África, teatros franceses en Rusia, óperas alemanas en América y la mejor cerveza bávara en París.

En cada grupo local, cada cual puede volver a encontrar sus pequeñas costumbres, pero mejores, más hermosas y más agradables.

Si emigramos otra vez de *Mitzraim* (Egipto), no nos olvidaremos de las ollas.

V. “*Society of Jews*” y el *Estado Judío*

Negotiorum Gestio

Este escrito no se dirige a juristas; por eso puedo indicar, a grandes trazos mi teoría del derecho al Estado.

Sin embargo, debo insistir un poco sobre mi nueva teoría, que podrá sostenerse, ciertamente, aun en una discusión en que intervengan personas versadas en cuestiones de derecho.

La concepción de Rousseau, que hoy ya resulta anticuada, consideraba como base del Estado, un contrato social. Rousseau cree que las cláusulas de este contrato son determinadas de tal manera por la naturaleza de la operación, que la menor alteración tendría que anularlas y tornarlas ineficaces.

La consecuencia es que si aquéllas no fueran indicadas expresamente serían, sin embargo, aceptadas y reconocidas en todas partes de inmediato y tácitamente, etc.

La refutación lógica e histórica de la teoría de Rousseau no resultó y no resulta difícil, por más terrible y fructífero que haya sido el efecto de esta teoría. Para los modernos Estados regidos por constituciones, la cuestión estriba en saber si antes de la constitución ya existía, sin interés práctico, un contrato social, con cláusulas no indicadas expresamente, pero inalterable. De todos modos, actualmente ya están fijadas las posiciones jurídicas del gobierno y de los ciudadanos.

Pero, antes de fijar una constitución o al surgir un nuevo Estado, estos principios jurídicos tienen importancia práctica. Que puedan surgir nuevos Estados, lo sabemos, lo vemos. Las colonias se independizan de la madre patria; los vasallos se emancipan del soberano; territorios recién descubiertos se constituyen, de inmediato, en Estados soberanos. En verdad, el Estado Judío está concebido como una creación original en un territorio que no ha sido determinado aún. Pero no son las extensiones de tierra las que constituyen el Estado, sino los hombres reunidos por una soberanía.

El pueblo constituye el fundamento humano del Estado, el territorio, el fundamento material. Y el fundamento humano es el más importante de los dos. Existe, por ejemplo, una soberanía sin fundamento material y hasta es la más respetada de la tierra, a saber: la soberanía del Papa.

En las Ciencias Políticas rige, actualmente, la teoría de la necesidad fundada en la razón. Esta teoría es suficiente para justificar el origen del Estado y no puede ser refutada históricamente como la teoría del contrato. Por lo que toca al surgimiento del Estado Judío, en este escrito me apoyo absolutamente en la teoría de la necesidad fundada en la razón. Pero esta teoría hace caso omiso de la razón del Estado. Las teorías de la creación divina del Estado, de la supremacía, del origen patriarcal, patrimonial del mismo y la del contrato no se adaptan al punto de vista moderno. La razón del Estado es buscada, ora demasiado en el hombre (teorías de la supremacía del origen patriarcal y del contrato social), ora enteramente por encima del hombre (creación divina), ora entre los hombres (teoría del origen del Estado como resultado de la transmisión de los bienes patrimoniales). La teoría del Estado como consecuencia de una necesidad fundada en la razón cómoda, prudentemente deja de responder a la cuestión. Sin embargo, una cuestión de la que se han ocupado tanto los más grandes filósofos del derecho de todos los tiempos, no puede ser una cuestión ociosa. Realmente hay en el Estado una mezcla de elementos humanos y sobrehumanos. Resulta imprescindible una razón de derecho para la relación, a veces opresiva, entre gobernados y gobernantes. Creo que puede ser encontrada en la *negotiorum gestio*. Para lo cual hay que concebir el conjunto de los ciudadanos como *Dominus negotiorum* y al gobierno como gestor.

Los romanos concibieron, gracias al sentido maravilloso del derecho, la *negotiorum gestio*, una preciosa obra maestra. Cuando peligran los bienes de un hombre que no puede atenderlos, cualquiera puede acudir y salvarlos. Este es un gestor, el administrador de negocios ajenos. No tiene ninguna misión, es decir, ninguna misión humana. La orden le es conferida por una necesidad superior. Para el Estado, esta necesidad superior puede ser formulada de diversas maneras y lo es en las distintas etapas de la cultura de acuerdo con la facultad conceptual de cada una de ellas. La *gestio* es instituida en

beneficio de *dominus* del pueblo, al cual pertenece naturalmente el gestor mismo.

El gestor administra una propiedad de la que es copropietario. De ello obtiene, con seguridad, el conocimiento de las situaciones difíciles que demandan la intervención y la dirección, tanto en tiempo de guerra como de paz; pero bajo ningún concepto se confiere a sí mismo, como copropietario, una misión válida. En el mejor de los casos puede sólo contar con la adhesión de los innumerables copropietarios.

El Estado nace como resultado de la lucha de un pueblo por su existencia. En esta lucha no es posible salir al encuentro de una misión conveniente. A buen seguro, que fracasaría cualquier empresa que quisiera alcanzar, primeramente, una determinación formal de la mayoría. La escisión interna privaría al pueblo de defensa contra la crisis externa. No es posible poner de acuerdo a todo el mundo. Por eso, el gestor toma el mando y marcha a la cabeza.

El gestor del Estado está suficientemente autorizado cuando la cosa pública está en peligro y el *dominus* está incapacitado para ayudarse a sí mismo por pusilanimidad o por otros motivos.

Pero, debido a su intervención, el gestor queda obligado para con el *dominus* de manera casi análoga a la de un contrato, *quasi ex contractu*. Esta es la relación jurídica preexistente al Estado o, mejor aún, que nace con él.

El gestor debe responder, pues, por cualquier descuido, también de los negocios a su cargo, que no se han llevado a buen término por su culpa o por negligencia de todo cuanto se relaciona con aquellos, etc. No quiero explicar aquí más detalladamente la *negotiorum gestio* y su aplicación al Estado. Esto nos alejaría demasiado del asunto que tratamos. Limitémonos a citar lo siguiente: “De ser autorizada la gestión, ésta resulta tan eficaz para el dueño del negocio como si se hubiera llevado a cabo, desde un principio, de acuerdo con sus órdenes”.

¿Y qué significa todo esto en nuestro caso?

El pueblo judío está imposibilitado, actualmente, a causa de la diáspora, de dirigir en forma personal sus asuntos políticos; además está, en mayor o menor grado oprimido, en muchos lugares. Necesita ante todo un gestor.

Claro está que tal gestor no debe ser un individuo. Tal cosa sería ridícula o despreciable ya que parecería buscar el beneficio exclusivo del individuo.

El gestor de los judíos tiene que ser una persona moral, en todo el sentido de la palabra.

Y la *Society of Jews* lo es.

El gestor de los judíos

Este órgano de la emigración del pueblo, cuya naturaleza y función pasaremos a examinar recién ahora surgirá, en realidad, antes que todos los otros. Su surgimiento es harto sencillo. Esta persona moral se formará con los judíos activos ingleses, a quienes ya comuniqué el plan en Londres.

La *Society of Jews* es la oficina central del incipiente movimiento judío. La *Society* persigue propósitos científicos y políticos. La fundación del Estado Judío, tal como yo lo concibo, descansa sobre base moderna y científica. Si emigráramos hoy de *Mitzráim* no podríamos hacerlo de la manera ingenua de los tiempos antiguos. Previamente consideraremos nuestro número y nuestras fuerzas. La *Society of Jews* es el nuevo Moisés de los judíos. La empresa del viejo y gran gestor de los judíos es, comparada con la nuestra, lo que una admirable y antigua comedia musical y una ópera moderna. Llevamos a escena la misma melodía con muchos, muchos más violines, flautas, arpas, violonchelos, contrabajos, empleando la luz eléctrica, decoraciones, coros, magnífico aparato escénico y cantantes de primer orden.

Este escrito ha de provocar la discusión general sobre el problema judío. Espero que amigos y enemigos participarán, no en la forma que se estilaba hasta ahora, de las apologías sentimentales y de los insultos groseros. El debate ha de llevarse ateniéndose al asunto, en forma elevada, seria y política.

La *Society of Jews* reunirá todos los juicios de los estadistas, parlamentos, comunidades judías, sociedades, que se dirigen al público oralmente o por escrito en asambleas, periódicos y libros.

De esta manera la *Society* sabrá y verificará si los judíos ya quieren y deben emigrar a la Tierra Prometida. La *Society* recibirá de las

comunidades judías de todo el mundo los datos para contar con una estadística completa.

Las tareas posteriores, la explotación científica del nuevo país y de sus recursos naturales, el plan unitario de emigración y establecimiento, los trabajos preliminares para la legislación y administración, etc., son cosas que pueden deducirse del fin general perseguido.

Por fuera, la *Society*, como ya lo aclaré al principio, en la parte general, debe tratar de ser reconocida como un poder constituyente de un Estado. Puede conseguir de los gobiernos, la autoridad necesaria por medio de la adhesión libre de muchos judíos.

Por dentro, vale decir con respecto al pueblo judío, la *Society* crea las organizaciones imprescindibles de los primeros tiempos, la célula madre, para decirlo con un término tomado de las ciencias naturales, de la que han de desarrollarse, más tarde, las instituciones públicas del Estado Judío.

El primer objetivo, como ya se ha dicho, es alcanzar la soberanía, asegurada por el derecho internacional, de un territorio que sea suficiente para satisfacer nuestras justas necesidades.

¿Qué ha de suceder después?

La toma de posesión del país

Cuando los pueblos migraban, en tiempos históricos, lo hacían llevados, arrastrados, arrojados por el azar cósmico. Como nubes de langostas descendían en su marcha inconsciente, en cualquier parte. En los tiempos antiguos no se conocía, por cierto, la tierra.

La nueva emigración judía tiene que llevarse a cabo según principios científicos.

Hace unos cuarenta años, la busca del oro se efectuaba de una manera maravillosamente simple. ¡Qué de aventuras sucedían en California! Como consecuencia de un rumor, acudían los “desesperados” de todo el mundo, robaban la tierra, se robaban mutuamente el oro y lo perdían luego en el juego como los ladrones. ¿Y hoy? Considérese la busca de oro en Transvaal. No son vagabundos sentimentales los que dirigen la industria del oro, sino geólogos e ingenieros

sensatos. Ingeniosas máquinas separan el oro de los minerales conocidos. Poca cosa se deja al azar.

De igual manera se debe explorar el nuevo país de los judíos y tomar posesión del mismo con todos los recursos modernos.

Tan pronto esté asegurado el país, se envía el primer buque destinado a la toma de su posesión.

En el buque viajan los representantes de la *Society*, de la *Company* y de los grupos locales.

Estos hombres que toman posesión del país tienen tres misiones que cumplir, a saber; 1° la investigación exacta y científica de las propiedades naturales del país; 2° el establecimiento de una administración rígidamente centralizada; 3° la repartición del país. Estas misiones están encadenadas y se han de llevar a cabo de acuerdo con el fin, ya bastante conocido.

Tan sólo una cosa queda por aclarar, a saber: cómo grupos locales llevarán a cabo la toma de posesión del país.

En América, cuando se quiere tomar posesión de algún nuevo territorio se lo sigue ocupando de una manera realmente ingenua. Los que van a hacerlo se reúnen en el límite y a la hora fijada, se precipitan sobre el mismo, a un tiempo y de una manera violenta.

Así no se ha de proceder en el nuevo país judío. Los terrenos de provincia y ciudades serán rematados. Y el pago no será en dinero, como se pudiera creer, sino en trabajo. Se habrá determinado, de acuerdo con el plan general, calles, puentes, distribución de aguas, etc., necesarios para el tránsito. Todo esto se hará por provincias. En el interior de las mismas, los terrenos serán rematados de manera similar. Los grupos locales contraen la obligación de ejecutar todo como es debido. Ellos corren con los gastos, creando impuestos autónomos. La *Society* se hallará en condiciones de saber de antemano si los grupos locales no se exceden en sacrificios. Las grandes comunidades obtienen amplios campos donde pueden desenvolver su actividad. En recompensa por los sacrificios extraordinarios, obtendrán ciertas recompensas como ser: universidades, escuelas profesionales, escuelas superiores, institutos de experimentación, etc., y las instituciones del Estado, que no deben estar en la capital, serán diseminadas por el país.

Del fiel cumplimiento de las obligaciones responderá el propio interés de los primeros inmigrantes y, en caso de necesidad, los

vecinos del grupo. Pues así como no podemos, ni queremos suprimir la diferencia entre los individuos, así continuará existiendo la diferencia entre los grupos locales. Todos los derechos adquiridos serán protegidos, todo despliegue nuevo de energías, tendrá suficiente campo de acción.

Nuestra gente estará al tanto de todo.

Así como no sorprendemos ni engañamos a los demás, así no nos engañamos a nosotros mismos.

Todo será determinado de antemano ateniéndose estrictamente a su plan. En la preparación de este plan, que yo sólo puedo esbozar, participarán nuestros mejores cerebros. Se han de considerar para este fin, todos los adelantos alcanzados en las ciencias sociales y en el orden técnico, tanto en la época en que vivimos como las que alcancen en una época posterior, en la que se lleve a cabo el plan lenta y penosamente. Se han de utilizar todas las invenciones felices existentes y las futuras. De esta manera se realizará, en una forma sin precedentes en la historia, la ocupación de un país y la fundación de un Estado con probabilidades de éxito que hasta ahora no se han presentado.

La constitución

Una de las grandes comisiones que ha de nombrar la *Society* será el consejo de los juristas del Estado. Estos tienen que preparar una constitución, la mejor y más moderna posible. Creo que una buena constitución ha de ser de moderada flexibilidad. En otra obra he expuesto las formas de gobierno que considero mejores. La monarquía democrática y la república aristocrática son, para mí, las formas de gobierno más perfectas. Forma de gobierno y principio de gobernar tienen que estar en oposición equilibrada. Soy partidario decidido de las instituciones monárquicas porque hacen posible una política durable y representan el interés, íntimamente ligado a la conservación del Estado, de una familia, afamada históricamente, nacida y educada para el gobierno. Pero nuestra historia se ha interrumpido por tan largo tiempo que no podemos restaurar la monarquía. El solo intentarlo nos haría caer en el ridículo.

La democracia, sin el útil contrapeso de un monarca, procede sin medida, en el reconocimiento y en la condena, conduce a la cháchara parlamentaria y a la odiosa clase de los políticos de profesión. Tampoco los pueblos modernos son capaces de regirse por una democracia ilimitada y creo que, en el futuro, lo serán cada vez menos, dado que la democracia pura presupone costumbres sencillas y las nuestras se hacen cada vez más complicadas con el tráfico y la cultura. “Le ressort d’une démocratie est la vertu”, dice el juicioso Montesquieu. ¿Y dónde se encuentra esa virtud? Me refiero a la virtud política.

No creo en nuestra virtud política, porque nosotros no somos diferentes de los demás hombres modernos y porque gozando de la libertad se nos subirán rápidamente los humos a la cabeza. El referéndum lo considero incompleto, puesto que en la política no hay preguntas sencillas a las que se pueda responder simplemente con un sí o un no. Además, las masas están sometidas, en mayor grado que los parlamentos, a todas las creencias erróneas, y se aficianan a cualquier vocinglero.

Ante el pueblo reunido, no se puede hacer política externa ni interna.

La política debe hacerse de arriba para abajo. Sin embargo, en el Estado Judío nadie se verá reducido a servidumbre, pues todo judío puede ascender y ascenderá. De este modo ha de originarse en nuestro pueblo un movimiento de ascensión. Cada individuo creará elevarse a sí mismo y así se elevará a un tiempo el conjunto. La ascensión se ha de sujetar a formas morales, útiles al Estado y que sirvan a la idea popular.

Por eso imagino una república aristocrática. Eso se adapta también a las ambiciones de nuestro pueblo, que han degenerado ahora en necia vanidad. Tengo presente en mi espíritu muchas instituciones de Venecia; pero se ha de evitar todo aquello por lo que Venecia sucumbió. Aprendemos de los errores históricos de los demás como de los nuestros propios. Puesto que nosotros somos un pueblo moderno, y queremos llegar a ser el más moderno, nuestro pueblo, al que la *Society* aporta el nuevo país, aceptará agradecido la constitución que le proporciona la *Society*. Pero donde surjan oposiciones, la *Society* las acallará. No puede dejarse dificultar su labor por individuos limitados y perversos.

Idiomas

Quizás alguien piense en la dificultad que significa el que tengamos más de un idioma común. Sin embargo, no podemos hablar hebreo entre nosotros. ¿Quién de nosotros lo sabe lo bastante como para pedir un boleto de tren? No hay quien pueda hacerlo. Con todo, la cosa es muy sencilla. Cada cual conserva su idioma, que es la querida patria de sus pensamientos. Suiza constituye un ejemplo decisivo de la posibilidad de una federalismo lingüístico. Seguiremos siendo, en el nuevo país, tales como somos ahora; nunca dejaremos de amar con melancolía nuestras patrias, de las que fuimos expulsados.

Nos desacostumbraremos de las marchitas y estropeadas jergas, idiomas del gueto, de las que nos servimos actualmente. Eran los idiomas clandestinos de los cautivos. Nuestros maestros se ocuparán de esto. El idioma que sea más empleado en la vida de relación se impondrá, sin violencia, como idioma principal. La unidad de nuestro pueblo, es por cierto, única. En verdad nos reconocemos como pertenecientes al mismo pueblo tan sólo por la fe paterna.

Teocracia

¿Tendremos, pues, una teocracia? ¡No! La fe nos mantiene unidos, la ciencia nos hace libres. No dejaremos pues, de ningún modo, que surjan veleidades teocráticas entre nuestros sacerdotes. Sabremos retenerlos en sus templos, como retendremos a nuestro ejército profesional en los cuarteles. El ejército y el clero han de ser altamente respetados, como lo exigen y merecen sus nobles funciones. No tienen que inmiscuirse en el Estado, que es el que los designa, puesto que provocarían dificultades externas e internas.

Cada cual es tan libre en su creencia o irreligión como en su nacionalidad. Y si se da el caso de que también vivan entre nosotros gentes de otra religión y de otra nacionalidad, les conferiremos protección e igualdad de derechos. Hemos aprendido la tolerancia en

Europa. No lo digo en broma. Sólo en ciertos lugares se puede tomar el antisemitismo actual por la vieja intolerancia religiosa. Generalmente hay una tendencia, en los pueblos cultos, de defenderse contra el fantasma de su propio pasado.

Leyes

Cuando más próxima esté la realización del pensamiento del Estado, la *Society of Jews* encargará a un colegio de juristas los trabajos preliminares de legislación. Hasta ese momento se puede aceptar el principio de que todos los judíos que emigren de diferentes países, sean juzgados de acuerdo con las leyes de los países en que han vivido hasta el momento de emigrar. Pronto se tenderá a la unificación de la justicia. Deben ser leyes modernas, y también aquí se elegirá lo mejor. Puede hacerse una codificación ideal, compenetrada de todas las justas exigencias sociales del presente.

El ejército

El Estado Judío está concebido como Estado Neutral. Necesita sólo un ejército profesional dotado de todos los equipos de guerra modernos, para el mantenimiento del orden tanto en el exterior como en el interior.

La bandera

No tenemos ninguna bandera. Necesitamos una. Si se quiere conducir a muchos hombres hay que levantar un símbolo por sobre sus cabezas.

Imagino una bandera blanca con siete estrellas doradas. El campo blanco significa la vida nueva, pura; las estrellas son las horas doradas de nuestro día de labor. Puesto que los judíos se dirigen al nuevo país bajo el signo del trabajo.

Reciprocidad y tratados de extradición

El nuevo Estado Judío tiene que estar fundado sobre el honor. Pensamos en nuestro futuro honor en el mundo.

Por eso se debe llevar a feliz término, todos los compromisos contraidos en los países en que se ha vivido hasta ahora. La *Society of Jews* y la *Jewish Company* proporcionarán el viaje barato y facilidades para establecerse en el nuevo país sólo a los que presenten un certificado de las autoridades del país del que proceden, en estos términos: “Ha partido observando buena conducta”.

En el Estado Judío se podrá entablar juicio, más fácilmente que en cualquier otra parte, por reclamaciones en la esfera del derecho privado y que provengan aun de los países abandonados. No esperaremos ninguna reciprocidad. Lo haremos sólo por nuestro honor. De esta manera también nuestras reclamaciones hallarán tribunales más benévolos que los que actualmente hallamos.

De todo lo dicho se desprende que también a los delincuentes judíos los entregaremos más fácilmente que cualquier otro Estado, hasta el momento que impongamos el castigo según los principios vigentes en todos los demás países civilizados. Habrá, pues, un lapso durante el cual recibiremos a nuestros delincuentes, sólo después de cumplir la condena. Pero si la han cumplido serán recibidos sin ninguna restricción; entre nosotros los delincuentes han de comenzar una vida nueva.

De esta manera, la emigración puede llegar a ser, para muchos judíos, una crisis provechosa. Serán suprimidas las malas condiciones exteriores, debido a las cuales se han echado a perder muchos caracteres y los extraviados podrán alcanzar la salvación.

Quisiera contar, someramente, la historia que encontré en un informe sobre las minas de oro de Witwatersrand. Un hombre llegó un día a ese país, se estableció, ensayó algunas cosas, pero no la minería, finalmente fundó una fábrica de hielo, que prosperó y ganó pronto la consideración general por su honestidad. Al cabo de algunos años fue detenido. Como banquero, había cometido fraudes en Francfort, había huido y empezado aquí, con un nombre falso, una vida nueva. Pero cuando se lo llevaba preso, aparecieron en la estación las personas más calificadas, le dijeron cordialmente adiós y... ¡hasta la vista! Puesto que él debía volver.

¿Qué enseñanza encierra esta historia? Enseña que una vida nueva puede mejorar hasta a los delincuentes. Y nosotros tenemos, relativamente, pocos delincuentes. Léase para ello una estadística interesante: “La criminalidad de los judíos en Alemania” que fue compilada por el doctor P. Nathan, de Berlín, por encargo del “Comité de Defensa contra Ataques Antisemitas” y tomando como base referencias oficiales. Pero, a decir verdad, este escrito, lleno de números, parte del supuesto equivocado, como tantas otras “defensas” contra el antisemitismo, que éste se puede refutar racionalmente. Se nos odia, probablemente, tanto por nuestras virtudes como por nuestros defectos.

Ventajas de la emigración judía

Creo que los gobiernos, espontáneamente o por la presión de los antisemitas, prestarán alguna atención a este esbozo y quizás, en ciertas partes, el plan sea acogido con simpatía desde el principio y se demuestre igual simpatía a la *Society of Jews*.

Las emigraciones judías, a que aludo, no pueden provocar crisis económicas. Tales crisis, que tendrían que originarse en todas partes como consecuencia de la persecución de los judíos, se evitarán con la realización de este esbozo. Se iniciaría un gran período de bienestar en los actuales países antisemitas. Como ya lo he dicho repetidas veces, tendrá lugar una migración interna de los ciudadanos cristianos hasta las posiciones evacuadas por los judíos, lentamente y ateniéndose a un plan estricto. Si no se reducen a contrariarnos sino a ayudarnos, el movimiento será de provecho en todas partes. Es torpe suponer y de eso hay que liberarse, que la emigración de muchos judíos provocaría el empobrecimiento de otros tantos. Una cosa es la emigración como consecuencia de las persecuciones, durante la que se arruinan propiedades, como en la confusión de una guerra; y otra cosa es la emigración pacífica y voluntaria de colonos, en la que todo puede llevarse a cabo respetando los derechos adquiridos, con toda legitimidad, libre y abiertamente, a la luz del día, a la vista de las autoridades, bajo el control de la opinión pública. Con el movimiento judío cesaría la emigración de los proletarios cristianos a otros países.

Además, los países tendrían la ventaja de que su comercio de exportación aumentaría, puesto que los judíos emigrantes, debiendo recurrir durante mucho tiempo a los productos europeos, tendrían que importarlos forzosamente. Los grupos locales harían un arreglo especial, por las necesidades habituales tendrían que ser satisfechas durante mucho tiempo con artículos provenientes de los lugares de costumbre.

Uno de los mayores beneficios sería, ciertamente, el alivio social. El descontento podría ser calmado por un lapso que duraría quizás veinte años, tal vez más, de todos modos el tiempo que comprendiera la emigración judía.

El aspecto de las cuestiones sociales depende, en especial, del desenvolvimiento de los medios técnicos. El vapor ha reunido a los hombres en derredor de las máquinas de las fábricas, donde se apretujan los unos contra los otros y son desdichados los unos por causa de los otros. La producción es enorme, sin elección, sin plan, conduce en todo momento a agudas crisis, en las que se arruinan fabricantes y obreros. El vapor ha estrechado a los hombres unos con otros; la aplicación de la electricidad los diseminará probablemente y los llevará a condiciones de trabajo más dichosas. De todos modos, los inventores técnicos, los verdaderos benefactores de la humanidad, aun después de iniciarse la emigración judía, seguirán trabajando y, como es de esperar, inventarán cosas tan maravillosas como hasta el presente ¡qué digo! cosas cada vez más maravillosas.

La palabra “imposible” ya parece haber desaparecido de la terminología técnica. Si retornara un hombre del siglo pasado, hallaría que toda nuestra vida está llena de encantamientos incomprensibles. Donde aparecemos nosotros, los modernos, con nuestros recursos, transformamos un desierto en un jardín. Para la creación de ciudades nos bastan tantos años como siglos se necesitaban en las primeras épocas de la historia; lo confirman innumerables ejemplo en América. Ha sido vencido el gran obstáculo de las distancias. Las arcas del espíritu moderno contienen aún riquezas sin cuento; cada día se acrecientan y lo que cien mil cabezas imaginan y buscan en todo el mundo y lo que ha descubierto uno solo, de inmediato pasa a ser del dominio de todos.

Nosotros mismos podríamos utilizar, en el Estado Judío, todas las nuevas tentativas y hacer de ellas modelos ideales, y así como con el día de trabajo de siete horas podemos hacer un experimento que redunde en beneficio de la humanidad entera, queremos ser, igualmente, los primeros en todo lo que atañe al altruismo y, como país nuevo, ser un país de experimentación y un país modelo.

Después de la emigración de los judíos, las empresas creadas por ellos quedarán en su lugar. Y ni siquiera faltará el espíritu emprendedor de los judíos allí donde se lo requiera. También en el futuro, el capital mobiliario judío tratará de colocarse allí donde sus propietarios conozcan bien la situación. Y mientras hoy el capital judío busca fuera del país las empresas más lejanas, a causa de las persecuciones de que es objeto, por medio de esta solución pacífica volverá y contribuirá al desarrollo ulterior de los países en que hemos vivido hasta ahora.

VI. Epílogo

¡Cuánto ha quedado sin examinar, cuántas omisiones, cuántas cosas perjudiciales por haber sido hechas a la ligera y cuántas repeticiones inútiles presenta este escrito, en las que, ciertamente, he reflexionado y retocado!

El lector de buena fe, lo bastante inteligente como para penetrar el alma de las palabras, no se dejará desalentar por los defectos. Se sentirá más bien lleno de ardor por poder participar, con su sagacidad y su fuerza, en una obra que no pertenece a un individuo y por poder mejorarla.

¿No he expuesto cosas que se entienden por sí mismas y no he pasado por alto dificultades de importancia?

He tratado de refutar algunas objeciones; sé que hay otras muchas, más o menos importantes.

Entre las objeciones de peso, está la de que la situación penosa de los judíos no es única en el mundo. Pero creo que debemos ponernos a la obra para hacer desaparecer un poco de miseria, aunque fuera nada más que la propia.

Además, se puede decir que no tendríamos que introducir nuevas diferencias entre los hombres ni erigir nuevas barreras, sino que más bien deberíamos hacer desaparecer las antiguas. Creo que los que así piensan son soñadores amables, pero el polvo de sus huesos se habrá dispersado sin dejar rastros cuando la idea de patria florezca todavía. La fraternidad universal ni siquiera es un hermoso sueño. El enemigo es necesario para los más altos esfuerzos de la personalidad.

Creo que los judíos tendrán siempre, como cualquier otra nación, bastantes enemigos. Pero cuando vivan en su propio territorio no podrán ser dispersados por el mundo entero. No se puede repetir la diáspora mientras no se hunda la cultura entera del mundo. Y esto solamente puede temerlo un imbécil. La cultura actual cuenta con fuerzas suficientes como para defenderse.

Las objeciones de menos peso son innumerables, puesto que hay, sin duda, más hombres inferiores que superiores. He tratado de superar algunas concepciones estrechas. El que quiera colocarse tras la bandera blanca con las siete estrellas, tiene que agregarse a esta campaña cultural. Quizás el combate tenga que librarse primeramente contra muchos judíos, malvados, mezquinos y estrechos.

¿No se dirá que proporcione armas a los antisemitas? ¿Por qué? ¿Porque admito lo cierto? ¿Porque no afirmo que entre nosotros hay únicamente hombres perfectos?

¿No se dirá que muestro un camino por el que se nos podría perjudicar? Protesto contra esto de la manera más enérgica. Lo que yo propongo sólo puede ser realizado con el libre consentimiento de la mayoría de los judíos. Puede llevarse a cabo contra la voluntad de algunos grupos, hasta contra la de los grupos de judíos más poderosos actualmente, pero nunca, absolutamente nunca, con una oposición del Estado, contra todos los judíos. Ya no se puede suprimir la igualdad de los judíos ante la ley, donde existe; pues el sólo intentarlo arrojaría inmediatamente a todos los judíos, pobres y ricos, a los partidos subversivos. El comienzo oficial de injusticia contra los judíos, provoca, en todas partes, crisis económicas. No pueden, pues, hacer nada eficaz contra nosotros si no quieren hacerse mal a sí mismos. Con esto aumenta cada vez más el odio. Los ricos no lo sienten tanto. ¡Pero nuestros pobres! Que se pregunte a nuestros pobres que, desde que recrudeció el antisemitismo, se empobrecieron más que nunca.

¿Opinarán algunas personas acomodadas que la presión no es todavía tan grande como para justificar la emigración y que, hasta en las expulsiones violentas, se puede notar con qué poca gana emigra nuestra gente? ¡Sí, porque no saben adónde van! ¡Porque salen de una situación miserable para sumirse en otra! Pero nosotros les indicamos el camino que conduce a la Tierra Prometida. Y la fuerza magnífica del entusiasmo debe luchar con la terrible fuerza de la costumbre.

Las persecuciones no son tan malignas como en la Edad Media. Seguramente, pero nuestra sensibilidad se ha acrecentado de manera que no sentimos disminución alguna en los sufrimientos. La larga persecución ha sobreexcitado nuestros nervios.

¿Y se dirá aún que la empresa está condenada al fracaso, aun cuando consigamos el país y la soberanía porque sólo los más pobres se dirigirán a él? ¡A ellos los necesitamos, precisamente, al principio! Sólo los “desesperados” sirven para la conquista.

¿Dirá alguien que, de ser esto posible, ya se hubiera hecho?

Antes no era posible. Ahora lo es. Hace cien, cincuenta años hubiera sido todavía una utopía. Hoy es una realidad. Los ricos que gozan de una visión conjunta de las conquistas de orden técnico, saben muy bien todo lo que se puede hacer con dinero. Y así sucederá: precisamente los pobres y los simples, que ni siquiera sospechan el poder que el hombre posee sobre las fuerzas de la naturaleza, son los que creerán más fervorosamente en el nuevo mensaje. Puesto que ellos no han perdido la esperanza de alcanzar la Tierra Prometida.

¡Judíos! ¡Aquí no hay ninguna fantasía, ningún engaño! Todos pueden convencerse de ello, puesto que cada uno lleva en sí al nuevo país, un trozo de Tierra Prometida: uno, en su cabeza; otro, en sus brazos; el tercero, en su fortuna y posesiones.

Podría parecer que es una cosa que exige mucho tiempo. En el mejor de los casos, habría que esperar aún muchos años hasta el comienzo de la fundación del Estado. Entretanto, en miles de lugares diferentes los judíos son maltratados, mortificados, injuriados, apaleados, despojados y sacrificados. No: apenas empecemos a poner en ejecución el plan, el antisemitismo cesará en todas partes e inmediatamente. Ni bien se constituya la *Jewish Company*, esta noticia se difundirá hasta los puntos más lejanos de la tierra por el relámpago de nuestros cables telegráficos.

Y el alivio empezará de inmediato. De la burguesía salen nuestros intelectuales medios, que producimos en exceso, para integrar nuestras primeras organizaciones formando nuestros primeros técnicos, oficiales, profesores, empleados, juristas, médicos. Y así adelantaremos, rápidamente, pero sin sacudidas.

En los templos se rezará por el éxito de la obra. También en las iglesias. Se trata de la liberación de un antiguo yugo bajo el cual todos sufrían.

Pero, ante todo, tiene que hacerse la luz en las inteligencias. El pensamiento debe volar hasta los lugares más miserables, en los que

viven nuestras gentes. Despertarán de su letargo. Puesto que toda nuestra vida adquiere un nuevo contenido. Cada cual sólo tiene que pensar en sí mismo y la emigración se volverá intensa.

¡Y qué gloria espera a los que luchan por la causa sin interés personal!

Por eso creo que surgirá de la tierra una generación de judíos admirables. Resurgirán los macabeos.

Repitamos las palabras del principio: Los judíos que lo quieran tendrán su Estado.

Al fin hemos de vivir como hombres libres, en nuestro propio suelo y hemos de morir tranquilamente en nuestra patria.

El mundo se libera con nuestra libertad, se enriquece con nuestra riqueza y se engrandece con nuestra grandeza.

Y lo que ensayemos allí en beneficio nuestro, obrará poderosa y dichosamente en provecho de todos los hombres.

De su diario

23 de noviembre de 1895.

Visita al coronel Goldsmid

Después del almuerzo le he leído mi proyecto. Comprende muy poco el alemán, y las explicaciones se sucedieron con dificultad. De repente me ha dicho: “Esta es la idea de mi vida”. El no puede asumir la dirección del movimiento a causa de su carácter político pues, en tanto que oficial, le está prohibida toda actividad de este género. Pero si el movimiento llegase a surgir abandonará el ejército inglés para ponerse al servicio de los judíos. Propone reemplazar el nombre “judíos” por el de “israelitas”, pues este último incluye a todas las tribus. Me muestra la bandera de los “Jovevé-Sion”: símbolo de las doce tribus. Desenvuelvo ante él mi bandera blanca con las siete estrellas. En general nos comprendemos maravillosamente; es un hombre admirable.

Más tarde me cuenta su sorprendente historia: “Soy Daniel Deronda” me dice. “He nacido cristiano. Mis padres eran judíos convertidos. Era muy joven y trabajaba en las Indias cuando me enteré de esto. Resolví, entonces, retornar a la fe de mis antepasados. Tenía el grado de Teniente cuando volví al judaísmo. Mi familia estaba furiosa. También mi mujer era una cristiana de origen judío. Nos fugamos a Escocia para casarnos libremente, y después de su retorno al judaísmo, celebramos, por segunda vez, nuestras nupcias en una sinagoga. Soy judío religioso. En Inglaterra esto no me ha perjudicado. Mis hijas Raquel y Carmela han recibido una estricta educación religiosa y en su infancia han aprendido hebreo...”.

18 de enero de 1896.

Sch. me telegrafió de Londres para decirme que mi artículo “La solución del problema judío” ha aparecido en el “Jewish Chronicle”. El primer paso periodístico.

19 de enero de 1896.

Llegué a un acuerdo con el editor Breitenstein, que se entusiasmó con la lectura de algunos pasajes del libro recién terminado. Le he cambiado el título: “El Estado Judío”. Siento ahora un gran alivio después del trabajo realizado. No espero ningún éxito y retorno con calma a mi labor literaria.

22 de enero de 1896.

La primera adhesión me llega de un librero de Londres que me asegura “su simpatía y su colaboración”.

23 de enero de 1896.

La segunda adhesión es la del Rabino A. K. de Praga, que me propone crear un partido nacional judío en Austria. Le he respondido que creo conveniente abstenerse, por el momento, de toda propaganda personal.

27 de enero de 1896.

Guedemann ha leído las primeras pruebas de imprenta, y me escribe entusiasmado; cree que mi folleto estallará como una bomba y causará milagros. Pero el Gran Rabino Adler le ha escrito que considera mi idea irrealizable y peligrosa.

2 de febrero de 1896.

Me encontré con el Rabino Guedemann en el “Prater”. Me dijo: “Precisamente he pensado en Ud. No se da Ud. idea de la grandeza de la obra que ha realizado”. Estaba muy entusiasmado, y preveía una enorme resonancia.

4 de febrero de 1896.

Breitenstein quiere editar una primera tirada de 3.000 ejemplares solamente. Duda aún del éxito de la venta.

10 de febrero de 1896.

Hoy he leído “Autoemancipación” que Bloch me ha prestado. Concordancia admirable en la parte crítica y mucha analogía en la parte constructiva. Es una gran pena que no haya leído este folleto

antes de permitir la impresión del mío. Y tal vez sea mejor así pues hubiera renunciado a mi libro. Hablaré en público sobre esto en la primera ocasión, y probablemente escriba en “Sion” un artículo sobre este tema.

14 de febrero de 1896.

He recibido los primeros 500 ejemplares. Al depositar el paquete en mi cuarto, experimenté una profunda emoción. Estos quinientos ejemplares simbolizan un momento decisivo. Tal vez mi vida adquiera un nuevo rumbo.

23 de febrero de 1896.

He hablado ayer con periodistas, en el teatro del pueblo. Mi folleto es el centro de las conversaciones de la ciudad. Algunos se burlan o se ríen de mí pero, en general, el tono persuasivo de mis escritos parece haber causado impresión. Herman Bahr me dijo que quería escribir en contra, porque es imposible vivir sin judíos. ¡No está mal!

28 de febrero de 1896.

Recibí una carta entusiasta de Nordau, que me torna orgulloso. Encuentra que mi “Estado Judío” es un “gran hecho”, una “revelación”.

3 de marzo de 1896.

Un comerciante de Semlin, S. Waizenkorn, me ha escrito que todos los judíos de Semlin, jóvenes y viejos, están dispuestos a emigrar inmediatamente, después de fundarse la *Jewish Company*.

10 de marzo de 1896.

El periódico “Haam” de Kolomea se pone a mi disposición. Carta calurosa del Dr. Bierer de Sofía.

Visita del Reverendo William H. Hechler, Capellán de la Embajada Inglesa en Viena. Hombre simpático y delicado, de larga barba blanca, profética. Se declara partidario ferviente de mi solución y llama al movimiento, “movimiento bíblico”, a pesar que mis métodos son todos racionales.

Quiere mandar mis escritos a algunos príncipes alemanes. Ha sido perceptor en el palacio del Gran Duque de Bade, conoce al emperador de Alemania y cree poder obtener una audiencia para mí.

16 de marzo de 1896.

Por la tarde escuché de X. Toda la burla vulgar de los judíos de su círculo que no entienden “por qué, en mi situación, he emprendido esta obra, sin tener necesidad de ello”. Le respondí con las palabras del profesor León Kellner: “Hay judíos que viven del judaísmo y otros que viven para el judaísmo”.

17 de marzo de 1896.

El Dr. Beck, médico de casa de mis padres, me examinó y comprobó una enfermedad cardíaca provocada por el exceso de excitación.

No puede comprender por qué me preocupa el problema de los judíos; tampoco los miembros de su sociedad lo pueden comprender.

Los tres hermanos Marmorek comunican, con cierta solemnidad, su adhesión a mi movimiento.

21 de abril de 1896.

He terminado hoy la carta a Nordau, comenzada ayer. Entre ayer y hoy ha muerto el Barón de Hirsch en su estancia en Hungría. Sólo me enteré una hora después de haber expedido la carta a Nordau, que debo anular telegráficamente. ¡Pero qué extraña coincidencia! Hace ya meses que el folleto está terminado, lo he enviado a todo el mundo excepto a Hirsch, y el día que me decido hacerlo, él muere. Su participación hubiera contribuido enormemente al éxito de nuestra causa.

Su desaparición es, en todo caso, una gran pérdida. Entre los judíos ricos era el único que quería realizar algo, realmente grande para los pobres. Tal vez no me porté bien con él. Tal vez debí escribir la carta a Nordau catorce días antes. Nuestra causa me parece hoy día debilitada, porque jamás renuncié a la esperanza de ganar a Hirsch para nuestra causa.

Pensaba partir mañana a Budapest y he aquí que Hechler me llama a Karlsruhe.

¡Día extraño! Hirsch muerto y yo me pongo en contacto con príncipes. Es el comienzo de un nuevo capítulo en el problema de los judíos.

(Karlsruhe), 23 de abril de 1896.

He arribado aquí ayer a las once de la noche, Hechler me esperaba en la estación, y me condujo al hotel Germania, “que le recomendó el Gran Duque”. Nos quedamos una hora en el restaurante. Yo bebía cerveza bávara, Hechler, leche. Él me contó lo siguiente: el Gran Duque le recibió apenas llegó, pero quería escuchar primero un informe de su Consejo sobre mi “Estado Judío”. Hechler le ha mostrado sus “tablas proféticas” que parecen haberle causado gran impresión. Su principal temor era que, tal vez, sospechasen de sus verdaderas intenciones al apoyar mis proyectos. Se le acusaría de querer expulsar a los judíos de su país. Mi situación de periodista le inquietaba también. Hechler se hacía cargo de mi discreción. Entonces preguntó el Gran Duque qué podía hacer él para el bien de nuestra causa. Hechler le respondió: “El primero entre los príncipes alemanes, Su Alteza Real, ha proclamado emperador en Versalles al rey Guillermo. ¡Si Su Alteza participara también en la fundación del segundo gran Estado de nuestro siglo! Porque los judíos serán una “*grande nation*”. El Gran Duque, visiblemente impresionado, le permite, entonces, invitarme para escuchar mis explicaciones. Seré recibido en audiencia privada hoy, a las cuatro de la tarde.

Después de una mañana lluviosa, era agradable el aire cuando abandonamos el hotel. Faltaban veinte minutos para las cuatro y podíamos, pues, pasear un poco. Dado mi buen humor, le he dicho a Hechler: “Recuerda este hermoso día y el cielo primaveral de Karlsruhe, porque de aquí a un año tal vez estemos en Jerusalem”. Hechler me respondió que quería pedir al Gran Duque que acompañase, el año próximo, al emperador para la consagración de la Iglesia de Jerusalem. Deberé encontrarme ahí entonces, y él, Hechler acompañará al Gran Duque como experto científico.

Le he dicho: “Si iré a Jerusalem, me deberá Ud. acompañar”.

Al comienzo, hablaba yo con cierto embarazo. Me creía en el deber de hablar a media voz, para evitar el entusiasmarme con mis

propias palabras. Después de contestar a algunas amables preguntas sobre mi viaje y mi hotel, le he dicho quién era y le hablé también de mi situación anterior, en París.

El Gran Duque me respondió que recibía la “Neue Freie Presse” y manifestó gran interés por París. Le describí la crisis parlamentaria y en especial el presente gabinete de Burjeos. Después de algunos minutos me interrumpió para hacer la siguiente pregunta: “¿No queríamos acaso hablar de otro asunto?”.

Inmediatamente abordé el tema, pidiéndole que me interrumpiese y me formulase preguntas cada vez que mi exposición careciese de claridad. Desenvolví todos mis planes y mi concentración era tal, que no pude ver el efecto que causaban mis palabras. Hechler me dijo luego, que la entrevista merecía ser anotada estenográficamente. Cree que hablé muy bien y que algunos pasajes eran excelentes.

De todas maneras, el Gran Duque ha tomado en serio mi idea de crear un “Estado Judío”. Su principal objeción era que iba a ser acusado de antisemitismo, si se declarara a favor de esta solución. Le he explicado que partirían únicamente los judíos que lo desearan.

A su pregunta: “¿Cuáles serán las etapas de la realización práctica?”, respondí detallando todo mi proyecto que él no conocía más que por Hechler y sólo bajo el aspecto “profético”, del que casi no me ocupaba. El Gran Duque pensaba que los gobiernos sólo se ocuparían del problema una vez creada la *Society of Jews*. Yo, naturalmente, sostenía el punto de vista opuesto. Ante todo, algunos príncipes deberían manifestar su benevolencia para que la *Society of Jews* pudiese aparecer con más autoridad. Y es necesaria la autoridad para la realización ordenada de una gran emigración.

Me preguntó, entonces, si no era preferible elevar el problema, después de haber introducido en Palestina algunos miles de judíos. Repliqué con firmeza: “A esto me opongo absolutamente. Esto sería una especie de infiltración ilegal. Los judíos deberían entonces sublevarse contra el Sultán. Quiero proceder ante la vista y comprensión de todo el mundo, en la legalidad más absoluta”. Se asombró de mi tono enérgico, y luego meneó la cabeza en signo de aprobación.

Finalmente repitió lo dicho ya anteriormente: “Quisiera que esto fuese verdad. Será una bendición para una multitud de personas”.

Después de una entrevista de dos horas y media, levanta la sesión. Me tiende su mano, retiene la mía mucho tiempo y me despide con palabras alentadoras: espero que Ud. conseguirá su propósito.

Salí con Hechler, pasando delante de los lacayos y de los guardias, asombrados de la duración de esa audiencia.

Estaba un poco embriagado por el éxito de la entrevista y sólo pude decir a Hechler: “Es un hombre maravilloso”. ¡Y así es en realidad!

26 de abril de 1896.

Al entrar ayer, a mediodía, en el Expreso Oriente, en Munich, me encontré con Hechler. En el compartimiento desplegó sus mapas de la Palestina y me dio diversas explicaciones, durante horas. Las montañas de Capadosia deberán constituir la frontera norte y el canal de Suez, la sur. El lema: ¡La Palestina de los tiempos de David y de Salomón!

(Fragmento de una carta al Gran Duque de Bade)

Si la voluntad de Dios nos devolviera nuestra patria histórica, traeremos, como portadores de la civilización occidental, prosperidad, orden y pureza a este rincón abandonado e infestado del Oriente. Deberemos hacerlo para poder subsistir y esta obligación será una tarea excelente para nuestro pueblo. Los detalles están precisados en mi “Estado Judío”.

Las grandes cosas no tienen necesidad de un fundamento firme. Debemos poner una manzana sobre la mesa para que no se caiga, pero la tierra está suspendida en el espacio. Así podré crear y fundamentar el Estado de los Judíos, sin punto sólido. El secreto reside en el movimiento. (Supongo que por estos medios inventarán el dirigible). La gravedad será vencida por el movimiento; habrá que dirigir, no a la aeronave, sino a sus movimientos.

18 de mayo de 1896.

Nordau me ha escrito que, acompañado por Tzador-Kahn, visitó a Edmundo de Rothschild. La audiencia duró 63 minutos, de los cuales Rothschild habló 53 minutos y Nordau, “con gran dificultad”, solamente 10. Rothschild no quiere saber nada del proyecto. No cree que se podrá obtener alguna cosa del Sultán y, de todas maneras, no piensa

ayudar. Considera mis esfuerzos como peligrosos, porque despiertan sospechas sobre el patriotismo de los judíos, y son nocivos para sus colonias palestinentes. Pasamos pues, sin él, al orden del día.

En relación a esto, es un poco divertido leer hoy los despachos de París sobre las manifestaciones contra los judíos y particularmente contra los Rotschild. Delante de la misma casa de la calle Lafitte, donde Edmundo Rotschild rehusó, el viernes, recibir a mi amigo Nordau, gritaba la muchedumbre, el domingo: “¡Abajo los judíos!”.

21 de mayo de 1896.

Silvia de Avigdor me escribe de Londres que Samuel Montagu ha enviado a Gladstone su traducción del “Estado Judío”. Gladstone expresó su simpatía en una amable carta.

29 de mayo de 1896.

Nuestro colaborador Schutz nos envía un *feuilleton* sobre su visita al conde León Tolstoi cerca de Moscú. Al mismo tiempo me manda una carta postal para decirme que Tolstoi ha hecho mención de mi folleto.

1° de junio de 1896.

Mi *feuilleton* de ayer, “El Dirigible”, ha sido interpretado como una alegoría sobre el “Estado Judío”.

15 de junio de 1896.

De noche en el compartimiento, después de haber entrado solo en el Expreso-Oriente. Nevlinisky me dijo que viajan con nosotros algunos Pajás, al coronamiento de Moscú, y el más destacado de ellos es Ziad Pajá, el jefe de la delegación turca. Ayer, por la mañana, Nevlinisky me presentó a Ziad Pajá, a Karatheodory y a Tewfik Pajá, embajador en Belgrado. Nevlinisky informó a Ziad Pajá, el más importante de las tres excelencias, de los propósitos de mi viaje a Constantinopla. Ziad manifestó vivo interés...

En Sofía me esperaba una escena impresionante. En el andén había una multitud que venía a mi encuentro. Había olvidado completamente que era el causante de este espectáculo. Hombres, mujeres,

niños, sefaraditas y ashkenazitas, jóvenes y viejos, encabezados por el Dr. Rubén Birer. Un jovenzuelo me entrega un ramo de rosas. Birer pronuncia una alocución en alemán, Kaleb dice algunas palabras en francés... Estoy emocionado.

Todos se apremian para tenderme la mano y gritan: “El año próximo en Jerusalem”. El tren parte...

24 de junio (Constantinopla).

Nevlinsky ha pasado todo el día de ayer con Yzzet y Noury Bey. Según sus palabras he hecho muy buena impresión sobre ellos. Izzet dijo que era un *inspirado*, el más elevado elogio para los musulmanes, y Noury agregó que soy un *hombre extraordinario*. Pero el objetivo principal de nuestro viaje, la audiencia en el palacio del Sultán, no pudo realizarse.

1° de julio de 1896.

Baden cerca de Viena, en casa de mis padres.

El último día en el tren con Nevlinsky pasó lleno de sugerencias interesantes. Tuvo la idea de proponer al Sultán que tomara el movimiento sionista bajo sus auspicios, proclamando a Palestina como principado judío bajo su soberanía, con leyes propias, ejército, etc.. Los judíos pagarían un tributo anual de un millón de libras, que podríamos asegurar inmediatamente por un empréstito. Me parece una idea excelente...

5 de julio de 1896 (Londres).

Nuevamente en Londres. Esta vez un día hermoso y radiante. Llegué un poco deprimido y la situación aquí contribuyó a mi abatimiento. Goldsmid se excusa; una inspección le impide abandonar mañana Cardiff. Pero la mañana de hoy fue mejor. Preparé mi discurso para los “Macabeos” y envié el texto, parte por parte a Silvia de Avigdor, para su traducción.

7 de julio de 1896.

Anoche fue la velada de los “Macabeos”. Con valor y energía leí mi discurso. Gran éxito. Sigue una discusión; los argumentos

son los ya usados y mis contestaciones son las ya conocidas. Fuera de dos, el economista Levy y un ruso cuyo nombre no alcancé a oír, hasta mis adversarios, discuten con deferencia y respeto. L. Wolf propone la constitución de una Comisión de estudio de mi proyecto.

8 de julio de 1896.

Quieren organizar un *meeting* popular para el domingo próximo. Pero Montagu se opone y cree que es prematura hablar en la zona electoral en la cual el *meeting* debe efectuarse (Eastend). No he decidido todavía. *Flectere si nequeo superos Acheronta movebo.*

11 de julio de 1896.

Desayuno en casa de Montagu, con el coronel Goldsmid y un judío polaco, L..., establecido en Londres. Los tres están inquietos por la asamblea de mañana en Eastend. Es prematura y agitará a las masas. Contesté que no quería un movimiento demagógico pero que, en último caso, me dirigiría también a las masas.

15 de julio de 1896 (Folkstone).

Experimenté una sensación particular en la tribuna obrera, el domingo. Vi y escuché cómo nace mi leyenda. El pueblo es sentimental y las masas no ven con claridad. Creo que ya no tienen sobre mí una idea exacta. Una ligera bruma me envuelve, que tal vez se transforme en una nube en la que andaré. Pero si ellos no ven nítidamente mis rasgos, sienten que busco su bien y que soy el hombre de los pobres. Es probable que dispensen a un hábil impostor el mismo amor que a mí; pero yo no les engaño. Tal vez esto que anoto ahora sea lo más interesante de estos libros: cómo nace mi leyenda. Y desde que escuché, desde esta tribuna popular, las aclamaciones y dichos de mis partidarios, me propuse ser cada vez más digno de su confianza y amor.

17 de julio de 1896.

Nuevamente en París. Hablé con Bernardo Lazare. Tipo magnífico de judío francés, bueno e inteligente.

19 de julio de 1896.

Ayer pronuncié mi “Discurso a los Rostchild”. Así se va cumpliendo todo lo que me he propuesto, si bien de otra forma y en otro tiempo. Mi propósito se cumplirá, sin duda alguna, aun cuando no me sea dado vivirlo.

Nuevamente expuse ampliamente mi proyecto como ya lo había hecho tantas veces antes. El Barón escuchó algunos pasajes con visible sorpresa, y en muchos casos leí claramente la admiración en sus ojos. Pero él no cree en las promesas de los turcos. No cree que podamos velar por el aflujo de masas a Palestina.

Después de dos horas de controversia me levanté, tomé el paraguas diciendo: -Para concluir esta discusión, os preguntaré: ¿Cómo se reconoce la fuerza de una idea? Si ella sigue adelante, indiferente a las aprobaciones o críticas. El Barón se sintió molesto y enfadado. Yo agregué: Ud. es la piedra angular de mi combinación. Si Ud. rehusa, se derrumbará todo lo que he hecho hasta el presente. Me verá obligado, entonces, a obrar de otra manera. Instigaré una gran agitación popular, que dificultará aun más el registro de las masas. Quería entregarle a Ud., el filántropo sionista, la dirección del Movimiento y retirarme. El registro de la emigración de las masas es un detalle administrativo...

20 de julio de 1896 (París).

Suplemento de mi conversación con Rotschild.

En cierto momento él me dice: -¿Y qué es lo que Ud. exige de mí? Le contesté bruscamente: -Perdón, Ud. no ha comprendido. No le exijo nada, sólo le invito a prestar vuestra adhesión en ciertas condiciones.

21 de julio de 1896.

Comuniqué ayer a Nordau y a Beer la respuesta que daré a las objeciones de Rotschild: la organización inmediata de masas.

Después de mediodía hablé ante los estudiantes judíos y rusos, en su local, en el barrio Gobelín: Bernardo Lazare estuvo presente, como también tres estudiantes de Rusia. La sala, repleta. Terminé mi discurso con estas palabras: -“No digo todavía: marchemos, sólo digo: la juventud, ¡que sea fuerte!”.

Les exigí comenzar la organización de cuadros.

Et nous voilà repartis de Paris. Esta magnífica ciudad jamás me ha encantado tanto como hoy, el día de la despedida. ¿Cuándo volveré a ver París?

Entrevista prolongada con el ingeniero Kremenetzky. Es un ardiente sionista y tiene ideas modernas. Me habla del establecimiento de grandes industrias químicas a las orillas del Mar Muerto, para la explotación de sus riquezas salinas. Los afluentes de agua dulce deberán ser desviados y el agua utilizada. Reemplazar el curso del agua por un canal proveniente del Mar Mediterráneo; debido a las montañas, el canal será, en parte subterráneo (una curiosidad mundial), y la diferencia de nivel entre los dos mares será aprovechada para la producción de fuerza motriz. Miles de caballos de fuerza. La Palestina dispondrá, también, de fuerza hidráulica para la producción eléctrica.

Debemos fundar una asociación nacional para repoblar el país con árboles. Cada judío dotará, por lo menos, un árbol. ¡Diez millones de árboles!

16 de setiembre de 1896.

Recibí de Jerusalem un mensaje de simpatía entusiasta y emocionante. Guillermo Gros, que me envía la resolución, me escribe que los signatarios son las personas más destacadas de Jerusalem.

(Viena), 5 de octubre de 1896.

Desde mis últimas anotaciones, pasaron días difíciles y complicados, con muchas preocupaciones y disgustos. Traté con personas del mundo de los negocios y de la política, y lamento muchas veces haber tenido que abandonar el campo de la literatura para caer, por un tiempo determinado, en esta sociedad.

13 de octubre de 1896.

Debo confesar: estoy desmoralizado. De ninguna parte viene ayuda y de todos lados me atacan. Nordau me escribe de París que no hay persona que haga algo. Los *Macabeos* de Londres se muestran cada día más *Pickwickians*, según los informes de mi fiel amigo De Haas. En Alemania sólo tengo adversarios. Los rusos siguen

mis esfuerzos con simpatía y emoción, pero ninguno de ellos me ayuda. En Austria, especialmente en Viena, tengo algunos partidarios. Entre ellos, los desinteresados son completamente inactivos, y los otros, los activos, piensan solamente en su provecho personal, gracias al redactor de la *Neue Feie Presse*. A esto hay que agregar la campaña de calumnias encabezada por S... Todos los judíos, cuya situación económica es estable, están en mi contra.

10 de noviembre de 1896.

Visita de Levín Epstein, administrador de la colonia de Rujovot de Palestina. Me contó que S. quiere mantener, a todo precio, a las colonias en completa independencia económica. En Rishón Letzión hay una familia de funcionarios por cada familia de colonos, lo que imposibilita todo desarrollo.

1° de diciembre de 1896.

(Fragmento de una carta al Reverendo Hechler)

Para Ud., querido amigo, la cuestión judía es un problema teológico. Pero es también un problema político de los más actuales. Ud. sabe que sentimientos religiosos, y últimamente la expansión del antisemitismo, han despertado en las masas judías de todos los países, una fuerte nostalgia hacia Palestina. Ud. sabe que cientos de miles de judíos están dispuestos a una inmigración inmediata, y que podemos suponer que otros miles seguirán sus pasos. He aquí un nuevo factor que debe tomar en cuenta la política inglesa en Oriente.

11 de diciembre de 1896.

El escritor danés Jorge Brandes me agradece el envío del "Estado Judío" en una carta delicadamente evasiva. Me cuenta la vieja anécdota del banquero que quiso ser embajador judío en Berlín. Le contesto con ironía. Esperé recibir de vuestra parte otra opinión sobre esta hermosa idea del renacimiento judío. No creo en la realización de la idea, tal como lo escribí en mi libro, pero el Estado Judío se levantará, aun si parte de los judíos quede en la diáspora, en la cual viven actualmente también importantes colectividades de todos los otros pueblos.

20 de diciembre de 1896.

Siento cansancio. Creo, con más frecuencia que nunca, que mi Movimiento llegó a su fin. Estoy enteramente convencido de que mi idea es realizable, pero no puedo vencer las dificultades del comienzo. Un solo millón de *gulden* será suficiente para dar al Movimiento un gran impulso, y por falta de esta bagatela (en comparación con la grandeza de la causa), no podemos hacer nada aunque ha sonado la hora.

6 de enero de 1897.

Entramos, pues, en el año 97, uno de los años más críticos para mi amigo Hechler. Estoy un poco retrasado en mis anotaciones. Hay hechos interesantes que merecen ser anotados, pero siento hasta qué punto el letargo general del Movimiento pesa sobre mi espíritu. Escribo, por otra parte, un gran número de cartas, porque responde a todo el mundo y mi débil deseo de escribir flaquea aun más a causa de esta correspondencia.

18 de enero de 1897.

El “Estado Judío”, ha aparecido en el número del 1° de enero de 1897 de la *Nouvelle Revue Internationale*. Después de un año que este escrito no pudo hallar editor en Francia, parece ahora que su edición ha causado sensación. Tres amigos me enviaron de París, *La Libre Parole* del 16 de enero, con un artículo de fondo, lleno de elogios, de Drumond, que promete escribir otros.

20 de febrero de 1897.

Ayer me visitó el Dr. D'Arbela de Jerusalem, director de los hospitales de Rotschild. Es un hombre interesante que tiene el aire de un coronel de caballería, grande, nariz prominente y mentón enérgico. Me contó cosas curiosas sobre Palestina, que parece ser un país maravilloso, y sobre nuestros judíos de Asia. Atiende, en su consultorio médico, a judíos de Kurdistán, Persia e India. Son descendientes de esclavos que adoptaron la fe de sus amos judíos. En Palestina se ve también el tipo guerrero del judío de las montañas y de las estepas. Las relaciones de los colonos y obreros judíos con los árabes y los kurdos son buenas. Los árabes prefieren el arbitraje judío al juicio de

un tribunal turco. Toda Palestina habla de nuestro plan nacional porque somos los dueños históricos del país. Los judíos constituyen, desde ya, la mayoría de la población de Jerusalem. El clima es excelente y el suelo no es estéril. Sólo en las montañas, cubiertas anteriormente por fértiles terrazas, las lluvias han arrastrado el humus de los campos.

Ahora, en Palestina, florecen los naranjos.

Todo es posible en este país.

19 de marzo de 1897.

Nueva conversación con Bacher. Salimos siempre juntos de la redacción. Me repite su deseo de visitar Palestina conmigo. Cuando le mostré el prospecto de viaje arreglado por Cook para el club de los *Macabeos*, me contó una antigua leyenda de Praga, que había escuchado en su juventud.

“Una mujer judía estaba, una vez, mirando por la ventana de su habitación, cuando vio sobre el techo de enfrente una gata negra atacada por los dolores del parto. Fue la mujer, tomó la gata y la ayudó en su alumbramiento. Luego preparó, para la gata y sus gatitos, un lecho de paja sobre un cajón de carbón. Algunos días después, restablecida, la gata desapareció, pero los carbones sobre los cuales tenía su lecho se transformaron en oro. La mujer se los mostró a su marido, quien le dijo que la gata les había sido enviada por Dios. Por lo tanto decidió emplear ese dinero en la construcción de una sinagoga. Es el origen de la famosa *Altneuschul* de Praga. Pero el hombre tenía dos deseos: agradecer a Dios por la prosperidad que debía a esta gata, considerada como un mensaje divino, y morir en Jerusalem. Cierta día, cuando la mujer miraba nuevamente por la ventana, vio a la gata en el mismo lugar, sobre el techo. Llamó emocionada a su marido, diciéndole: -¡mira, he aquí nuestra gata! El hombre corrió afuera para traer a la gata, pero ésta se fugó a la *Altneuschul*. La siguió y la vio desaparecer a través del piso. Había ahí una abertura como para penetrar a un sótano. Sin vacilar, el hombre descendió y se vio en un largo corredor subterráneo. La gata le arrastraba cada vez más lejos, pero finalmente vio la luz del día. Se encontró en un lugar extraño y la gente le dijo que estaba en Jerusalem. Entonces, murió de alegría”.

Esta leyenda, agregó Bacher, demuestra con qué fuerza se conservó la conciencia nacional entre los judíos, en todos los tiempos y todo lugar. Ella está en la subconciencia, pero su luz brota y brilla en la superficie. También en él. Me contó esta historia porque había descubierto, en sí mismo, un fuerte deseo de ver Palestina.

26 de marzo de 1897.

Recibí una carta encantadora de Alfonso Daudet. Recuerda nuestras entrevistas. En caso de vivir cuando se cree el Estado Judío, quisiera visitarnos para dictar conferencias.

4 de abril de 1897.

(Fragmento de una carta al coronel Goldsmid)

El Congreso de Munich es cosa resuelta, a la que no renunciaré. Es también una necesidad. Esperé demasiado tiempo. En agosto se cumplirán dos años desde que di mis primeros pasos prácticos en la cuestión judía. Quise llevar a cabo la obra sin agitar a las masas, de arriba para abajo, con hombres que se han distinguido, hasta el presente, por su sionismo. No me comprendieron ni me apoyarán. Me vi obligado a continuar solo. En el Congreso de Munich me dirigiré a las masas incitándolas a la autoayuda, porque no se les quiere ayudar.

Me parece que Ud. está muy equivocado al pensar que no podemos esperar nada de las masas. La contribución individual no deberá ser más que mínima, y el total será enorme. Esto será la consecuencia de una propaganda mundial, que tendrá su punto de partida en el Congreso de Munich. En Munich se reunirá nuevamente, después de un largo intervalo, una Asamblea Nacional Judía. ¿Acaso no es una cosa grandiosa cuyo pensamiento debiera emocionar todo corazón judío? ¡Este año aun en tierra extraña, *leshaná habaá*, tal vez en la antigua patria!

13 de mayo de 1897.

Ayer comuniqué mi decisión al profesor Kellner y al Doctor Kokesch. Se quedaron sorprendidos. Kellner dijo: “¡Ud. maravilla por el ritmo de su marcha, un verdadero Moltke!”. Durante la noche, hallé un nombre para el periódico: “Die Welt” (El Mundo), con un *Maguén*

David (Escudo de David), sobre el que estará diseñado el globo, con Palestina en el centro.

23 de mayo de 1897.

La comunidad de Munich se opone a la reunión del Congreso. La primera carta del presidente se cruzó con la mía; la segunda llegó enseguida. Creo que este incidente será muy útil para el Congreso. Provocará una discusión general, y trasladaremos el Congreso a Zurich, que es un lugar más adecuado.

17 de junio de 1897.

Como la comunidad de Munich se opone a la reunión del Congreso, decidimos hoy, en una sesión del Comité de Acción, convocarlo en Basilea o eventualmente en Zurich.

22 de julio de 1897.

De nuevo en camino, en dirección a Ischl. Durante estas últimas semanas, no dispuse de un momento libre para anotar, en este nuevo libro, acerca del “*viaje del Mayflower*”, como lo denominó el corresponsal de la Pall Mall Gazette de Londres, quien me entrevistó ayer en Reichenau con motivo del Congreso y del sionismo. No recuerdo todo lo que omito en anotar. Pasaron los días en que podía anotar todos los pequeños acontecimientos diarios. Tendré que ayudarme con los archivos de “*Die Welt*” cuando algún día decida escribir mis memorias. Este diario me da un trabajo enorme.

El hecho más interesante, desde mis últimas anotaciones escritas, como ahora, en el compartimiento del tren, es el traslado forzoso del Congreso de Munich a Basilea. Jamás opté por Munich, que siempre me pareció inadecuada, y acepté solamente obedeciendo a la mayoría de la Comisión de Organización. Aproveché pues, las insignificantes protestas patrióticas de la comunidad de Munich para convocar el Congreso en Suiza. Basilea fue elegida después de las recomendaciones de un nuevo y excelente colaborador, el Dr. Farbstein de Zurich.

23 de agosto de 1897.

Nuevamente en un compartimiento; esta vez camino a Basilea, al Congreso Sionista. Estuve muy atareado este último tiempo. Una de

las curiosidades maravillosas del Congreso será que, en Basilea, se reunirán todos los hilos de mi trama. Hechler y Nevlinisky, y todos los que trabajaron, bajo mi dirección, en la creación del movimiento popular. Será una de mis tareas más importantes, el tenerlos a la distancia uno del otro, porque podrían perder su fe en mí o en la causa, si se percatasen con qué facilidad he levantado este edificio. Es como las maravillas de la fuerza de equilibrio, que antes parecen inverosímiles y resultan tan naturales una vez logradas.

30 de agosto de 1897, Basilea.

No tengo necesidad de describir la historia de la jornada de ayer; otros ya lo hicieron. Me mantuve en calma, observando los menores detalles. La mayoría del público estaba emocionado; conservé mi tranquilidad como la debe conservar el que ve cumplirse los acontecimientos que él mismo ha provocado. Solamente cuando, después de haber sido electo presidente, por aclamación, ocupé el sillón presidencial y encontré entre mi correspondencia la primera carta de mi hijo Hans, experimenté una profunda emoción. Escribí de la mesa presidencial, que no sobreestimo por su brillo actual, pero cuyo valor aumentará con el transcurso de los años, a mis padres, esposa, a cada uno de mis hijos, Paulina, Hans y Trude. Esta fue, tal vez, mi primera acción infantil durante estos dos años.

3 de setiembre de 1897, Viena.

El bullicio de estos últimos días, los más importantes desde la adopción de la idea en París, se apaciguó finalmente. Estuve en Basilea y durante mi viaje de retorno estaba demasiado fatigado para poder hacer las anotaciones en mi Diario; anotaciones que son ahora más necesarias que nunca, porque los demás también reconocen que nuestro Movimiento ha entrado en la Historia.

Si quisiera resumir el Congreso de Basilea en una fórmula que me cuidaré de no pronunciarla públicamente, diría: en Basilea he creado el Estado Judío. Si lo dijera en voz alta, recibiría como respuesta el estallido de una carcajada general. Pero dentro de cinco años, y a lo sumo, dentro de cincuenta años, todos lo admitirán. La esencia del Estado reside en la voluntad política del pueblo, a veces concentrada en la de una eminente personalidad (*El Estado soy yo* –Luis XIV). El territorio no es

más que la expresión concreta; pero el Estado propiamente dicho, es siempre una abstracción, aun mismo donde el territorio existe. La Iglesia es un Estado sin territorio, de otra manera el Papa no sería soberano. Creé en Basilea esta abstracción, que por este mismo carácter, quedará invisible a la mayoría de los hombres. ¡Y con qué medios ínfimos! Introduje lentamente a los hombres en una efervescencia nacional, inculcándoles el sentimiento que ellos constituirán la Asamblea Nacional.

El Congreso fue sublime. Entré una vez en la sala mientras Nordau presidía. La larga mesa verde sobre el estrado, el sillón presidencial, la tribuna decorada con telones verdes, la mesa de los estenógrafos y de los periodistas, me causaron una impresión tan fuerte que abandoné rápidamente la sala para no descubrir mi emoción. Comprendí luego, por qué pude mantener mi calma, mientras que todos los otros estaban sobreexcitados y exaltados. No me dí cuenta del aspecto grandioso del Congreso en esta austera sala de conciertos, de paredes grises y carentes de todo adorno. De tener esta escena ante mí, seguramente estaría tan emocionado como ellos.

6 de setiembre de 1897.

Un recuerdo de Basilea: por consideración a los sentimientos religiosos, fui al Templo, el sábado anterior al Congreso. El presidente de la Comunidad me llamó para la lectura de la *Torá*. Marcos de Merán, el cuñado de mi buen amigo Beer de Paría, me había enseñado la *brajá*. Pero subiendo los peldaños del altar me sentí muy agitado como no lo había estado antes durante todo el Congreso, y las pocas palabras hebreas de la *brajá* me causaron una congoja mayor que al pronunciar mis discursos de inauguración y de clausura del Congreso, y al dirigir todos los debates.

17 de octubre de 1897.

Durante los días libres me siento muy fatigado y durante los días de trabajo, demasiado ocupado para anotar el menor suceso en este Diario. Se empobrece mientras que el Movimiento se enriquece. Desde que comencé a escribir la novela de mi vida, anotaba en estas hojas todo lo que ensombrecía o iluminaba mi existencia. Ahora tiene esto más un carácter exterior; siento cada vez mayor responsabilidad

al juzgar personas, porque estos libros servirán algún día de material para la Historia de los Judíos. Así suceden muchas cosas y no todas son recordadas.

27 de octubre de 1897.

Hoy, después de mediodía, salí a pasear. Me hundi nuevamente en mis sueños; pensé en un viaje a Palestina en la primavera del año venidero. Si pudiera crear durante los próximos meses el periódico y el Banco Judío, el barco que alquilaría para el viaje no dejaría de causar sensación en el Mediterráneo. Estando al frente de un diario y apoyado por un nuevo Banco Otomano, seguramente hubiera sido recibido con honor por el Sultán. ¡Imaginaciones!

Pero el que ha visto cumplirse sus sueños, desde el parque de las Tullerías y el Palacio Real, en junio de 1895, hasta el Congreso de Basilea, podrá también atravesar el Mediterráneo como judío que retorna a su país.

Pero me siento fatigado como un viejo.

26 de marzo de 1898.

Me bato aún con una espada de madera, como un comediante o como un niño. Es una espada de acero la que me hace falta; es un gran periódico para desplegar una activa acción política, para rendir servicios y establecer relaciones. Así mi lucha no puede dar resultado y no puedo avanzar más. Es terrible estar condenado a la inacción, teniendo planes tan detallados y un camino tan claramente trazado. Esto me consume. Me hace falta un miserable millón para dirigir un gran periódico, y no lo puedo conseguir para la causa del judaísmo. Esta situación data ya desde hace dos años. *¡Fructus percipiendi!* Perdidas las mejores posibilidades del Sionismo.

Lunes de Pascuas, 1898.

Hace tres años que he puesto en marcha al Movimiento Sionista. Hoy, la idea se ha abierto camino en el mundo.

3 de junio de 1898.

Los ricos y los “grandes de Israel” se cargan de una gran responsabilidad abandonándome. Puedo ser un instrumento muy útil para

el retorno de los judíos, y ellos me dejan consumirme en esfuerzos estériles. Puedo morir sin haber colocado los fundamentos de esta obra, y la causa estaría entonces perdida.

10 de junio de 1898.

Séptimo aniversario de mi hijo Hans. Le he obsequiado una bandera de Sion: el escudo de David, con seis estrellas en los seis triángulos y arriba, la séptima. En el centro, el león de Judea, según un diseño del pintor Okin.

11 de agosto de 1898.

Recibí hoy la visita de Federico S. De París. Consulté su opinión sobre mi proyecto pues, hace tres años, le di a leer el manuscrito de mi “Estado Judío”, en el Hotel Castilla, calle Combon. Quedó confundido y turbado, y me dijo: “Estoy con Ud. tiene Ud. razón, verdaderamente tiene razón”.

Es el caso Dreyfus que le ha convertido. Así como él, que me ha creído loco, volverán los demás a mí. ¿Qué hubiera sucedido si me hubiera dejado disuadir por esta gente? El mundo perdería una idea y el pueblo judío, este gran Movimiento. ¡Qué grande ha sido la responsabilidad de la gente que quiso detenerme en mi camino, y qué leve su castigo! Se turban un instante y dicen simplemente: ¡Ud. tiene razón”.

25 de agosto de 1898.

De nuevo en Basilea.

Son cada vez más raras las veces que anoto mis impresiones íntimas. Todo se ha vuelto acción.

29 de agosto de 1898.

Ha pasado el primer día del Congreso.

*

La cuestión es saber si la embriaguez del Congreso se disipará sin dejar profundas huellas. Del Banco nos queda una esperanza. Marcos Baruj, el anarquista que conquista el sionismo, me acompañó ayer al hotel cuando volví a las once de la noche, después de tres reuniones y sin haber tenido tiempo para cenar. Me dijo: “¡Lamento que

Ud. haya colocado el Banco, al frente de todos los asuntos del pueblo de Israel! ¡No lo quisiera, para la Historia!”. Espíritu confuso generalmente, este muchacho me dice las primeras palabras sublimes del Congreso.

Setiembre de 1898, en Constanza.

El Congreso ha finalizado.

Tengo la sensación de un abatimiento general. La última sesión duró hasta las 5 de la madrugada.

Cometí el error de imponer la clausura al tercer día; de aquí las irritaciones de la última noche.

No se puede prever todo. Hubiéramos tenido un brillante cuarto día, debido al nuevo rumbo que tomó el caso Dreyfus, y la respuesta del Sultán que me llegó de sorpresa.

Son éstos los instrumentos con que debo trabajar. Se rompen en mi mano como en cortafolio de madera en una reunión tempestuosa. Este Diario es defectuoso, lo siento. Le falta el ardor tempestuoso en su esencia misteriosa que podría pintar, ni bien se realiza el hecho pero que luego se borra de mi memoria. Le falta también el fundamento estático, y los momentos de abatimiento desesperado podrían ser mucho más interesantes, para los lectores de estas notas, en el futuro.

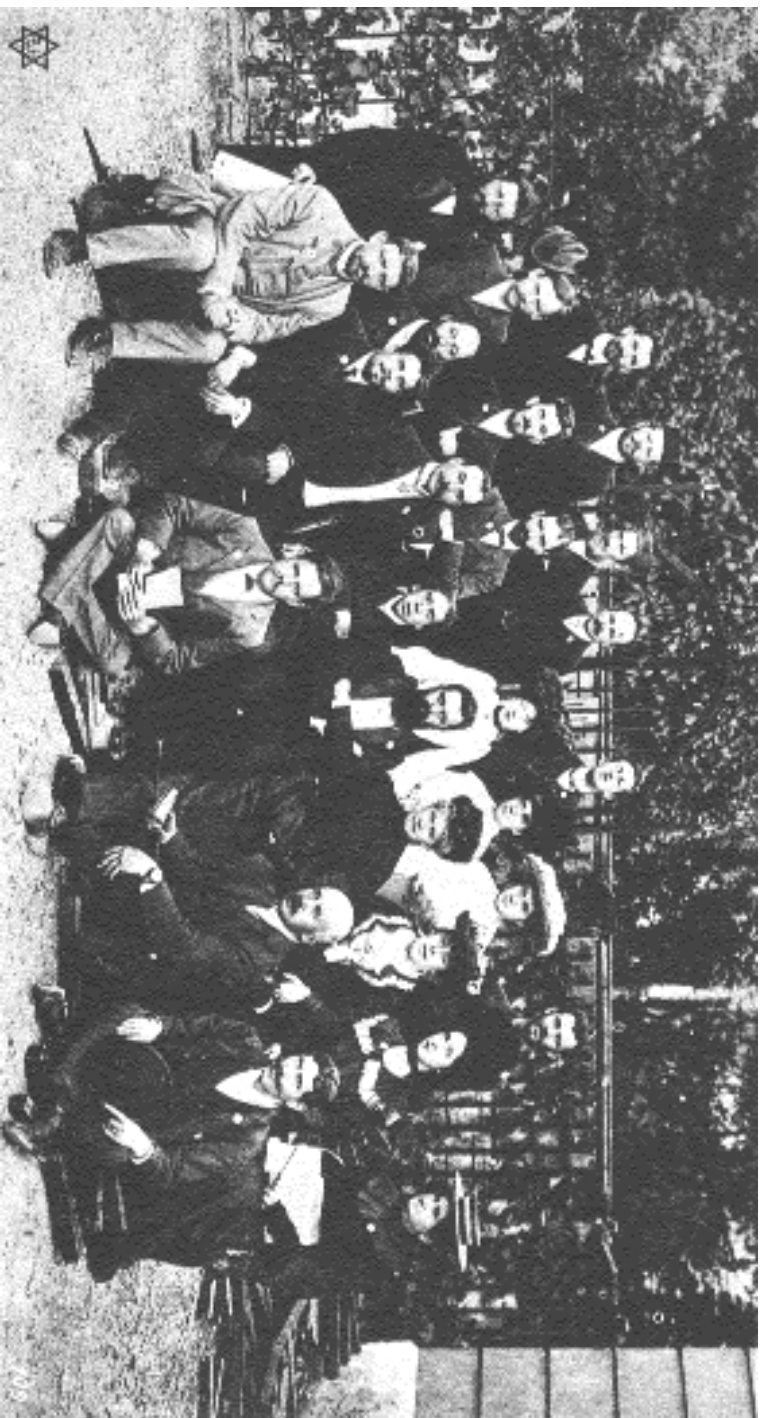
Índice

Introducción	5
Prólogo	
<i>Dr. Jaim Weizmann</i>	13
Prefacio	
<i>David Ben Gurion</i>	17
Prólogo	23
I. Introducción.	27
II. Parte general.	37
III. “Jewish Company”	49
IV. Los grupos locales	71
V. “Society of Jews” y el Estado Judío	83
VI. Epílogo	97
De su diario	101

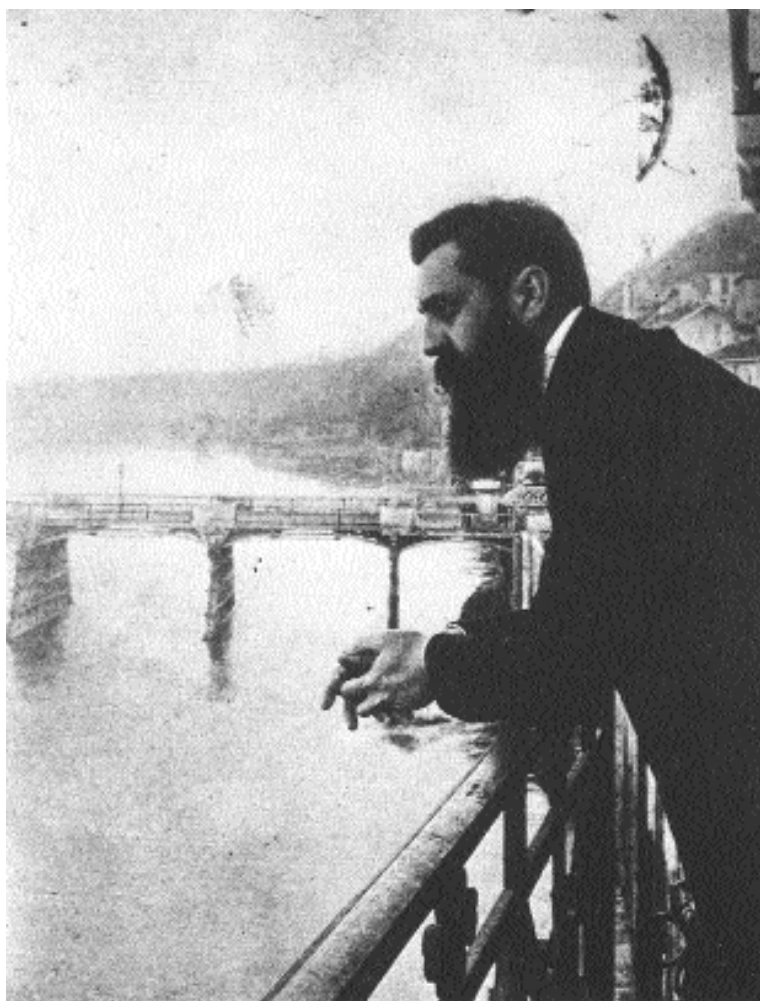
cher Hermann
est la meilleure
photographie que je
puisse vous envoyer.
Bieder



Dr Theodor Herzl



6° Congresso Sionista. Basilea 1903.

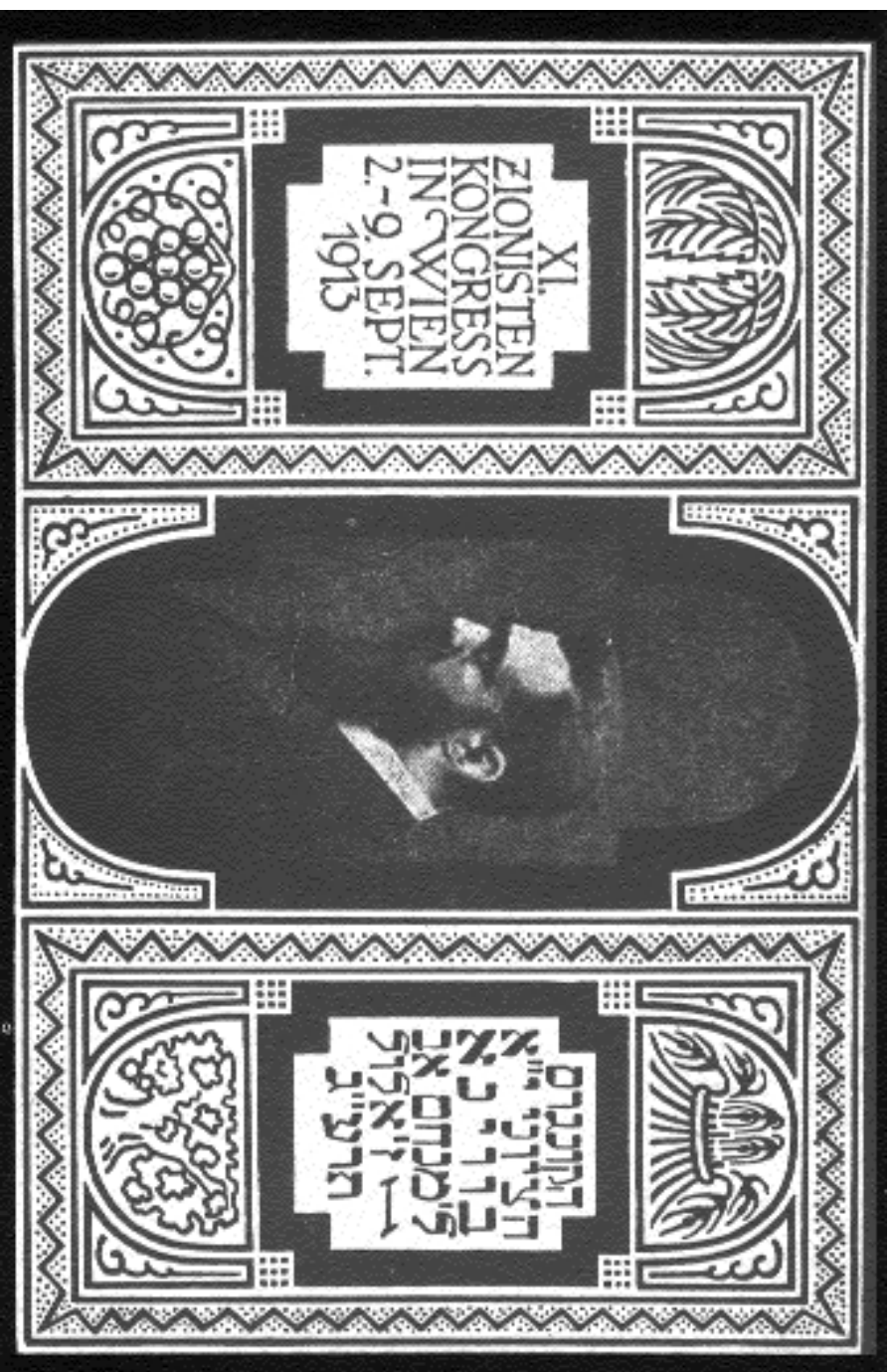


Герцль.

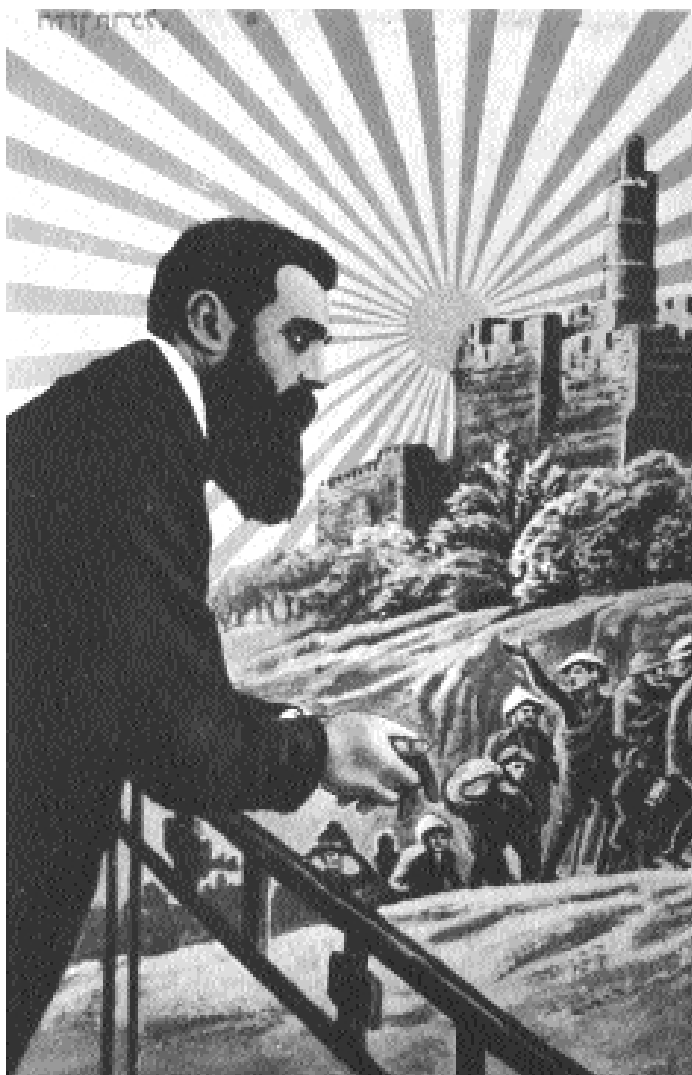
Theodor Herzl ז"ל
An der Rheinbrücke zu Basel
geb. 2. V. 1860, gest. 3. VII. 1904

הרצל

Herzl



Invitación al XI Congreso, Viena 1913.



Herzl, su visión. El retorno a Israel.